

*Selecta*

*Libélulas  
sobre el agua*

**D.J.57**

*Camilla Mora*

Libélulas sobre el agua  
Corazones en Manhattan 7

*Camilla Mora*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

## Prólogo

Andy se acomodó en uno de los sofás junto al hogar a leña en el *living* de los Spencer. Estaba congelado después de haber estado jugando en la nieve con su amigo James como dos chiquilines y no como dos jóvenes de veinte años, pero hacía tanto que él no regresaba a Sweet Home, que no había podido evitarlo.

Por suerte, James le había ofrecido el baño primero, por lo que se encontraba con ropa prestada y terminando de calentarse, lo que la ducha no había logrado, junto al fuego del hogar mientras era el turno de su amigo el quitarse el entumecimiento gélido bajo el agua caliente.

Los vellos de su cuerpo, de pronto, se erizaron y nada tenía que ver con el maldito frío, sino con la chica que lo espiaba desde la apertura que daba al recibidor. No había negativa que valiera, la maldita niña se colaba donde fuera para perturbarlo. Claro que, en ese momento, era él el que estaba en su casa, así que no podía decir que ella se hubiera metido en ninguna parte.

—Deja de observarme, Will.

—Ya no me llames de esa manera, *Drew*.

Una pulla que había comenzado de forma fortuita para importunarla y que ella había retrucado al molestarlo también con aquel diminutivo que tanto aborrecía.

La adolescente de tan solo catorce años se acercó, rodeó el sillón y se dejó caer a su lado. En su mano traía una tableta de chocolate mordida en un

extremo. Se la tendió y le hizo un ademán con la barbilla.

Andy contempló la parte faltante, donde se distinguían las huellas de los dientes de la chica, y se le antojó dar un mordisco allí mismo, una especie de beso de carácter transitivo, como al dar un sorbo a un vaso en el exacto lugar en el que lo había hecho el otro. Y se odió por ello. Era una chiquilla y, además, era de Stevie.

—No, gracias.

Ella abandonó la golosina en el espacio vacío entre ellos. Recogió las rodillas contra su pecho y se las abrazó a la vez que posaba la barbilla sobre estas. Sonrió y lo miró de soslayo.

—Los vi tirarse bolas de nieve en la entrada. No creí que siguieran jugando así.

El crepitar del fuego era lo único que cortaba el silencio que siguió al comentario de Wilhelmina. No quería tener nada que ver con ella, no porque la hermana de James hubiera hecho algo más, salvo aparecerse donde fuera que estuviera, sino porque Stevie la había reclamado como suya unas noches atrás.

Y Andy no le sacaría a su hermano la chica de la que estaba enamorado. Además, ella era demasiado joven para él.

Se elevó de su asiento y, aunque le hubiera gustado quedarse junto al hogar un buen rato más, se encaminó, sin despedirse, hacia la escalera y así subir al cuarto de su amigo.

—Buenas noches, Drew. —Oyó que ella le gritaba desde el *living* cuando él ya estaba a mitad de distancia de la planta alta, y Andy no pudo reprimir la sonrisa que se dibujó en su rostro al tiempo que sacudía la cabeza de un lado al otro.

### *Dos años después*

Hablaba con sus amigos en la casa del que hacía el festejo. Siempre que

había una fiesta, se reunía toda la población joven al ser un pueblo tan pequeño. Por lo que no solo estaban los de veintidós como él, sino los chicos de diecisiete, como su hermano, o de dieciséis, como Wilhelmina.

De pronto, alguien lo tomó por la camiseta por su espalda y lo apartó del grupo.

—¿Stevie?

Su hermano lo aferró del brazo y lo arrastró hasta que estuvieron lejos de otras personas y del bullicio, en una esquina un tanto oscura y escondidos de ojos y oídos curiosos.

—Te dije que te mantuvieras alejado de ella —masculló Stevie con tal furia que dejó estupefacto a Andy—. ¡Ella es mía, Andrew!

—Lo sé —aclaró con las palmas en alto en un ademán de tranquilizar a su hermano pequeño—. Ella se acercó a mí. Stevie, solo intercambiamos un par de palabras. ¡Vivimos en el mismo pueblo! ¡Una casa junto a la otra! ¿Cómo mierda quieres que no me la cruce?

—Veo lo que haces —masculló el menor—. La quieres para ti.

—No es así, eres mi hermano, nunca te sacaría a la joven a la que amas. Te juro que jamás la tocaría, Stevie. Ni me interesaré en ella. Lo prometo.

Odiaba esa situación. Ya había ocurrido en otras oportunidades y no comprendía porqué Stevie estaba fijado en que él anhelaba a una niña de dieciséis años.

Su hermano le arrojó una palabra hiriente tras otra y su corazón se fue oscureciendo, como si se necrosara. Amaba a Stevie y no importaba qué tanto le prometiera que había otras mujeres que le interesaban más que su chiquilina vecina. Cada vez que Wilhelmina se le aproximaba, se desencadenaba una batalla campal entre los hermanos.

Por lo que, en los últimos dos años, Andy se había mostrado cada vez más frío con ella, haciéndole un desaire a cada momento. Sin embargo, la joven no se rendía y trataba de seducirlo con sus escasas armas de niña recién salida a la adolescencia.

En ese lapso, Andy jamás le dirigió más que un par de palabras, eligiendo alejarse de ella para no decir algo que la dañara y que, en realidad, no sintiera solo para mantenerla apartada de él. Además, para que su hermano no viera cualquier conducta suya para con Will como un avance sobre su novia.

Esas situaciones eran una constante cada vez que retornaba a Sweet Home en un cese de las clases de la universidad y lamentaba no poder restablecer la relación de compañerismo que siempre había disfrutado con Stevie.

—Ojalá no regresaras nunca más y te quedaras en Manhattan —soltó su hermano con una rabia inaudita.

Su corazón se tornó de un negro intenso y una partecita de este murió en ese instante.

O eso pensó hasta que una hora más tarde, aún en la fiesta, una persona se arrojó a sus brazos en pleno llanto.

—¡Qué mierda, Will! ¡Suéltame! —la instó con furia y observando alrededor, esperando que su hermano no los viera, aunque él ya se había retirado de la fiesta.

—Drew, Drew, Drew —lo llamaba una y otra vez con ese diminutivo que tanto odiaba, pero algo era diferente esa vez. Ella parecía enloquecida, como nunca antes la había visto—. Stevie...

La apresó por los brazos con tanta fuerza que le debió haber dejado moretones en su piel blanca como la nieve.

—¿Qué ocurre con Stevie? —En medio de la discusión que habían tenido, su hermano le había quitado las llaves del coche de sus padres y se había marchado, enfurecido.

—¡Ay, Drew! —sollozó con una angustia a flor de piel que a él le dio escalofríos por su columna—. Su automóvil salió despedido del puente en Sankey.

—No es cierto. ¿Cómo lo sabes si no te has movido de aquí? ¿Acaso piensas que te prestaré atención con una broma por el estilo? —Le agarró el frente del vestido oscuro y de un estilo *steampunk* en un puño y acercó el

rostro configurado en puro odio al de la joven—. Ni siquiera eres una mujer aún, Wilhelmina. Tan solo una niña que quiere jugar a ser grande.

Las lágrimas caían de esos ojos oscuros con desconsuelo y su mente solo rogaba que por favor fuera una jugarreta de la chica, pero en el fondo sabía que ella nunca haría algo así.

Y la prueba la tuvo cuando las personas se reunieron a su alrededor, observándolos con desolación. Y más aún, en el instante en que apareció James con los ojos humedecidos y lo abrazó como un oso sin intención de soltarlo.

Su corazón murió por completo y lo supo: él había sido el culpable. Había herido a Stevie de nuevo al no percatarse de sus acciones frente a su novia. Contempló con una frialdad nunca antes conocida a la joven que lloraba desconsolada a un paso de él. Wilhelmina Spencer había muerto junto a su hermano aquel día.

## Capítulo 1

### *N*ueve años después, Manhattan

Detuvo el Shelby Mustang color azul del sesenta y ocho, que había retirado hacia unas horas, delante del edificio de depósitos convertidos en apartamentos tipo *loft*. Tocó el timbre número dos del portero eléctrico; la puerta hizo un sonido metálico al abrirse de forma automática, sin que nadie hablara por el aparato.

Andy ingresó al *hall* de techos altos y paredes de ladrillo a la vista, subió al ascensor abierto, que se detuvo en la segunda planta con un chirrido ensordecedor. La música *heavy metal* a todo volumen de Metallica con su *Sick and destroy* lo recibió y, al adentrarse en el lugar, se topó con impresionantes esculturas realizadas en chatarra. Posó su mano en la más cercana y sintió el frío del material debajo de sus dedos, como así el poder que emanaba de la obra de casi dos metros de altura. Tras una de estas, descubrió a una persona con una máscara de soldador que le cubría la totalidad del rostro y la cabeza, y vestida con un overol gris. Las chispas de la soldadora volaban a su alrededor, otorgándole un aire mágico.

—¡Hey! —gritó para hacerse escuchar, e hizo señas con los brazos.

La persona apagó el reproductor de música para luego quitarse la máscara, y Andy se quedó sin aliento. Se acomodó sus lentes de pasta color negra sobre su tabique y parpadeó un par de veces. Él debía pasar a buscar a la hermana de su amigo de la infancia, Wilhelmina, pero el creativo la

recordaba como una adolescente pecosa y escuálida. Sin embargo, el rostro que apareció ante él era exquisito, con enormes ojos oscuros, labios rellenos y con un cabello color azulado que lo delimitaba. Su cuerpo tampoco era ya el de una niña, sino el de toda una mujer que, no obstante, no rellenaba el traje en exceso.

—Hola, Drew —lo saludó ella con la máscara entre las manos.

Andy frunció el ceño y el enfado escaló en él en un santiamén, retro trayéndolo a años atrás y las pullas que se habían tirado uno al otro.

Nadie jamás lo había llamado así, salvo la odiosa hermanita de James, aquella que revoloteaba alrededor de ellos cada vez que se juntaban.

—¿Estás lista, *Will*? —preguntó, haciendo hincapié en el diminutivo, dado que su familia y amigos, si mal no recordaba, la denominaban con el de Mina.

Los ojos oscuros lo taladraron como dos dagas dispuestas a aniquilar.

La última vez que la había visto había sido en el funeral de su hermano. Stevie había fallecido a los diecisiete años al salir despedido el automóvil que conducía del puente cubierto por el que pasaba. Will era un año más joven que Stevie y había sido su novia por un breve período hasta su accidente, por lo que ella tendría unos veinticinco en la actualidad.

La joven comenzó a bajar el cierre en el frente del overol y aparecieron sus curvas sutiles cubiertas con un top negro y un jean raído rasgado a la altura de las rodillas. Andy se volteó para recuperar el aliento que, de pronto, le fue robado por la imagen de la pequeña fémina como si hubiera estado completamente desnuda ante sus ojos.

—Apúrate, ¿quieres?

—No seas gruñón, Drew —susurró a su oído, provocándole cosquillas, para luego alejarse. No obstante, el aroma dulzón lo envolvió y lo cautivó. Un estremecimiento lo hizo vibrar de la cabeza a los pies y el deseo sorpresivo hizo que se le atascara la respiración—. No nos vemos hace... ¿cuánto? ¿Diez años?

—Nueve. —Nueve años sin Stevie en su vida. Suspiró y trató de apartar la oleada de angustia que amenazaba con asaltarlo cada vez que pensaba en su hermano.

Stevie siempre lo había visto como a una especie de héroe al ser cinco años mayor, lo seguía por todas partes e imitaba cada acción que hiciera. Solo lo apenaba que los últimos días de su vida habían estado colmados de discusión por causa de Wilhelmina Spencer.

Sacudió la cabeza para deshacerse de esos recuerdos dolorosos.

—Vamos, Drew. Soy toda tuya por este viaje.

No pudo evitar hacer un paneo de arriba abajo por la mujer y olvidar la razón que lo mantenía apartado de ella desde... siempre.

¿A quién se le ocurría comprarse un automóvil a cuatro mil setecientos kilómetros de distancia? ¿A quién se le ocurría pedirle que se lo trajera andando en un viaje de cinco días? ¿A quién se le ocurría que compartiera el viaje con la odiosa de Will? Solo a James Spencer, su mejor amigo desde que tenía memoria y el hermano de la susodicha.

La joven pasó a su lado y Andy no pudo menos que contemplar su culo compacto bien delineado por los jeans ajustados. Llevaba un enorme bolso colgado a su espalda y otro en su mano.

—¿A qué esperas? —le preguntó por encima del hombro, y el cabello de un azul turquesa le revoloteó sobre los hombros.

Andy la siguió hasta que se metieron en el ascensor, en el que viajaron en silencio.

El descenso fue como estar encerrado en el infierno. Sentía a la pequeña mujer como un caldero tan solo a un par de pasos de distancia y el dulzor de su aroma a madreselva con jazmines y un toque de nuez moscada lo envolvió y mareó hasta que llegaron con un rebote. En cuanto abrió la gran puerta de hierro, logró respirar con facilidad.

—¿En esto iremos a Sweet Home? ¿Vamos a estar horas en esta cosa? — Se volteó hacia él con una expresión de incredulidad—. ¿Tiene aire

acondicionado?

Andy bufó y se pasó la palma por el rostro. Hacia menos de diez minutos que estaban juntos y ya no la soportaba. ¿Cómo aguantaría más de cuarenta horas a su lado?

—Ya conoces a James y su pasión por los clásicos. Y sí, tiene aire acondicionado o algo similar. Tira aire, pero no es como si enfriara.

—¿Tira aire? —chilló y lo observó con preocupación—. Drew, estaremos dentro de esa lata horas, ¡horas!

Cómo comprendía a David cuando se enfadaba porque no lo llamaban por su nombre. Odiaba el apelativo con el que Will siempre lo había nombrado. Él había dejado de denominarla Mina para hacerla enfadar y que cesara de incordiarlo. Al nunca renunciar ella, tampoco él.

—Cuarenta y tres según *Google Maps* —informó con crispación—. Vamos, Will. Deja de quejarte y metete dentro. No hay solución posible, salvo que no quieras sufrir el *enlatamiento* y prefieras comprarte un boleto de avión. —Andy casi le rogó que lo hiciera.

La joven abrió la puerta del lado del acompañante y se acomodó en el asiento sin rechistar.

A Andy le costó que encendiera el vehículo, pero presionó el embriague unas cuantas veces hasta que se mantuvo activo el motor. Lo último que le faltaba era ahogar el vehículo, ya bastante ahogado estaba él con el aroma de la joven envolviéndolo en un espacio tan reducido.

Revisó el itinerario en su móvil, repasó las paradas y lo depositó en el tablero del Shelby. Maldijo las horas que tendría que tener su culo en un asiento tan incómodo y con una acompañante tan turbadora.

De pronto, un rostro apareció en la pantalla al anunciar una video-llamada entrante.

—Nick —saludó al contestar a su mejor amigo y compañero de trabajo en S&P, pero sin quitar la vista del camino.

—*Encanto, ¿ya en viaje?*

Andy podía notar por la pantalla que Nick estaba recostado sobre un almohadón contra el cabecero de su cama. Tenía el cabello despeinado y el torso desnudo mientras la parte baja de su anatomía la cubría una sábana verde petróleo algo arrugada.

—Sí, recién arrancando. ¿Todo bien por allí?

—*Ya te extraño, encanto* —lloriqueó el pelilargo e hizo un mohín con los labios, aunque se notaba que trataba de no elevar las comisuras de su boca a la par que se acomodó para que no le diera sobre los ojos la luz que entraba por la ventana del cuarto.

—*¿Con quién demonios hablas?* —rezongó Brian, y Andy desvió la mirada hacia la pantalla para apartarla rápidamente. Alcanzó a ver un brazo anclado a la cintura de Nick, movimiento de sábanas y más piel de la que le hubiera gustado.

—¡Ay, por favor! Nick, ¿en serio? —espetó, molesto.

Ya era demasiado verlos como dos adolescentes con las hormonas en plena ebullición cada vez que se encontraba con ellos, ¿era necesario tener que contemplarlos en el lecho?

—*¿Qué, encanto?* —preguntó Nick con aquella voz tan melosa como el color de sus ojos.

Andy no se dejaría engañar por la falsa inocencia que mostraban las facciones de su amigo.

—¡Están desnudos! —exclamó como un puritano al que se le hubiera manchado la moral.

—*Estamos en la cama, ¿qué querías?*

—*¡Nick! ¿Qué mierda?* —exclamó Brian, y se cubrió con la sábana hasta el cuello como una jovencita virginal.

—*Brian, Andy no verá nada que ya no haya visto* —afirmó el pelilargo a su novio.

—*Pues, no me ha visto allí abajo* —masculló el abogado con cierta indignación.

—*Tal vez deberíamos invitarlo, ¿no crees? Con esos ojos claros y...*

Oh, Andy notaba cómo disfrutaba Nick al incordiar a su serio novio, ¿pero era necesario que lo utilizara a él como medio? Ya tenía bastante con la endeble relación que mantenía con Brian. En el último tiempo, habían llegado a una especie de cordialidad, pero aún era algo frágil.

—Que tengo compañía aquí —mencionó con la intención de conseguir que Nick se comportara, aunque lo conocía demasiado bien como para engañarse con haberlo logrado.

—*¿Compañía?* —exclamó el pelilargo con renovado interés.

—Eh, hola, chicos —saludó una divertida Will al acercarse a la pantalla. Por la expresión divertida de la joven, una que prometía mofarse de él, Nick estaría en problemas una vez que posara las manos en su cuello y lo estrujara con ganas.

—*¡Una mujer! Y preciosa* —exclamó su amigo.

—Gracias —respondió Will, y Andy se sorprendió al contemplar el rubor teñir sus mejillas.

—*Andy, no has mantenido en la oscuridad con respecto a tu...*

—Para el carro, es la hermana de James, mi amigo de la infancia —aclaró antes de que Nick lo metiera en aún más problemas.

—*Ah, cierto* —masculló Nick, desviando la mirada de la cámara que lo transmitía.

—*¡Oh, Nick, no comiences!* —acotó Brian y estiró los brazos para tomarlo en un abrazo por la espalda y atraerlo a su torso.

—¿Con qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Andy, algo preocupado por el cambio radical que se efectuó en su amigo.

—*Está celoso* —informó el abogado mientras acariciaba con su nariz el cuello de su novio, aún con una expresión enfurruñada.

—¿Qué has hecho, Brian? —ladró Andy.

—*Eh, no te apresures a apuntar tus cañones* —advirtió Brian—. *Es todo eso de tu mejor amigo de la infancia.*

Andy permaneció en silencio, asombrado y falto de palabras ante lo que había dicho el novio de Nick. El pelilargo era la persona más importante que había en su vida en ese momento, después de sus padres, claro. Pero era su hermano del alma, diferente a su amigo de la infancia.

—Nick, James es mi amigo de toda la vida, quien me conoce desde siempre. Tú eres otra clase de mejor amigo —miró hacia su costado a Will, conectó los ojos con ella, instándola a guardar silencio con su hermano, y murmuró—: Tú me conoces a mí, Nick. No importa cuánto hace que seamos amigos, tú me conoces —recalcó la última frase.

Esperaba que el pelilargo comprendiera lo que intentaba darle a entender entre líneas. No quería decir las palabras exactas al estar la hermana de James junto a él. Tampoco tenía intención de herir a su amigo de la infancia por no amarlo de la misma forma que al hombre del otro lado del móvil.

—*Solo no estés fuera más de una semana, encanto.*

—Tú cuida de mis niñas y en un parpadeo estaré de regreso —prometió Andy con una sonrisa en el rostro. Amaba al sujeto y las ganas de abrazarlo y evitar el ir a Sweet Home eran acuciantes.

No quería volver, lo hacía de vez en cuando para visitar a sus padres, pero trataba de sortearlo siempre que podía. Los recuerdos eran muy dolorosos y lo transportaba a un momento de su historia que anhelaba olvidar.

Después de un par de saludos y palabras dulces, cortaron la comunicación.

—¿Encanto? ¿Un trío? ¿Tus niñas? —preguntó Will con diversión en el rostro.

—Nada que sea de tu incumbencia —masculló de forma tajante.

Will se apantalló con su mano. Andy tenía que reconocer que hacía demasiado calor y, a medida que avanzaban las horas, parecía ponerse peor; además, el maldito aire acondicionado solo arrojaba una ventisca de elevada temperatura.

La joven abrió su chaqueta y se la quitó con un encogimiento de hombros. La curvatura de sus pequeños senos quedó a la vista y Andy no pudo desviar

la mirada de estos, que hicieron que su pene diera un tirón al ser despertado de un largo sueño a lo Bella durmiente. La muchacha giró la perilla del aire acondicionado y gruñó cuando lo único que salió fue un ruido a ventilación, pero nada que enfriara el calor que los envolvía bajo los rayos del sol del verano. Y ni que hablar del ardor que lo invadía al estar junto a esa mujer de cabellos incandescentes y un físico tentador que hasta a un monje atraía al pecado.

## Capítulo 2

Ya en la interestatal ochenta, el sol lo encandilaba y recordó que había puesto sus lentes oscuros en la guantera del automóvil en cuanto se había detenido frente al edificio de Will.

—Busca unos lentes en la guantera, ¿quieres? —solicitó a la joven a la que apenas le había dirigido la palabra.

En cuanto Will la abrió, la última novela de Lisa Kleypas salió disparada hasta el regazo de la mujer. Se trataba de la nueva entrega de su serie histórica Los Ravenel.

—Oh, vaya. ¿Qué tenemos por aquí? —preguntó Will con cierto sarcasmo. Posó el libro sobre sus rodillas dobladas contra su pecho y se dispuso a pasar las hojas del libro—. ¿Al pequeño Drew le gusta el romance?

—Al menos yo leo, Will —masculló apenas viéndola de reojo.

—¡Ouch! —Cerró la novela de golpe y la arrojó dentro de la guantera con brusquedad—. Burlándote de mi dislexia, eso sí es bajo hasta para ti, *romántico* Drew.

—¿Dislexia? ¿Qué dislexia? —En esa ocasión sí giró el rostro hacia ella por un breve segundo. ¿De qué mierda hablaba? Nunca se había enterado de que ella tuviera dificultades con la lectura, sí que su madre rezongaba sobre sus problemas para cumplimentar con las tareas escolares, pero nada más. Siempre la había catalogado como una niña vaga para estudiar.

—Oh, vamos. —Se volteó hacia la ventanilla de su lado. El cabello le

brillaba con los rayos que la bañaban y el viento se los revoloteaba—. James te debe de haber contado que tengo un problema para leer de corrido.

—Pues no, no lo ha hecho. No sabía nada. —Hizo una pausa—. Lo siento. ¿Así que no puedes leer?

—No es que no pueda, tengo problemas para hacerlo —murmuró, aún evitando mirarlo—. Debo tomarme mi tiempo y es mejor si son frases y textos cortos. Y las imágenes ayudan. Por eso yo leo esto. —Rebuscó en su bolso y sacó un pequeño volumen que bailoteó en su mano cerca de su mirada, pero sin tapársela mientras frenaba el Shelby en el estacionamiento de una cafetería en Lamar, Pensilvania.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó al tomar el ejemplar y hojearlo. Los dibujos se sucedieron unos tras otros y, al llegar a las últimas páginas, sintió como sus mejillas se teñían de rojo.

—Manga —contestó ella con un encogimiento de hombros.

—Esto no es solo manga, señorita —dijo él al alzar el libro frente al rostro femenino.

—Claro que sí.

—Es porno japonés y entre hombres. ¡Porno *gay* japonés! —exclamó, a lo que ella abrió aún más sus ojos y Andy quedó encandilado con su mirada, la que había evitado observar de forma directa. Él notó con exasperación que ella trataba de reprimir una sonrisa.

—Por supuesto que no, es *Boys Love*. Tiene escenas románticas y de sexo, como, estoy segura, tendrá tu novelita, solo que en la tuya aparecerá redactado hasta el mínimo detalle. ¿Lo ves? ¡Tenía razón! Te has puesto como un tomate —se burló de él con una carcajada final.

—Hora de almorzar, *pervertida* Will. —Le arrojó el volumen a su regazo antes de abrir la puerta del Shelby.

—Oh, ¡cállate! Es una hermosa historia de amor entre un psicólogo y un hombre temeroso a las bacterias. *Ten count* es un manga precioso.

—Tengo que confesar que tengo un amigo que es idéntico al protagonista

moreno —mencionó antes de descender del vehículo.

—¿En serio? Oh, tienes que presentármelo. ¿Es *gay*? —Le preguntó ella por encima del techo azul una vez que también salió.

No sabía la razón, pero le molestó el anhelo que notó en aquella mirada oscura.

—¿Gabe? —Casi suelta una carcajada al pensar al chocolatero acaramelado con alguno de los dos amigos de la infancia de este que sí lo eran—. Para nada, pero temo decirte, pervertida Will, que ya está tomado.

—Uff —se lamentó la mujer de cabello azulado, y Andy odió la furia que le borboteó en el interior—, y deja de llamarme así, romántico Drew.

—Vamos, muero de hambre —soltó un poco más brusco de lo que pretendía para luego emprender el camino hacia la pequeña cafetería de carretera sin esperar a constatar si lo seguía o no.

Tomaron el menú que les entregó una mujer con el pelo teñido de un rosa estridente.

—Ella y tú van a la misma peluquería, según parece —bromeó al acercarse a la joven del otro lado de la mesa, como en confidencia.

Will contempló a la camarera que regresó detrás del mostrador después de atenderlos.

—Puede ser, aunque a mí el rosa no me sienta —murmuró Will con picardía en la mirada.

Y un pensamiento de los más intrusivos se metió en la mente de Andy: a ella le sentaría cualquier tinte, sin importar de la paleta que se tratara.

—Porque el turquesa sí lo hace —acotó con cierta ironía.

—Cian, *romántico* Drew, cian —aclaró Will, y él contempló las hebras teñidas. Tenía razón que parecía turquesa, pero se desviaba un poco más hacia el verde, como el cian. La distinción entre uno y otro era muy sutil, pero existía—. Muéstrame el itinerario que tienes en tu móvil. —Will tomó su dispositivo de la mesa y pasó el dedo por la pantalla como si fuera de ella, sin importarle su exasperación—. ¿Pasaremos la noche en Cleveland? —

preguntó con extrañeza y el ceño fruncido—. ¿No faltan como unas ocho horas de viaje?

—Algo así.

—Deberíamos intercalar en el manejo —sugirió la joven.

Andy sacudió la cabeza sin elevar el rostro del menú. Era uno de esos que a un lado tiene las descripciones de los platos y en el otro, la fotografía. Notó que Will tan solo miraba las imágenes de lo que se ofrecía, preparaciones simples, de salida y consumo rápidos para continuar viaje. ¿Cómo era que su amigo nunca le había confiado la dificultad que aquejaba a su hermana menor?

—James me encargó el automóvil a mí —informó con seriedad—. No quiero que me culpe si lo estrellas.

—¡Oh, vamos! —Arrojó el menú sobre la mesa de fórmica que se podría decir que era de estilo *vintage*, sino fuera porque Andy sospechaba que eran las originales del local—. Quedarás hecho trizas después de tantas horas tras el volante.

—Tendré mis buenas ocho horas de sueño —desdeñó mientras fingía no estar decidido sobre qué ordenar y revisar lo que se ofrecía en el local como por enésima vez. No deseaba averiguar la razón de su turbación cada vez que conectaba la mirada con la de Will—. No te preocupes.

—¿Tú invitas? —demandó ella con desfachatez.

—En tus sueños, Will. Cada uno se hace cargo de sus gastos.

—Caballero sin duda, romántico Drew.

Andy gruñó por lo bajo ante el sarcasmo de la joven y sonrió en cuanto se les acercó la camarera para tomarles el pedido.

Comían en un silencio incómodo unas grasientas hamburguesas con papas fritas y aros de cebolla rebozados, como si el otro no se hallara enfrente. Andy se quedó pasmado ante la forma nada femenina de alimentarse de la joven. Llenaba las papas fritas de ketchup; los aros de cebolla, de mostaza. Abría la boca desmesuradamente para meter gran parte de su hamburguesa y

darle un bocado imposible de masticar, con los codos apoyados sobre la mesa.

No podía negar que sus facciones fueran bellas y que su cuerpo sin curvas le resultaba exquisito, aunque siempre habría preferido que estas fueran un poco más notables y pronunciadas y el cabello, al natural. Sin embargo, la gran nota negativa que la hacía reprobar el examen era su falta de femineidad y delicadeza.

—¿Te ocurre algo, Drew? —preguntó la joven con la boca llena y apenas pudiendo masticar el gran bocado que se había metido—. ¿Podrías dejar de taladrarme con tus ojos?

Andy se aclaró la garganta y desvió la mirada hacia el lado contrario del local. Hizo un paneo por los escasos comensales que había en ese horario y se preguntó qué harían allí. ¿De paso como ellos? ¿El hombre de la esquina sería camionero y se detuvo por un bocadillo?

Abonaron cada uno su cuenta y retomaron el viaje en un mutismo absoluto, algo incómodo.

Will apoyó los pies sobre el tablero del Shelby, sacó un iPad de su mochila de mano y deslizó el dedo por la pantalla a la par que se colocaba los audífonos en los oídos.

—¿Qué miras? —preguntó Andy después de un rato de contemplarla por el rabillo del ojo sonreír cada tanto.

—¿Eh? —Will se quitó el audífono izquierdo.

—¿Qué es lo que miras? —repitió mientras tamborileaba contra el volante con los pulgares.

—Ah, ¿con que ya volvemos a dirigirnos la palabra?

La ironía constante de la joven lo exasperaba más y más. No recordaba que hubiera tenido una personalidad tan chocante y buscapleitos.

—Eres imposible —concluyó Andy con un bufido y tomando el volante con aún más energía, lo que empalideció sus nudillos y ni quería pensar cuánto le dolerían los dientes de lo fuerte que trababa las mandíbulas. ¡Esa

mujer era insufrible! Y no podía creer que había prometido a James el llevarla a Sweet Home en un viaje de cinco días.

Will soltó un suspiro, bajó los pies del tablero y acercó el iPad a su costado.

—*Las aventuras de Ladybug* —aclaró, y él lo tomó como una ofrenda temporaria de paz. Frenó en una intersección y el entusiasmo era patente en ella por ampliar la información sobre el dibujo animado—. Tiene lugar en París. Ella es Marinette y él es Adrien...

Pasaba las escenas y le indicaba los diversos personajes.

—¡Vaya! Él es igual a mi amigo Mark —exclamó Andy al contemplar al muchacho rubio de ojos verde esmeralda.

—¡No me jodas! —chilló ella volteada a él con la mirada desorbitada y la boca abierta por el asombro—. ¿Tienes un amigo igual a Riku Kurose y otro, a Adrien Agreste? ¿Cuándo puedo conocerlos? —preguntó con una mezcla de entusiasmo y ansiedad.

—Ambos ya están tomados —gruñó Andy. Mark acababa de casarse con su mejor amiga Keyla y Gabe estaba de novio con Morrigan, la decoradora de interiores que había trabajado en S&P y, luego, en la chocolatería de este.

—Uff, qué aguafiestas, Drew —protestó Will y se acomodó en el asiento con una postura rígida y con un mohín en los labios al mejor estilo niño caprichoso—. Con mirar no se peca.

—Claro que Mark es mayor —mencionó al tomar el iPad olvidado en un costado y examinar al muchacho que aparecía en la pantalla—, este sería su versión de adolescente.

—Bueno, Marinette es *Ladybug* y Adrien, *Chat Noir* —retomó ella con renovado entusiasmo, y Andy no pudo menos que sonreír—. Ellos tienen *Kwamis* que los transforman en superhéroes y defienden París de *Le Papillon*, quien es villano y el padre de Adrien, pero ellos aún no lo saben.

—Ella es sexy vestida en ese traje de mariquita —bromeó al contemplar a la joven en rojo con pintas negras.

—¡Oh, lo que yo daría por tener a un hombre vestido de gato negro en puro *spandex*! ¿Podrías pedirle a tu amigo que haga un pequeño espectáculo privado? Le pagaría, por supuesto.

—Mira, pervertida Will —dijo Andy al burbujearle una carcajada en la garganta en cuanto la imagen se formó en su mente—, Mark acaba de casarse con mi mejor amiga, Key.

—Acepto —afirmó ella, descolocándolo.

—Aceptas, ¿qué?

—Que tomes su lugar. No tienes cabello rubio ni ojos verdes, pero no me pondré exigente. El castaño y la mirada de agua clara me tendrán que conformar. Además, ese culo prieto en *spandex* negro y con una cola larga me hará babear.

Andy se quedó mudo y con un asombro abismal ante la desfachatez de Wilhelmina. No la recordaba tan directa ni desvergonzada, claro que ya no era la pequeña adolescente que se cohibía en su presencia.

—No se puede hablar en serio contigo —masculló al girarse hacia el frente y encender de nuevo el motor del Shelby.

Will se encogió de hombros, volvió a posicionar los pies en el tablero, a colocarse el audífono y presionó sobre el botón de *play* en la pantalla.

Recién era su primer día en ese viaje y aún faltaban cuatro más si sus cálculos eran certeros. Andy jamás había ido a Sweet Home en automóvil, dado que no tenía uno y ahorra para comprarse un boleto de avión una vez al año.

La observó por el rabillo y tuvo que aceptar que ya encontraba al menos dos intereses que compartían: los comics, dado que los mangas eran una versión japonesa de estos, y los dibujos animados. Aunque él no leía *yaoi*, o *boys love*, como ella especificaba, sin embargo, debía confesar que la historia de amor entre el terapeuta y el hombre con *misofobia* había llamado poderosamente su atención.

Regresó la mirada al camino. No entendía cómo, siendo sus familias tan

unidas como si fueran una sola, él no hubiera sabido nada sobre su dislexia. No obstante, Will había realizado la carrera de Bellas Artes sin inconvenientes, ¿no? ¿O acaso no había sido así?

Lo cierto era que, después de la muerte de Stevie, había evitado todo tipo de contacto con Wilhelmina Spencer y se había comportado como si ella no existiera, no preguntando acerca de sus estudios ni trabajo ni sobre nada que la concerniera en realidad. Solo sabía que había ingresado a la universidad y que vivía en Nueva York. Jamás se hubiera imaginado que ella hiciera aquellas estatuas de metal. Era impresionante, pero el pasado hacía que le fuera imposible introducirse más en el tema y, menos aún, confesarle lo encandilado que estaba con sus obras.

Él no tendría nunca más nada que ver con Wilhelmina Spencer, como había prometido a Stevie.

## Capítulo 3

Mina estiró sus músculos agarrotados al descender del automóvil. No era para nada cómodo por más clásico que fuera el maldito Shelby. Posó los ojos en el hombre que bajaba por el otro extremo. Tendría amigos igual a Chat Noir o Kurose, pero jamás le confesaría que él era idéntico a Satsuki Shishio del manga *Hirunaka No Ryuusei*.

Se encaminaron al motel que Drew había encontrado en línea como el más cercano y barato. Y, al acercarse, Mina se preguntó si sería gratuito. El aspecto del lugar dejaba mucho que desear y, en cuanto traspasaron la puerta de la habitación que compartirían, ella arrugó su nariz ante el olor nauseabundo entre a humedad y orina.

Se sentó en una de las camas y alzó sus manos de inmediato al tiempo que componía una cara de asco. Las manchas sobre el edredón la horrorizaron, ni quería preguntarse a qué se debían.

—Es solo una noche, Will —replicó Drew, suponía que al haber notado su expresión.

—No he dicho nada —se defendió al hacer un paneo por el sitio: la alfombra desteñida, el empapelado despegado...

Se acercó al aire acondicionado que parecía salido de los ochenta y lo prendió. El ruido a turbina de avión llenó la habitación, pero solo una leve brisa partió del aparato. ¡Maldición! Estaba pegajosa después de horas en viaje, pero ni soñarlo tomaría un baño en un antro como ese.

—No hace falta —rezongó él mientras dejaba caer su bolso junto a la cama libre—. Digamos que tu hermano me pidió llevar su nueva adquisición hasta Sweet Home en el peor momento para mi bolsillo, por lo que nuestros hospedajes no serán mejor que esto.

—¿Mi hermano no te dio algo de dinero para solventar gastos? —preguntó con la indignación filtrándose por su ser.

Drew sacudió la cabeza en respuesta.

¡Claro que no era un viaje económico! Y Drew le había pedido que las comidas fueran a medias, pero no le había solicitado que abonara ningún porcentaje del hotelucho.

James era un poco cabeza hueca para algunas cosas, pero que no tuviera en cuenta la situación en la que se encontraba su mejor amigo para solicitarle semejante recorrido sin tener presente los consumos que pudiera tener no era muy de él. Claro que con todo el tema del compromiso que tendría lugar un par de días antes que el festejo del cuatro de julio estaba algo alborotado.

Mina dejó caer su espalda sobre el colchón y se estiró a lo largo con una especie de ronroneo. Sí, el lugar era espantoso, pero ella estaba cansada de estar sentada en aquella chatarra con asientos incomodísimos.

—Iré a comprar un par de sándwiches y unas gaseosas —avisó él al dirigirse hacia la puerta.

—Espera, te daré... —Mina se incorporó de inmediato para tomar su mochila.

—Mañana, el desayuno corre por tu cuenta —anunció Drew antes de salir sin siquiera mirarla.

Era un idiota al no tomar su ofrecimiento de dividir el estar tras el volante. Se lo veía agotado y Mina tenía que reconocer que ella tampoco se lo había hecho llevadero.

Andy cruzó a la estación de servicio frente al motel y adquirió un par de

paquetes de sándwiches, un envoltorio de papas fritas, dos botellas de gaseosa de medio litro y dos tabletas de chocolates. Apenas cruzó la puerta de la habitación del motel que había encontrado en línea, quiso morirse y que lo enterraran seis metros bajo tierra. Era espantoso.

Estaba bien que Will no fuera la clase de mujer que él apreciara, pero eso no quería decir que mereciera quedarse en un sitio tan horrible como ese. Solo que no tuvo en cuenta si había comentarios negativos en cuanto al hospedaje cuando lo googleó, solo su ubicación y valor.

—Ten. Te toca de pollo. —Le arrojó uno de los paquetes a Will y depositó las gaseosas, las papas y los chocolates en la mesa de luz que separaba ambas camas.

—¿De qué es el tuyo? ¿Y por qué le tomas una foto? —preguntó la joven con el ceño fruncido mientras Andy presionaba el disparador de su móvil.

Una sonrisa estiró sus labios al pensar en la destinataria de la fotografía.

—Es de falafel y humus con verduras —comentó y se dispuso a enviar el mensaje, tipeando con sus pulgares—. Le envió la fotografía a mi amiga Sam, que es vegana. —Sonrió en cuanto le llegó la respuesta en forma de emoticono de grito.

—Suerte que no hiciste lo mismo con la hamburguesa en Lamar —bromeó Will—. ¿Cambiamos uno por uno?

—¿Uno tuyo por uno mío? —Había dos por paquete, así que accedió al intercambio. Se acomodó, al igual que ella, contra el respaldo de su cama y cruzó las piernas a la altura de los tobillos, sobre el edredón. Ni soñarlo se metería bajo los cobertores con las manchas que tenían. Miró hacia el cielo raso y notó que el detector de humo estaba envuelto en una bolsa transparente. ¿En serio? El motel era como salido de una mala película clase «Z». Sacudió la cabeza para no pensar en el tipo de personas que había dormido en su mismo colchón.

Tomó el control remoto de la mesa de noche y prendió la TV. Hacía *zapping* a través de los canales a la par que daba cuenta de su cena.

—¡Deja allí!

Se sobresaltó ante la orden femenina dada en un grito y retornó al canal que ella le pedía.

—¡Oh, vamos! Es uno de esos animes *yaoi*, ¿cierto, pervertida Will?

—Es *Yuri on ice*, Drew. Es precioso, y no te preocupes, no hay ninguna escena sexual que pudiera comprometer tu inocencia —se mofó ella sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Por qué todo el mundo me trata como a una joven salida de una novela de época? —refunfuñó entre dientes sin esperar una respuesta—. ¿Tengo el rostro de una protagonista de una historia de Jane Austen o algo parecido?

—Ni idea, no he leído a la mujer ni visto las películas basadas en sus libros.

—¿En serio? —Andy dejó el sándwich a mitad de camino hacia su boca—. ¿Ni siquiera *Orgullo y prejuicio*? ¿La de Joe Wright?

—No es mi estilo. —Sacudió la cabeza de un lado al otro y Andy se vio encandilado por el tono cian con algunos tintes violáceos, debido a las luces provenientes del televisor, de su cabellera—. Quizás a la de zombis sí le daría una oportunidad.

—Deberías —comentó con la boca llena—. Es tan bizarra como graciosa.

Andy posicionó el móvil delante de la pantalla y tomó otra foto, lo que hizo que la joven lo observara con atención.

—¿Tu amiga también es fanática del anime? —preguntó al cabo de unos segundos.

—No, ella no —contestó, y se metió en la boca el último bocado del segundo sándwich—. Pero David sí lo es y él me dirá si este es bueno y vale la pena.

—Ouch, gracias por el voto de confianza —ironizó ella con la boca repleta de papas. Andy volvió a pensar que tan alejado estaba esa chica del ideal que él tenía de mujer.

—Nadie que me llame Drew puede merecer que crea en ella.

Recibió el mensaje de David que solo decía dos palabras: «Es bueno». Como siempre, escueto y directo.

Entonces, le daría una oportunidad.

Visualmente, *Yuri on ice* era impecable con las escenas de patinaje sobre hielo. Además, la historia y el romance lo atraían, pero no podía evitar que los párpados se le cerraran después de estar tantas horas tras el volante. Se deslizó por el almohadón que tenía tras la espalda hasta tener esta pegada a lo largo del lecho.

—¿Andrew? —preguntó Will, pero la oía como una voz lejana.

—¿Hmmm?

—¿Conoces a la prometida de mi hermano?

La pregunta captó su atención, abrió los ojos y se giró hacia ella.

—No. Este último año no he podido volver a Sweet Home y nunca la he visto en las conversaciones por Skype que mantuve con él. ¿Por?

Will se encogió de hombros.

—Solo que me parece un tanto precipitado, ¿no crees? Hace menos de un año que están juntos y ya van a casarse.

En algún momento, ella se había quitado sus botas estilo militar y, sentada sobre la cama con la cabeza algo gacha, se sostenía los dedos de los pies enfundados en unas medias violetas.

—No sé, supongo que cuando sabes, sabes. —Y cuando no, también sabes, se dijo en la mente—. No te preocupes, James podrá ser muchas cosas, pero no es de los que construyen castillos en el aire. Debe de tener buenas bases para dar este gran paso.

—Espero.

Después de ser atacado por un bostezo incontenible, Andy rebuscó en su bolso, al costado del lecho, y sacó la novela de Kleypas que había estado en su guantera. Leyó tres líneas y cayó rendido. Sintió como el libro era apartado de sus dedos y le quitaban los lentes antes de caer en un pozo profundo de oscuridad y sueños.

Los gemidos y jadeos más unos golpes constates contra la pared detrás del cabecero de su cama lo sobresaltaron, despertándolo.

—¿Qué mierda? —preguntó algo asustado hasta qué comprendió qué sucedía.

—Sí que no sientes nada cuando duermes, Drew. Esto lleva desde hace unos veinte minutos, lo que me hace preguntarme qué mierda toman para tener esa estamina. ¡Argh! —Will gruñó ante otro grito femenino y se tapó la cabeza con la almohada.

—*¡Vamos! Oh, más fuerte, papi. Sigue así* —se oía desde la habitación de junto.

—¡Por favor! ¿Acaso estas paredes son de papel? —demandó sin esperar respuesta. No podía haber elegido un peor lugar en el mundo, aunque se lo propusiera.

Will se lanzó del lecho y se dirigió hacia la puerta sin encender ni siquiera el velador de la mesa de noche.

—Hey...

—Voy por café o algo. No puedo continuar con este espectáculo pornográfico, aunque no nos dé visuales.

—¡Espera! —Saltó de la cama y se apresuró tras ella—. No irás sola a esta hora por allí fuera.

—Soy bastante grandecita —dijo al ponerse la chaqueta de cuero negro corta hasta la cintura.

—No importa. —La tomó del brazo con enfado—. No irás sola, Wilhelmina.

—Pues creo que puedo prescindir de la cafeína, ya que no quiero una niñera. —Se desprendió de su mano de un tirón y se arrojó sobre la cama. ¿Y en ese instante por qué demonios estaba ella enfadada?—. Al menos la turbina del aire acondicionado tapa en algo los gemidos, el resto lo hará la TV. Me conformo hasta con el canal de compras, Drew.

Andy tomó el control remoto e hizo *zapping* hasta dar con una película que

le hizo dibujar una sonrisa diabólica.

—*Sensatez y sentimiento*, de nuestra amiga Jane, pervertida Will.

Y la joven volvió a gruñir y enterró el rostro en la almohada.

## Capítulo 4

Mina gruñó en cuanto su culo tocó el duro cuero del asiento del Shelby. Parecía que desde que se había topado de nuevo con Andrew Morgan no hacía otra cosa que gruñir.

Dio vueltas al sintonizador de la radio hasta dar con un tema de Metallica, *Master of Puppets*. Ni dos segundos después, Drew giró la misma perilla hasta dejar la canción *Perfect*, de Ed Sheridan.

—Eh... novelas románticas, películas románticas, canciones románticas... Hombres que quieren tenerte en medio de sus cuerpos desnudos... Creo que ya comprendo.

—Comprendes, ¿qué?

—¿Estás *enclosetado*? —soltó, reprimiendo una sonrisa.

—¿*Enclosetado*? ¿A qué...? —Ella pudo precisar el momento exacto en que se percató del significado de sus palabras: su mirada se tornó glacial y una expresión diabólica bailó en su rostro—. Oh, pervertida Will, espero que no digas lo que dices. A mí me tiene sin cuidado lo que opines sobre mis gustos, pero no vayas por un camino en el que puedas mencionar algo que insultaría a mis amigos...

Mina suspiró. No tenía intención de enfadarlo. Ya bastaba con que hubieran iniciado ese viaje con mal pie, calor, sin aire y durmiendo en sitios de mierda.

—Calma, romántico Drew. No tengo nada contra la identidad sexual de

nadie, es más, tus amigos me cayeron bien —dijo mientras rebuscaba en su bolso para sacar una goma de mascar. Le quitó el envoltorio y se la metió en la boca.

—¿No puedes ser un poco más femenina? —soltó él.

—¿Hmmm?

Drew le dirigió una mirada significativa a sus pies sobre el tablero y luego a la goma que enrollaba en su dedo para volverla a masticar.

Mina se encogió de hombros y cambió de emisora hasta dar con otro tema de una banda de rock pesado.

—Soy un «me tomas o me dejas» —mencionó, y no quiso pensar en la mirada que él le dirigió. Trataba de mantener a su maldito corazón a raya, este parecía no recordar que desde hacía años se había propuesto olvidarse de él y palpitaba con locura cada vez que lo tenía cerca, lo que en los próximos días sería una constante.

Después de una breve parada para almorzar, Mina notó que los ojos de Drew comenzaban a cerrarse. Aún faltaba para detenerse a pasar la noche. Hacía mucho calor, pero, por suerte, el sol ya no les daba de pleno en el rostro.

—Deja que maneje, Andrew.

—No —respondió al sacudir la cabeza y tratar de enfocar la vista en la carretera.

—¡No seas absurdo! —gritó y tuvo que calmarse ante el terror que la invadió. Era otro accidente y otra persona, pero al verlo tan cansado solo pudo imaginar que lo protagonizaba Drew esta vez—. ¡Hace más de diez horas que estás tras un volante!

—Ya estamos en Des Moines, pasaremos aquí la noche. Solo debo encontrar dónde.

—Ah, no. Esta vez busco yo y la diferencia corre por mi cuenta. —Tomó su móvil y examinó cada opción dentro de su presupuesto en la página *Choice Hotels*—. ¡Andrew, abre los malditos ojos! —El pánico se apoderó de

ella. Otro hermano Morgan en un accidente automovilístico no era algo para lo que estuviera preparada, y nunca lo estaría. Y menos si se trataba de Drew —. Estaciona aquí, nos quedaremos en este.

Apenas detuvo el automóvil en el estacionamiento del hotel, Drew cruzó los brazos sobre el volante y descansó la cabeza encima de estos, lanzando un profundo suspiro.

—Vamos —le dijo y posó la mano entre los omoplatos masculinos. Reprimió el gemido que luchó por escapar de su boca al sentir los músculos de Drew bajo su palma. Ansiaba deslizarla por toda su columna y deleitarse con su cuerpo, pero se contuvo—. Nos registraremos, compraré algo para cenar, nos daremos un buen y merecido baño. Comeremos y dormiremos como unos bebés.

—Suenan al paraíso —suspiró él y salió del vehículo.

—Drew, no puedes seguir así o deberemos variar el itinerario —comentó ella al alcanzarlo mientras cruzaban la calle.

—No —sacudió la cabeza y hasta ese simple acto pareció robarle todas sus energías—, tenemos que llegar en tres días más.

—Entonces —lo aferró del brazo y lo detuvo para que la atendiera—, repartiremos las horas de manejo y me importa una mierda si mi hermano te ordenó no dejarme al volante de su preciosidad sin un aire acondicionado decente y con unos malditos asientos que bien podrían ser una tortura china.

Compraron algunas bolsas de papas fritas y gaseosas, sin embargo, apenas entraron en la habitación doble, Drew se estiró con un gemido sobre el colchón y se quedó profundamente dormido sin probar bocado.

Mina suspiró al contemplarlo. No podía creer que emprendía ese viaje con Andrew Morgan y que lo tuviera a menos de un metro de distancia, mucho más atractivo de lo que había estado la última vez que lo había visto, cuando era un joven de veintidós años y ella, apenas de unos dieciséis. Esa última mañana había sido el peor día de su vida, el del entierro de su mejor amigo. Una parte de ella había sido sepultada con él.

Los penosos y horribles recuerdos invadieron su mente, su corazón comenzó a estrujarse y un nudo se inició en su garganta. La angustia estaba a solo un paso, por lo que rebuscó en su bolso y sacó el último ejemplar de *Ten Count* que había adquirido. Retomó la lectura en donde la había dejado y sumergió de lleno en esa historia de amor entre dos hombres.

Una vez que se hubo despejado, apartó el volumen en la mesa de luz compartida en medio de ambas camas de una plaza y se metió en el cuarto de baño. Ansiaba quitarse el sudor de dos días de viaje y deshacerse de los nervios que la asaltaban y que trataba de que no se notaran al viajar con su amor no correspondido de adolescente. Una vez que se hubo refrescado, se vistió con una camiseta inmensa y un pantalón de chándal.

Se acomodó sobre su cama y abrió una de las bolsas de papas mientras encendía la TV. El ruido debió de haber despertado a Drew, porque este protestó con un gemido y se removió en su lecho.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz de ultratumba y sin abrir los ojos.

—Cerca de las diez.

—¿De la mañana?

—No, de la noche. Solo dormiste un par de horas.

Drew gruñó y se incorporó hasta permanecer sentado. Se pasó una mano por el rostro, se quitó el gorro tejido de hilo fino que siempre llevaba y se removió el pelo algo largo.

—Arrójame una bolsa. —Así lo hizo Mina y tragó al contemplar a ese hombre tan atractivo como años antes, con el cabello despeinado y las mejillas enrojecidas—. ¿No estás viendo anime?

—Aunque no lo creas, mi gusto cinematográfico es más amplio, Drew. Pero, a decir verdad, no encontré ninguno, por lo que me decidí por *Santa Clarita's diet*.

—¿Te gustan las películas de zombis?

Mina no contestó, solo se encogió de hombros y le dio un buen sorbo a su gaseosa. Estuvieron en silencio por un rato largo, mirando la serie sobre una

agente de bienes raíces que se convertía en un muerto viviente. Solo se escuchaba el murmullo de los diálogos provenientes del televisor, los ruidos al masticar las papas fritas y cuando buscaban una dentro de sus propios paquetes.

—Eh... Will, con respecto a tu dislexia...

—¿Qué quieres saber? —soltó como un ladrido.

—Hey, no te pongas a la defensiva —dijo con un tono de voz que la derritió en el acto y que la hizo enfurecer con sí misma por su flaqueza—, solo que me sorprendió la noticia.

—Creí que James te habría contado. —Se encogió de hombros. Ya no se avergonzaba de su dificultad, había aprendido que era parte de ella y solo debía percatarse de la forma de sortear los escollos—. No es que fuera un secreto ni nada, solo que supongo que mi familia lo ve como una especie de mancha.

—¿Mancha? ¿A qué te refieres?

—Hasta que lo descubrí, o, más bien, un profesor de mi primer año de secundario notó qué podría estar ocurriéndome, creí que era retrasada. No lograba hacer algo que parecía fácil y hasta automático para el resto de mis compañeros, como leer con fluidez. Leía como un niño de seis. Aún lo hago, aunque con menos dificultad. —Apoyó la barbilla sobre sus rodillas dobladas contra su pecho.

—¿Y el manga ayuda?

Cerró los ojos y se deleitó con la suavidad en la que Drew le hablaba. Desde hacía años que no se dirigía a ella de aquella forma.

Se giró hacia él y lo encontró volteado hacia ella, con un codo sobre la almohada y el costado del rostro en su mano.

—Sí —sonrió con ilusión al recordar a ese docente—, este profesor tuvo gran interés en mí y me concedió horas a ayudarme a sobrellevar mi problema. Me regaló el primer manga, una versión de *Las aventuras de Tom Sawyer*.

—Explícame en qué te facilitó.

Mina apoyó la mejilla en sus rodillas, con la mirada perdida en el vacío. Sonrió al recordar al profesor McCormick. Para ella era un viejo, pero viéndolo para atrás debía de tener unos treinta y tantos para aquella época, o apenas arribaba a la treintena.

—Sospechaba que me encantaría la lectura y era frustrante no lograr comprender una simple frase. Leía a la velocidad de una tortuga y, cuando terminaba un párrafo, no recordaba qué había sido lo primero. Mi madre estudiaba junto conmigo, me leía las lecciones, pero porque pensaba que tenía dificultad en la comprensión de textos y un nivel bajo de intelecto.

—¿El manga ayuda por la apoyatura visual?

Tal vez fuera que Drew recién se despertaba y que aún estaba cansado, pero el tono dulce con el que le hablaba la arrullaba y la envolvía de tal forma que ansiaba saltar a sus brazos, por lo que presionó los suyos alrededor de sus piernas.

—Eso mismo, Drew. Con el manga no hace falta leer para comprender qué sucede en la historia, las imágenes dan el contexto para interpretar las palabras. Además, ayuda que el que estas estén escritas en mayúsculas y, te parecerá una tontería, pero las fuentes *san serif* en la que están plasmadas las letras facilita la lectura.

—¿Quieres decir que aprendiste a leer con manga? —preguntó, y la extrañeza se vertió en sus palabras. Comprendía que le fuera difícil entenderlo, él podía leer sin dificultad, algo que se le daba de forma natural, y para ella era demasiado laborioso y quedaba con tal dolor de cabeza, como si fuera una tortura.

—No que aprendí, sino que logré leer —corrigió. Era complicado de explicar de forma correcta—. Las imágenes te otorgan el contexto y las palabras son un añadido, tu cerebro se entrena para completar los blancos entremedio y construir la narrativa y el movimiento en la historia. Además, las frases en un manga o comic son cortas, por lo que no tengo que retener

demasiada información en la memoria al tardar tanto en finalizar la lectura.

—Nunca creí que fuera tan serio —murmuró, y a ella le pareció distinguir vergüenza en su expresión.

—Lo es, Drew. Apenas pude finalizar el secundario.

—¿Y la universidad? Porque sí sé por James que fuiste. No pudiste estudiar a través de mangas.

La universidad fue un nuevo desafío que se había autoimpuesto y que logró vencer gracias a las bellas personas que le había colocado el destino en su camino.

—No, no lo hice. Tuve buenas amigas que me ayudaban con las lecturas. Leían en voz alta o grababan resúmenes para que luego los escuchara. Registraba en audios todas las lecciones para escucharlas con detenimiento. La tecnología fue mi aliada.

—Bien. Me alegro. —La sonrisa que Drew le dedicó fue tan amplia y luminosa que sintió como le temblaba el corazón.

—Oh, ¿no se me caerá la mampostería del techo? —dijo con ironía para cortar con la dulzura que se derramó por ella hasta caldearla por dentro y que amenazaba con reavivar un amor que había enterrado ya—. ¿Tú alegrándote por mí? Imposible.

—Eres insufrible, Will.

Mina agarró un gran puñado de papas y se las metió todas en la boca, la que apenas podía cerrar, para masticar con gran ruido y dificultad.

Él se había interesado por su problema. ¿Por qué demonios tuvo que arruinar ese momento que habían tenido? Simple, ella era una idiota que se boicoteaba a cada instante en lo respectivo a Andrew Morgan.

## Capítulo 5

—**D**ame las llaves, Drew —ordenó la joven en un tono imperativo, y lo acompañó con una mano en su cintura y una expresión dura mientras le tendía la palma.

—Ni lo pienses —contestó, desdeñando sus palabras con un ademán de su mano.

Will se le abalanzó y lo arrinconó contra el automóvil. Su aroma dulce lo envolvió y lo inmovilizó. La excitación le corrió por las venas como sangre encendida y su entrepierna dio un tirón.

—No voy a dejar que ocurra lo de ayer —dijo, e insistió con su palma tendida hacia él.

—No ocurrió nada, Wilhelmina —masculló entre dientes, pasando a su lado hacia el vehículo en cuestión.

Se tapó la mirada con la mano al encandilarse con los rayos del sol y suspiró con desgana al escuchar los pasos de la joven que pretendía alcanzarlo.

—Dame las malditas llaves, Andrew —ordenó ella de nuevo, empleando un tono más elevado que antes—. Vamos a repartir las horas de conducción.

—No.

—¡Basta, Andrew! —Lo aferró del cuello de la camiseta negra y lo estampó contra la puerta del Shelby—. No quiero otra muerte más. —Ambos quedaron estupefactos y los ojos oscuros de Will se humedecieron. Lo soltó y

se apartó—. Solo comparte la conducción conmigo. Si cometo algún error, no estaré más tras el volante.

Ella le dio la espalda y él se percató de que se enjuagaba los ojos con el revés de su mano. Andy odió la oleada de compasión que lo asaltó. Esa mujer estaba con su hermano cuando se le había insinuado una y otra vez, y poco le importaba a Andy que en aquel entonces ella hubiera sido una adolescente de dieciséis años. No obstante, tenía que reconocer que compartían el mismo dolor.

En cuanto los hombros femeninos temblaron un tanto, ya no pudo mantener su postura y debió declararse vencido.

—Bien, Wilhelmina. Compartiremos el volante. Tú empiezas, yo termino.

Andy se acomodó en el asiento del copiloto y sin querer pateó el bolso de mano de ella, que se hallaba en el suelo. Al enderezarlo, notó que se había caído un *brochure* sobre una exhibición de estructuras realizadas en chatarra que tendría lugar en una de las galerías de arte en Manhattan dentro de un mes.

El nombre de la artista hizo que sus ojos se ampliaran de par en par.

—¿Eres tú? ¿Expondrás tus obras? ¿Las que tenías en tu estudio? — preguntó con ansiedad. Miraba del folleto a ella y viceversa. Ella se mostraba indiferente, como si no fuera un gran acontecimiento el que estaba por protagonizar en pocas semanas.

—Sí. Ha sido difícil conseguirlo, no hay muchos admiradores del arte de la chatarra —mencionó con un encogimiento de hombros y sin apartar los ojos del camino.

Era una mañana tranquila en la carretera, por lo que Andy no se preocupó demasiado, aunque se mantenía atento. Sin embargo, debía confesar que Will conducía de manera adecuada. Se concentró en las fotografías de las estructuras que aparecían en el tríptico. Admiraba la capacidad creativa de la joven; él, como publicista, podía notar su genialidad.

—Son impresionantes, Will —soltó sin ni siquiera pensarlo.

Ella lo observó por el rabillo del ojo y, aunque a él le pareció que sus mejillas se ruborizaban un tanto, se mantuvo impasible ante su halago. ¿Acaso no pensaba que la adulaba sin motivo?

—¿En serio lo crees? —cuestionó con lo que a Andy le pareció un dejo de inseguridad y hasta vergüenza. ¿Por qué demonios debía sentirse avergonzada por tales monstruos de arte que ella había creado?

—Claro, ¿por qué lo dudas? —Frunció el ceño ante la expresión asombrada de Will.

—Mis padres... —De golpe, calló como si no hubiera pretendido decir nada. Ella aferró el volante con fuerza y suspiró.

—Tus padres, ¿qué?

Will sacudió la cabeza de un lado al otro sin desviar los ojos de la interestatal.

—Ellos creen que desperdicio mi vida haciendo obras con la basura metálica y tan solo dando clases en el secundario —mencionó la última frase como con enfado, como si a medida que las palabras salieran de su boca se hubiera dado valor.

—¿Das clases?

—Sí, a adolescentes. —Will sonrió y, en el momento que ella volteó hacia él, Andy podría haber jurado que su corazón se detuvo. Que había muerto de alguna manera, porque ella emanaba tal luminosidad semejante a estar frente a una deidad griega—. Trato de inculcarles el respeto por el arte en todas sus formas, que lo admiren y lo disfruten sin importar lo poco convencional que sea.

Andy regresó su mirada al folleto y se sorprendió de que sus padres no se hubieran percatado de lo maravilloso que era el don de su hija. Y más se asombró él al enterarse que ella, con su cabello color cian, sus *jeans* rasgados y sus botas de militar, además de sus modales poco femeninos, fuera una docente de secundario.

—No entiendo qué es lo que no les agrada a tus padres. —Él conocía a los

Spencer de toda la vida y siempre los había considerado personas adorables, pero estaba comenzando a verlos de otra manera. No era que no fueran como él los creía, pero con su hija, parecían no haberlo sido.

—Supongo que el hecho de que su hija no siguiera una carrera acorde a sus expectativas y que se hubiera convertido en una especie de Alex Owens — comentó Will con un encogimiento de hombros, algo que él se percató que ella hacía cada vez que se sentía insegura.

—¿Alex?

—Tú sabes —dijo Will, pero Andy no tenía ni idea de quién era—, la protagonista de *Flashdance*. La mujer que era soldadora de día y bailarina por la noche.

Oh, sí que recordaba, en especial esa escena en la que la mujer se reclinaba sobre una silla y tiraba de una cadena que hacía que una gran cantidad de agua la empapara entera. Fantaseó con Will en ese acto y la imagen se le antojó de lo más erótico que pudiera haber visto en su vida. ¿Qué mierda le sucedía? ¿Un par de días encerrado con la joven en esa lata de sardinas pintada de azul y no podía mantener a su pene quieto?

Se aclaró la garganta.

—¿Bailas?

Will chasqueó con la lengua y le brindó una sonrisa ladeada.

—Lo siento, Drew. Lo mío es ser soldadora a tiempo completo, salvo cuando doy clases.

Qué pena. Le hubiera encantado verla... ¿Qué estaba pensando? Él no quería verla a ella hacer nada.

—En nueve horas, más una para almorzar, deberíamos llegar a Cheyenne —informó como para cambiar de tema y darle tiempo a la sangre en sus venas a que se enfriara; a su corazón, que se ralentizara con sus latidos, y a su entropierna, que se calmara.

Will dejó escapar un silbido un tanto sarcástico.

—Huy, Drew, tienes todo bien estipulado hasta el último minuto.

¡Wyoming, allá vamos! —Se carcajeó y movió el dial en la radio hasta dar con el tema *Paranoid*, de Black Sabbath, que hizo que los oídos de Andy dolieran. Se recordaría el comprarse unos tapones en el próximo lugar en el que se detuvieran a almorzar.

Andy se acomodó en el asiento, abrió su novela romántica histórica y se volteó hacia la ventanilla, de espaldas a la joven.

Mina observó por el rabillo del ojo al hermano de Stevie. Al hombre con el que se había obsesionado una vez que sus hormonas comenzaron a revolucionarse, el único que la había encandilado de tal forma que aún después de tantos años hacía que un dolor tan grande le aguijoneara el corazón.

Solo le había confesado lo que sentía por él una vez. Will presionó con fuerza las manos al volante, tanto que sus nudillos se tornaron blancos. No recordaría esa maldita noche, no quería que la angustia que venía detrás anidara de nuevo en su pecho. Había avanzado demasiado para sacársela de allí, para reducirla o para enmascararla. No lo tenía muy en claro, pero tampoco importaba ya. Si todavía existía allí, había conseguido sobrevivir a pesar de esta.

Le subió el volumen a la música de Iron Maiden con su tema *Murders in The rue Morgue* para que le inundara los sentidos y la aturdiera hasta no permitirle pensar en aquella noche, en su maldita confesión y el fatídico final.

Cada kilómetro que la acercaba a Sweet Home la aproximaba a la herida que aún sangraba, y sospechaba que nunca cicatrizaría. Había demasiado dolor encapsulado en ese pequeño pueblo. Amores no correspondidos, amigos que ya nunca más estarían...

—Paremos aquí —decidió, necesitaba ponerle un alto a los pensamientos que la asaltaban, a los recuerdos que no hacían otra cosa que arrinconarla y la zambullían en una oscuridad de la que, temía, no podría escapar.

—¿Hmmm? —Él vagó con la mirada la cafetería delante de la que se habían detenido—. Bien. Luego yo conduzco y, definitivamente, elijo el estilo musical del viaje, al menos, mientras esté al mando del volante.

—Hecho, quien esté tras el volante tiene el control del sintonizador del radio.

Mina ya veía el maldito asiento del Shelby con un odio incalculable. Jamás había viajado a su hogar de la infancia en automóvil. Su culo estaba aplastado de las horas que pasaban dentro del endemoniado coche. Era el turno de Drew en el manejo y había conectado su iPod a un parlante portátil desde el que sonaba la banda británica Keane, como él le había informado. Ella no tenía ni idea quiénes eran, solo que su música era entre melancólica y romántica, como Drew.

Se volvió a remover en su asiento como por enésima vez y apoyó la frente en el cristal a su costado. Gruñó al sentir los dolores a su espalda, de sus músculos agarrotados. Viajar en aquel clásico de cuatro ruedas era peor que cualquier clase de *spinning*. Aunque ella tampoco podía jurarlo, dado que no era de las que eran asiduas al gimnasio.

—Recuérdame asesinar a tu hermano en cuanto lleguemos —masculló Drew, y Mina no pudo estar más de acuerdo.

—Y eso sucederá dentro de... ¿cuántas horas? —preguntó, estirando su columna, y trató de acomodarse de alguna manera en aquella tortura en forma de butaca.

—Dos horas más de conducción, ocho de sueño y otras siete tras el volante mañana, ocho horas más de sueño y unas siete horas más en la carretera pasado mañana.

Otro gruñido escapó de la boca de Mina.

—Te ayudaré a no dejar rastros —prometió y reprimió sus carcajadas en cuanto las de Drew sonaron en el vehículo.

Se detuvieron en el estacionamiento del motel en el que pasarían esa noche. La dinámica fue la habitual de los últimos días: conversación escasa, cenaron alguna chatarra comestible comprada en una gasolinera y miraron una tontería en la TV hasta quedarse dormidos. Cada uno en su cama individual, una junto a la otra y solo separadas por la pequeña mesa de luz.

La mañana siguiente fue como de costumbre. Drew ya se había bañado y la despertaba a los sacudones, sin miramientos, para tener un desayuno rápido y volver al camino, con músculos adoloridos y glúteos aplastados.

Ella era la que tenía el turno tras el volante por la mañana, por lo que conectó su móvil a los parlantes portátiles de Drew y eligió el tema *Highway star*, de Deep Purple. Le encantaba el *old school* del *Heavy metal*, por lo que subió el volumen hasta que sus pensamientos se inundaran de pura música. Con las ventanillas bajas a falta de que el supuesto aire acondicionara enfriara, sus cabellos se revoloteaban por obra del viento.

—Baja un poco a tanto griterío, Will —protestó Drew con el ceño fruncido.

Ella lo observó por el rabillo del ojo y tragó en seco al contemplarlo con los mechones castaños flotando a su alrededor. Mina sonrió y cambió al tema *Raining blood*, de Slayer, no obstante, no le hizo caso y se deleitó con esos ojos cristalinos y el odio que surgió de ellos cuando la voz del cantante inundó el vehículo.

Al menos había una emoción que ella siempre generaba en él y se pegaría a esta. Prefería el odio a la indiferencia.

## Capítulo 6

—¡Qué mierda! —El Shelby se detuvo en la interestatal ochenta. Andy presionó el acelerador a la par que daba vuelta la llave. El motor arrancó, pero no se mantuvo. Lo volvió a intentar y, esta vez, permaneció prendido—. ¡Al fin, cacharro inmundo!

Sin embargo, después de unos tantos metros, el vehículo volvió a detenerse y ya Andy no logró que arrancara.

Will elevó el rostro de su iPad, donde veía otro capítulo de *Las aventuras de Ladybug*, con el ceño fruncido y una expresión acusatoria, como si él hubiera detenido el maldito Shelby adrede.

Ya era noche cerrada, se habían demorado en el almuerzo y habían hecho otro alto a media tarde. Ese *road trip* les pasaba factura, por lo que habían parado a estirar las piernas y beberse un café más de lo que acostumbraron los últimos días. Además, Andy ya no soportaba tener a Will tan cerca y menos estar encerrados en ese cacharro diminuto.

—¿Qué le sucede? —preguntó la joven en un tono áspero.

—¿Y cómo mierda voy a saberlo?

Ella descendió sus pies, enfundados en esas botas estilo militar, del tablero y dejó el iPad a un costado antes de salir del automóvil. Andy la siguió fuera y se puso a su espalda al ver que ella abría el *capot* y toqueteaba una cosa y otra.

—¿Sabes algo de mecánica? —preguntó, curioso, sorprendido y hasta un

poco aliviado de que así fuera.

—No, pero no hago ningún mal al investigar.

Él maldijo por dentro.

—Investigar, ¿qué, Will?

Ella se encogió de hombros y se giró hacia él con las manos en los bolsillos de su corta campera de cuero negro. A esa altura de la noche, la temperatura había descendido unos cuantos grados.

La joven se encogió de hombros y lo observó con aquellos enormes ojos que lo hicieron elevar la temperatura de su cuerpo en un suspiro.

—Tal vez alguien pase y podamos hacer dedo para que nos levanten — sugirió Will.

Andy hizo un paneo de la carretera que era tragada por una oscuridad profunda de un lado y del otro.

—¡Estás loca! —exclamó fuera de sí—. Ni lo pienses, ¿no ves ninguna de esas películas de terror? Es una muerte segura.

—¡Ay, Drew, eres tan tierno! —se burló al aplanar una palma con la otra a un lado de su mejilla y pestañear repetidamente.

—¡Argh! Ayúdame —pidió al tiempo que metía la mitad de su cuerpo dentro del vehículo. Movié el volante y puso la palanca de cambios en punto muerto. Se dispuso a empujar el automóvil por la abertura del conductor, maniobrando con el volante para dirigirlo hasta la orilla de la carretera.

En el acto, Will corrió hacia la parte trasera para empujar desde allí y, entre ambos, consiguieron dejarlo estacionado a un lado del camino.

—Agarra lo necesario y caminaremos hasta llegar a alguna parte — comentó Andy a la par que enfocaba con la vista más allá de ellos.

—¿A Boise? —preguntó ella con una incredulidad plasmada en su voz.

Estaban en algún lugar de Kuna, Idaho, sobre la interestatal ochenta y cuatro. Y a la vista había absolutamente... nada, solo terreno descampado.

Él abrió una de las puertas, le estampó el bolso de mano a ella y agarró su billetera. Verificó que el Shelby estuviera bien cerrado antes de aferrarla de

un brazo y tirar de Will por la ruta.

—Andrew, no podemos... ¿Hasta dónde...? ¿Por cuánto tiempo...?

—Hasta dar con algún sitio.

Caminaron por una buena hora en la que Andy no había dejado de rezongar y gruñir. Estaban agotados después de tantas horas sentados en aquella lata de sardinas y, más aún, con el ejercicio extra tras haberlos dejado varados.

—¡Vamos, Drew! —lo alentó—. Al menos no llue...

—¡No lo digas, Wilhelmina! —gritó en advertencia a la par que un relámpago iluminó todo el cielo y un trueno lo siguió. Ambos se detuvieron y elevaron la vista con asombro—. Y tenías que hacerlo, ¿cierto? —escupió, y unas cuantas gotas comenzaron a caer y empapar su camiseta como si la chica las hubiera conjurado.

Maldecía el no haber agarrado su chaqueta. La temperatura había descendido lo suficiente como para sentir escalofríos cada vez que una pequeña esfera de agua helada caía sobre su piel.

A los pocos minutos, una tormenta con toda su furia descendió sobre ellos. Will se arrebujó en su pequeña chaqueta que no parecía abrigo en lo más mínimo y él metió las manos en los bolsillos delanteros de su *jean*, como si eso lo amparara en algo.

Empapados hasta los huesos, llegaron, en unos cuantos minutos de caminata vigorosa, a un motel de carretera cerca de Boise, o quizás ya estuvieran allí y no se hubieran percatado del cartel de bienvenida.

Entraron al establecimiento, temblando como una hoja. Un sujeto, reclinado en una silla y con los pies sobre una mesa tras el mostrador, dormía plácidamente, ajeno a su presencia. Andy golpeó con su palma sobre la campanilla en la recepción para captar la atención. El recepcionista se despertó de un susto y casi cae de su asiento.

—Oh, hola —saludó el hombre con voz ronca. Carraspeó—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Andy y trabó las mandíbulas para que no le castañearan los dientes. Observó a su compañera de aventuras y constató que a ella le tiritaba la boca al igual que el resto del cuerpo.

—Veo que los agarró la lluvia —trató de bromear el encargado nocturno, quien era un poco *creepy* con su mirada a lo Norman Bates. Al menos no había animales embalsamados en los alrededores ni el tipo comía caramelos.

—Una habitación con dos camas simples.

—Imposible —dictaminó el hombre al tiempo que sacudía la cabeza de un lado al otro—. Todo está tomado por la llegada de la festividad del cuatro de julio.

—Pero aún falta —protestó Andy en un tono más elevado del que pretendía.

—La gente llega antes y algunos hasta pensaron en reservar —replicó, sardónico, el sujeto—. Solo queda una habitación con una cama doble. Si usted y su novia pelearon durante el viaje, quizás este sea un buen momento para implementar eso de la reconciliación tras una discusión —se mofó el hombre, y Andy solo quería darle un puñetazo en la barbilla.

Sí, algo inusual en su ser pacífico, pero hacía cuatro días que estaba en un viaje eterno con una mujer que lo trastornaba de más maneras de las que estaba preparado para aceptar, y, encima de todo, estaba empapado, con su ropa extra en el maldito vehículo que habían dejado abandonado en la carretera.

—Los acompañaré hasta su habitación.

—No hace falta, solo deme las indicaciones —exigió Andy con cierto enfado ante la burla que bailoteaba en el rostro del recepcionista. Una vez que tuvo la llave en la mano, se volteó hacia la joven que esperaba a su espalda —. ¡Vamos!

Entraron en un silencio incómodo a la habitación y al contemplar esa cama en el centro. Cada uno se detuvo en un extremo opuesto del recinto, como si eso los cuidara de dar un paso en falso.

—Toma una ducha caliente, Will —ordenó sin conectar la mirada con ella.

—¿Y tú? —preguntó, y a Andy se le antojó demasiado pequeña así: mojada, temblando y con aquella expresión cautelosa.

—Luego.

—No tenemos ropa.

Andy pestañeó y le pareció estar frente a la Wilhelmina de catorce años que iba tras él, escondiéndose detrás de cada objeto que hubiera en el camino para observarlo, cohibida y con cierta vergüenza. Claro que él era consciente del interés de la chica, al igual que lo había sido su hermano.

De grandes y encerrados en una habitación pequeña, la tensión entre ellos era tan palpable en el aire que podía cortarse con un cuchillo bien filoso.

—Somos adultos, ¿cierto? No voy a saltarte encima —protestó. Aunque, en su mente, se preguntó si sus palabras eran para ella o para sí mismo—. Envuélvete en una toalla y yo lo haré con otra. Mientras te bañas, veré si puedo conseguir algo para cenar. No sé qué podré encontrar aquí...

—Cualquier cosa estará bien, Andrew.

Las miradas se conectaron por unos breves segundos, lo suficiente para que se perturbaran y se incomodaran. Pronto desviaron sus ojos a otros puntos de falso interés.

Mina necesitaba apartarse, por lo que se encerró en el cuarto de baño. Abrió el grifo y dejó que saliera el agua caliente. Se quitó, una a una, cada prenda empapada y se metió bajo la ducha. Se refregó cada centímetro de su piel con ferocidad, como si ello pudiera borrar el hecho de que compartiría cama con Andrew Morgan.

Una vez que su tez se había vuelto rojiza a causa de los frotos y del hervor del agua, salió. Se envolvió en una toalla blanca que apenas se sostenía sobre su pecho plano.

En cuanto puso un pie en la habitación, Drew pasó por su lado y se adentró en el baño como en un borrón.

—Comida sobre la mesa de noche —anunció antes de cerrar la puerta tras

él.

Ella se quedó pasmada frente a la sequedad en el trato de su compañero de viaje. Sabía que la detestaba desde que lo perseguía como una acosadora siendo una adolescente, pero jamás comprendió su odio hacia ella. Un vacío que hacía tiempo no sentía se le instaló en las entrañas. Recordar esos momentos de desaire que él le regalaba sin motivo siempre hacía que su autoestima tambaleara.

Abrió el envoltorio plástico que contenía dos sándwiches, su cena habitual de los últimos días, y se los comió mientras veía una antigua serie sobre el lejano oeste en la TV, sentada sobre el lecho. Una vez que terminó el último bocado, se arrebujó bajo los cobertores y cerró los ojos.

Al rato escuchó como se abría la puerta del baño. La luz fue apagada, a lo que siguió también el televisor. Ella se aferró al nudo de la toalla a su pecho cuando sintió que el colchón se hundía a su espalda.

La tensión se apoderó de ella al percibir el calor que desprendía el cuerpo masculino a centímetros del suyo, sin embargo, en algún momento de la noche, sus parpados se bajaron y, rendida, se durmió.

La oscuridad bañaba la habitación. Seguía inmersa en un sueño de lo más excitante que la había dejado candente y con deseo de más. Hacía años que aquel amor de adolescencia no protagonizaba esos retazos de historias que se creaban en su dormir.

Mina se removió y un gruñido sonó sobre su cabeza. Se quedó paralizada y con la respiración atascada al percatarse sobre quién estaba recostada. Abrió los ojos de par en par en el acto y permaneció más quieta que una estatua. No obstante, cuando otro gruñido le caldeó la cima de la cabeza y una dureza se conectó con su pubis, se tragó un gemido y clavó las uñas en la piel que ardía debajo de la suya.

—Will... —susurró Drew.

Mina tapó con su palma la boca del hombre. No quería que siguiera, no quería que lo volviera real porque sabía que, si se le daba existencia a ese

momento, él se tornaría en ese que la detestaba y que la contemplaba con aquella mirada de aborrecimiento.

—No —murmuró para que callara.

Drew la tomó por los glúteos con una fuerza que hizo que los dedos se hundieran en su piel, y fue como si una descarga eléctrica irradiara todo su cuerpo.

—Me matas —declaró en un murmullo que ella no sabía si había sido intencional, a la par que elevaba sus caderas para conectarse aún más con las suyas—. Solo... —Se frotó contra ella y gruñó al mismo tiempo.

Ella también rozó su cuerpo con el masculino y se sumergió en esa oleada de pasión que la asaltó. ¡Mierda! Ambos estaban desnudos, uno encima del otro, estallando en deseo si la humedad de su femineidad y la dureza de él indicaban algo.

—Solo una vez, Drew —soltó sin intención, y quedó estupefacta ante sus propias palabras, las que no dejaban de encerrar una verdad no dicha. Ella lo deseaba, siempre lo había hecho y se había contenido por ser quién era Andrew: su vecino, el mejor amigo de su hermano, el hermano de Stevie. Todo menos la persona que la pudiera observar con la misma mirada cargada de amor que ella había reservado solo para él durante su florecimiento al interés por el sexo opuesto.

Él, con sus manos aún clavadas en su piel, la removió sobre su pene. Un jadeo escapó de ella y un gruñido, de él. Cada sitio donde él la tocaba era como si dejara una marca con hierro ardiente, una quemadura que se extendía a su interior y que sabía que no sería borrada con facilidad.

—No tengo... —comenzó él.

—Tomo anticonceptivos y no tengo ninguna *STD*<sup>[1]</sup> —acotó en un susurro, como si el no alzar la voz no los sacara de ese manto de fantasía que parecía cubrirlos.

Nunca había tenido relaciones sin preservativo, pero confiaba en Andrew; por más que antagonizaran, sabía que contaba con él en algún nivel y que

jamás la pondría en peligro.

Un gemido de pura frustración escapó de él y retomó el frote de su erección contra el pubis de Mina, y ella creyó morir de excitación. Se ancló al pasar los brazos por debajo de él y hundir las uñas en los hombros de Drew como si la vida le fuera en ello.

La punta del pene conectó con su centro húmedo y Mina se quedó quieta y a la expectativa. Él también permaneció congelado.

Los pechos de ambos se convulsionaban por las respiraciones agitadas.

Los dedos de él se hundían en los cachetes de su culo a la par que las uñas de ella lo hacían en sus hombros. ¿Cuánto tiempo quedaron detenidos? No tenía idea, solo que, en algún momento, él se movió apenas y, muy de a poco, fue entrando en ella.

Mina arqueó la espalda y se le atascó el aire en la garganta. Pasó los brazos por detrás del cuello de él y Drew le sostuvo la cabeza con su palma, manteniéndola contra su pecho. Con suma lentitud se deslizó dentro y fuera de ella, en un ritmo tan pausado como aniquilador. Los movimientos apenas perceptibles, dos personas unidas en un abrazo que no dejaba ver dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Mina se cuidó de no elevar su rostro del refugio del esternón masculino, allí, arrullada con aquel acunar lento y protegida por esos brazos que la rodeaban. Reprimía los jadeos que pugnaban por escapar de sus labios, pero presionó estos entre sí y los mantuvo a raya. Los ojos se les empañaron y absorbió el aroma masculino que pareció envolverla en goce y nostalgia.

Luces blancas resplandecieron detrás de sus párpados. Sabía que un encuentro con Drew sería de esos que te volaban la mente, pero nunca imaginó que sería como montarse en un cohete destinado a la luna. Tampoco jamás pensó que esas manos la tratarían con tal ternura, que la tomarían con tanta delicadeza mientras se deslizaba dentro y fuera de ella. El llanto presionaba en su interior, no sabía a qué se debía la necesidad de llorar, pero allí estaba. ¿Tal vez fuera felicidad? ¿Quizás fuera por alcanzar algo que

siempre se vio a la distancia?

Los envites se tornaron frenéticos y con una desesperación por estar cerca de la culminación junto con no querer que la experiencia llegue a su fin. Los gemidos y jadeos se convirtieron en una melodía constante e interminable.

Uno, dos, tres bombeos y el orgasmo los derribó como en un choque masivo que los dejó sin aliento, mareados y sin sensación de realidad ni de gravedad.

Permanecieron aferrados en ese abrazo estático como si pudieran escudarse de la oleada de racionalidad que los amenazaba con alcanzarlos. La rigidez de los músculos atestiguaba que ya penetraba entre los quiebres que iban apareciendo entre ellos, resquebrajando la ilusión.

Mina se deslizó hasta salir de encima del hombre y se acomodó de costado y de espaldas a él. No quería hacer contacto visual, no quería que ese aire de realidad los golpeará y los enfrentara con todas sus rivalidades.

Andrew se quedó con los ojos fijos en el cielo raso mientras esperaba que su respiración volviera a la normalidad con la rapidez de un caracol. ¿Qué mierda había pasado? ¿Qué demonios había hecho? No había sido un sueño, de eso estaba más que seguro, a pesar de que había iniciado en medio de una bruma mental.

El pánico lo rodeaba. ¡Había tenido sexo con Wilhelmina Spencer! Cerró los ojos con fuerza y la imagen de Stevie en esa última noche surgió en su mente. El dolor agujoneó en su corazón y se sintió un hijo de puta. Había hecho lo que siempre había prometido que jamás haría. Había cruzado esa barrera que se había autoimpuesto con Will. La recordó anclada a él mientras sollozaba y le decía que su hermano había tenido un accidente. Recordaba a su corazón morir y la culpa lo invadió de una forma más intensa que nunca.

Giró la cabeza y fijó los ojos en la espalda femenina, en la delicada línea de su columna y los hoyuelos por encima de su culo. Su pene volvió a la vida

como si no hubiera descargado toda su munición hacía tan solo unos minutos atrás. ¿Qué se había apoderado de él? Debía haber sufrido un ataque de locura temporal para haber olvidado todas sus restricciones y tener relaciones con la joven. El remordimiento le estrujó el corazón y los ojos se le empañaron de tan solo imaginarse lo que podría pensar su hermano si se enterara, solo que él nunca lo haría, y eso fue directo a sus entrañas.

Se volteó para quedar mirando a la pared junto al lecho, sin embargo, su culo rozaba el femenino y ese único punto de contacto lo hacía arder como brasas. Y ese aroma, esa maldita fragancia dulzona a madreselva con jazmines y nuez moscada parecía que se le había impregnado en la piel al igual que, sospechaba, la muchacha que había conocido durante toda su vida y con la que se había comportado como un ser frío y despreciable gran parte de esta.

## Capítulo 7

Will se despertó y se arrebujó bajo las mantas de diseño escocés al recordar lo sucedido la noche anterior. Su cuerpo vibraba al rememorar los brazos masculinos rodeándola y sujetándola muy cerca de él. Esos dedos ardientes explorándola y acariciándola de una forma que la hacía sentir atesorada.

La sonrisa que se dibujó en su rostro no pudo reprimirla. Lo que siempre había anhelado, tener a Andrew Morgan, se había cumplido. Pero sus labios se aplanaron y Mina dejó escapar un largo suspiro. Solo que no era suyo en realidad, solo habían disfrutado de una intensa sesión de impresionante sexo. Sabía que en cuanto lo viera se toparía con el ceño fruncido y la escasez de palabras que Drew solo reservaba para ella, dado que tendía a hablar hasta por los codos con el resto de las personas.

Se giró en el lecho y enterró el rostro en la almohada para atemperar el gruñido. Él la odiaba, no importaba que hubieran intimado, él seguiría odiándola. Era la única constante entre ellos.

Se elevó de la cama y tomó su ropa que había acomodado sobre una silla y la que ya se había secado durante la noche. Se vistió con lentitud, como si cada miembro le pesara una tonelada. Cerró los ojos ante la luminosidad que provenía de la ventana de la habitación, no era tanta al estar corridas las cortinas, pero la oscuridad en su interior era tal que la mínima franja de luz la hería.

En la mesa de noche, halló un papel garabateado en el que Drew indicaba:

«traeré desayuno». Las dos palabras escritas le arrancaron una sonrisa. Era un mensaje simple y directo que no había forma de que ella, con su dislexia, no interpretara. Además, lo había plasmado en mayúsculas. Pasó la yema de un dedo por el grafismo y su corazón palpitó con fuerza. Percibía cómo aquella obsesión, tanto tiempo dormida, se reavivaba y ese anhelo que nunca había llegado a comprender a su corta edad volvía a rondarla.

Andy cerró los ojos con fuerza al recordar a ese pequeño cuerpo encima suyo, aferrado a él, con el rostro refugiado en su pecho, como si el mantenerlo escondido hiciera que todo no fuera real o que la intimidad que habían disfrutado se protegiera de esa inevitable realidad que los amenazaba.

Caminó hasta la habitación que compartía con la joven que era su peor pesadilla, con una bandeja descartable con dos cafés en una mano y una bolsa de papel que contenía un par de donas en la otra.

Apenas entró en el cuarto del motel y la vio sentada sobre el lecho que habían compartido, desvió los ojos. No podía contemplar aquella vista oscura, no podía ver a la novia de su hermano y saber que se había acostado con ella, que había hecho lo que había prometido jamás hacer y defraudado la memoria de Stevie.

—Toma —dijo y le aventó la bolsa al tiempo que dejaba la bandeja sobre la mesa de noche—. El desayuno.

—Gracias. Drew...

Esa voz tan diversa de la que ella había empleado con él hasta ese momento y tan similar a la que tenía cuando era pequeña lo hizo tambalear.

—¡No vuelvas a llamarme así, Mina! ¡Nunca más! —explotó tan cerca de su rostro que las espigas doradas de los ojos femeninos se quedaron grabadas en su retina.

Y fue un error, porque en aquellos dos lagos oscuros pudo ver una emoción que no quería que ella dispusiera para él. No eran sentimientos para

él, debían ser para Stevie. Él no le sacaría eso.

Además, ella no tenía ninguno de los criterios que buscaba en su mujer ideal, se recordó. Ni uno solo. El buen sexo no contaba, era solo algo efímero, pasajero. Al igual que lo era el físico que había desarrollado en los años de ausencia. Él pretendía más. Aunque el aroma dulzón que provenía de ella lo tentaba y lo atraía como ninguna otra. Trabó las mandíbulas y cerró las manos en puños a sus costados.

—Come —dijo, y se apartó de ella hacia la ventana de la pequeña habitación—. Llamé a una grúa que llevará el Shelby a un taller mecánico. No sé cuánto demorará el arreglo y ni quiero pensar en su costo.

—Déjame compartir el gasto.

Andy sacudió la cabeza de un lado al otro.

—No te preocupes. Haré que James me pague hasta el último centavo que me cueste ese maldito cacharro por más clásico que sea.

—Dre... Andy, lo que sucedió anoche...

Nunca, que lo llamaran por su diminutivo habitual, le había sabido tan mal, como un gusto amargo que le subía por el estómago hasta su garganta. Se mantuvo de espaldas a ella, tan tenso que podría romperse de solo moverse.

—Fue un terrible error que vamos a hacer como si nunca hubiera ocurrido. Termina y te espero en la recepción del motel.

—Tienes razón. Sólo se trató de sexo, nada más.

Una vez que Drew desapareció detrás de la puerta, una maldita lágrima se deslizó por la mejilla de Wilhelmina.

¡Él la había llamado Mina! Jamás se había dirigido a ella de esa manera, al menos, no que lo recordara. Quizás cuando eran niños, pero desde que ella tenía memoria, él siempre la había llamado Will en contestación a su Drew.

¿Había sido un error? ¿Acostarse con ella había sido un error? Los sollozos reverberaron en su pecho, pero los contuvo. Y cuando amenazaron con escapar, Mina agarró una almohada y la pegó a su boca. No lloraría, o haría como que no.

¡Maldito! No se veían por casi diez años y eso sucedía al pasar un poco de tiempo juntos: sexo rápido en un sucio motel de carretera.

No había habido ni besos ni palabras cariñosas y, mucho menos, arrumacos posteriores. Habían copulado como extraños, sin alzar la vista, sin casi moverse. Y no obstante...

No obstante, no podía quitarse la sensación de sus manos aferrándola, su pene entrando y saliendo de su interior, su aliento contra la cima de su cabeza. El ardor que desprendía su piel por debajo de ella, los jadeos y gruñidos amortiguados.

Mina gimió y detuvo las imágenes que se agolpaban en su mente traicionera. «Ha sido un error», había dicho él. Ella era de las que aprendía con los errores y no tropezaba dos veces con la misma piedra, aunque con esta lo había hecho en incontables ocasiones hasta el momento. Claro que ningún tropiezo había sido tan grande como el de la noche anterior.

Se limpió las escasas lágrimas con el revés de sus manos y, con una bocanada de aire para darse ánimos, se elevó del lecho y fue en busca del hombre que tanto la había encandilado en sus años de adolescente.

Andrew Morgan siempre había sido un inalcanzable. Ese chico atractivo, popular en la escuela y de inmenso corazón. El mejor amigo de su hermano y el hermano de su mejor amigo, Stevie.

En cuanto ella empezó a mostrar interés en Drew, siendo aún una enclenca púber, él se había cerrado a sus avances. Ya no era el chico simpático que le gastaba bromas y se reía con ella, no. Se había convertido en un ser apático frente a Mina. Al momento en que ella aparecía, la sonrisa en el rostro masculino se desvanecía como por arte de magia, se había vuelto más y más irascible en su presencia. No sabía la causa. ¿Qué era lo que había hecho ella para merecer ese trato por parte del hombre que era cariñoso con todo el mundo?

Caminaron hasta el taller mecánico en silencio, y eso que habían sido un par de kilómetros hasta llegar a este. Drew entró y ella esperó en la acera bajo

el intenso sol del verano. A los pocos minutos, él salió del negocio con un frunce en el ceño y una mueca de disgusto en los labios. Además, traía sus bolsos colgados a los hombros.

—¿Qué ocurre? —preguntó al acercarse a él. Le quitó la carga que le pertenecía a ella y se la cruzó a su espalda.

—No estará listo —rezongó.

—¿Cómo que no estará?

—Que no lo tendrán para hoy y quién sabe si para esta semana.

Las alarmas sonaron en su mente. ¿Qué significaba eso? ¿Tendrían que continuar en Boise? ¿Juntos?

—Pero... ¿cómo...?

—Solo estamos a unas horas de Sweet Home, tomaremos un autobús —continúo, acomodándose el bolso. Mina tan solo observaba a las personas que pasaban junto a ellos para un lado y otro de la acera—. Le dije al mecánico que no hiciera ninguna reparación. Al menos, Bobby fue lo suficientemente honesto para señalarme que no finalizaría el trabajo a tiempo. Le pagué el acarreado y arreglaré para que el Shelby sea remolcado hasta la casa de tus padres.

Drew sacó su móvil, deslizó su dedo por la pantalla, tipeó en el teclado digital en busca de la empresa que se hiciera cargo del trabajo.

—Listo. Solo resta abonar la transportación del vehículo. —Con unos movimientos rápidos de sus dedos pulgares ya tenía todo solucionado—. En la noche, tendría que estar llegando a la puerta de los Spencer.

La magia de la internet y la tecnología había dado solución a cada problema. En dos minutos tenían contratada la compañía, reservado y abonado el traslado.

—¿Y el autobús?

Mina observó que ingresaba a la página web de Greyhound, una de las empresas de más amplias líneas de transporte entre ciudades.

—Listo, boletos de autobús a Corvallis comprados. Ahora a llegar a la

estación.

—¿A cuántas cuadras, Drew? —Él le dirigió una expresión furibunda mientras echaba a andar calle arriba y ella comenzaba a apresurarse detrás de él—. ¡Estoy cansada y ni siquiera es el mediodía todavía! Así que voy a llamarte como mierda me salga.

—¡Maldición, Will! —Se detuvo de golpe, tomó de nuevo su móvil, ingresó a *Google Maps*, buscó la estación y cómo llegar desde la posición que tenían en ese momento. Al instante, el portal les indicó las mejores rutas y transportes—. Tomaremos un autobús público a unas veinte cuadras. ¡Oh, vamos! Son solo veinte cuadras. —Drew le revolvió el cabello y dejó escapar un bufido—. No seas holgazana.

Mina gruñó por lo bajo, se calzó el bolso al hombro y se dispuso a seguirlo.

Entraron por una de las puertas vidriadas de la estación, la que estaba casi vacía salvo por un par de personas. Buscaron el boleto en la boletería y Mina se dejó caer, al fin, en una de las sillas tipo tándem de color rojo junto a Drew. Sin pensarlo apoyó la frente en su hombro.

—No puedo más —confesó con toda la energía de su cuerpo drenada—. Compra algo para alimentarme, por favor.

—¿Alimentarte? ¿Como a un bebé? —bromeó él, y Mina se regodeó con el tono alegre de la voz masculina; quiso acurrucarse contra Drew y ronronear, pero se contuvo lo suficiente.

—No puedo ni elevar ni siquiera mi meñique.

Él le pasó los dedos por la mejilla y luego la palmeó en la rodilla. Oh, parecía que todo aquel asunto del «error» había quedado momentáneamente olvidado. Y ella no sería quien se lo recordara.

—Conseguiré algo —comentó él—. Descansa un poco. En menos de una hora estaremos en camino.

En cuanto se elevó y se marchó, Mina no pudo evitar que sus ojos se enfocaran en el culo de Drew delimitado por sus *jeans* de forma perfecta y

ajustados a toda su anatomía por debajo de la cintura. Quizás no fuera el hombre ideal, pero lo era para ella.

Podría haber sido todo el error que a él se le antojara, pero al verlo ir en busca de algo para que ella consumiera, Mina tomó la resolución de que no dejaría escapar a Andrew Morgan.

## Capítulo 8

Andy se colocó en los oídos los auriculares que conectó a su móvil, buscó una de sus *playlists* y presionó en reproducir. Observó por el rabillo del ojo como Will se acomodaba en el asiento del autobús a su lado, junto a la ventanilla, y se ponía su iPad sobre las rodillas dobladas.

El transporte estaba casi completo en capacidad. Dada la época del año, no era de extrañarse, muchos volvían a sus hogares familiares para los festejos del cuatro de julio en una semana.

—¿Cuántos episodios tienes bajados en esa cosa? —preguntó al destapar uno de sus oídos y antes de que ella se pusiera sus propios auriculares.

—¿De *Las aventuras de LadyBug*? Las dos primeras temporadas y parte de la tercera.

—Ah... —Andy estiró el cuello y espió parte del capítulo que se reproducía en la pequeña pantalla.

—¿Quieres verlo? —preguntó Will, y le tendió uno de los auriculares—. Este año hay programada la producción de una película sobre la serie.

Andy tomó el pequeño altavoz y se lo colocó en uno de sus oídos, apagó la reproducción de la lista de temas en su móvil y se acomodó más cerca de la joven a su lado para lograr mirar la serie animada que tenía lugar en París.

No podía creer que hubiera tenido sexo con una mujer con el cabello color cian, que vestía camisetas de bandas de rock, *jeans* agujereados y botas tipo militar; que escuchaba *heavy metal*, leía manga y veía dibujos animados

como una adolescente.

Bueno, era hipócrita. David veía anime y era uno de sus mejores amigos, además, le había recomendado unos cuantos sobre *zombies* muy buenos y que él mismo había visto. Y sobre el manga, no podía objetar nada dado lo que Will le había comentado sobre que le facilitaba la lectura. Y si era sincero, él en más de una ocasión se había metido en ese mundillo literario, solo que las novelas románticas eran lo suyo.

Ella tenía pésimo gusto en estilo de vestimenta y musical. Y podría decir algo sobre su carácter para nada delicado y femenino... En definitiva, distaba mucho de ser la mujer que él deseaba para una relación.

No obstante, se acomodó a su lado y disfrutó el dibujo animado sobre dos adolescentes que se convertían en superhéroes por efecto de unos raros animalitos que habitaban en sus joyas. Solo debía evitar que ese aroma, que en ese instante distinguía como de madreselva con jazmines y nuez moscada, lo cautivara y lo hiciera acercarse más y más a ella sin poder evitarlo. Ejercía alguna clase de hechizo sobre él, uno que no podía identificar ni poner en palabras.

Inspiró su perfume y, cuando se vio transportado a la noche que habían pasado juntos, se tensó. Otros recuerdos siguieron a aquel tan excitante, unos más angustiosos y amargos. Se desprendió el auricular y se lo tendió sin emitir sonido. Se removió en su asiento, sacó la novela romántica de su bolso y se dispuso a abstraerse de ese presente tan atribulado.

Ella lo observó con el ceño fruncido por un par de segundos para luego fijarse en su iPad de nuevo, parecía olvidarse de que lo tenía a su lado. Sin tan solo él también pudiera no percatarse de su presencia.

Debía borrar de su memoria la dulce sensación del delicado cuerpo femenino contra el suyo, en el delicioso instante en que ella había dejado de ser evaluada por aquella vara tan alta que destinaba a las mujeres, para solo ser Will. Ni siquiera el recuerdo de Stevie había aparecido para salvarlo del deseo que lo había invadido como a un poseso.

Andy suspiró, sería un viaje largo hasta Corvallis. Al menos tenían cinco horas más por delante.

Mina lo contemplaba de reojo cada tantos minutos, aunque simulaba que estaba centrada en *Ladybug* y *Chat Noir*. Ella no lograba dormir en los viajes, se enfadó por el hecho de que él lo consiguiera y se viera tan adorable con los labios apenas entreabiertos. Le hubiera encantado quitarle el gorro tejido en violeta y pasarle los dedos por el cabello castaño algo largo y despeinado.

Se veía tan atractivo con sus gafas y esa vestimenta relajada a lo hípster que nada tenía que ver con la imagen de chica dura de ella. Drew gimió y se removió en su asiento, ella lo contempló a la espera de que le brindara aquellos ojos tan claros como el agua, pero no despertó. Simplemente, giró el rostro hacia ella y dejó escapar un profundo suspiro para luego regular su respiración.

El ánimo de Mina se derrumbó, estaban tan próximos a su hogar de la infancia. Ella sabía lo que implicaría estar de nuevo en Sweet Home: la realidad. Y en el plano real, Drew la odiaba. Con intensidad.

—Deja de observarme y duerme —ordenó él con voz rasposa.

Ella se sobresaltó al oírlo. Ni siquiera había abierto los ojos para hablarle.

—No puedo dormir en los autobuses.

Él gruñó y se giró, aún más, hacia ella, por lo que quedó de lado. Abrió los ojos y fue difícil para Mina reprimir el inclinarse sobre él y posar sus labios sobre los suyos, pero lo logró.

—¿Tienes hambre? —preguntó al tiempo que se desperezaba, se sentaba de frente y estiraba los brazos por encima de su cabeza con una especie de gemido.

—¡Muero de hambre, Drew! —exclamó al tiempo que su estómago escogía ese preciso momento para dar un gruñido en protesta por el tiempo de inanición.

Drew le brindó una sonrisa algo burlona, luego rebuscó en su bolso y sacó un paquete de galletas saladas. Se las arrojó a su regazo sin miramientos a la par que continuaba rebuscando hasta que tomó en sus manos un cartón de jugo de naranja Tropicana.

—Nunca más le haré un recado así a tu hermano —protestó mientras abría la bebida—. Jamás había hecho semejante viaje para llegar a casa de mis padres.

Se lo notaba agotado, al igual que lo estaba Mina, y eso había hecho que él bajara la guardia con respecto a ella. Sin pensarlo, ella extendió su mano y la posó en la mejilla rasposa por la barba incipiente.

—¿Will? —Él la observaba con una expresión cercana a la incertidumbre y ella temió el rechazo que sospechaba inminente.

—Solo hasta llegar a casa, Drew. Solo unas horas más —pidió casi en un ruego susurrado y, acto seguido, lo besó como había estado tentada de hacer desde que había despertado esa mañana.

Él se echó para atrás en el asiento y ella se pegó a su torso. Las lenguas se enlazaron en un baile de a dos, porque él respondió al beso con similar pasión. Ella gimió en su boca y se inclinó sobre Drew aún más, lo aferró de las solapas del cárdigan azul oscuro, tomó aire y reanudó la danza húmeda.

—¿Qué haces, Wilhelmina? —preguntó él una vez que sus labios se separaron. Las respiraciones agitadas se unieron en una sola, los ojos masculinos repararon en su boca y ella supo que combatía las ansias de volver a besarla—. No podemos —susurró.

Ella descendió sobre él de nuevo, apresó sus labios y no le permitió que el pensamiento se inmiscuyera entre ellos. No quería que su mente evaluara los pros y los contras, no dejaría que recordara todos los motivos por los que degustarse fuera un error.

Él jadeó y la apresó en sus brazos. La tomó por la cabeza y la instó a acercarse más y más hasta quedar adherida a su pecho. Fue ella, por más asombroso que fuera, la que rememoró dónde se encontraban y que no

deseaba que fueran arrestados por exhibición obscena. Se apartó apenas para respirar y, cuando posó la mirada en aquella tan cristalina, supo que volvía a estar perdida. Tan perdida como lo había estado en la adolescencia por aquel amigo de su hermano, por el vecino de junto, por el hermano de Stevie.

Aplanó las manos sobre su pecho y suspiró. Pronto la realidad llegaría y lo que hubiera entre ellos finalizaría como por arte de magia, como si solo hubiera sido un sueño. Un arrebató de verano.

Los dedos de Drew se deslizaron por su mejilla de forma tan ligera como las alas de una mariposa que le provocaban cosquillas y escalofríos por toda su columna.

—Ya estamos llegando, Will —susurró como si le confiara un secreto, y dolió. Dolió saber que lo que ni había iniciado ya tenía un final estipulado—. Debe de quedar tan solo una hora y después el viaje desde la estación hasta casa.

—Lo sé. —Mina se deleitó con aquella caricia y rozó su rostro contra esa palma que se le daba de forma tan voluntaria. Sonrió y la sonrisa con la que Drew le respondió le caldeó el corazón—. Estamos en una pequeña burbuja de tiempo.

Drew le pasó un brazo por los hombros y la atrajo a su costado. Algo impensable tan solo veinticuatro horas atrás. Mina se fundió y se acurrucó, embelesada con el aroma masculino.

—Comamos algo —sugirió él, por lo que ella buscó la bolsa de galletas que había dejado abandonada en su asiento, la abrió y se dispusieron a dar cuenta de esta.

El ambiente, que hasta ese instante había sido tenso, se relajó. Ella se acomodó contra él y, de forma asombrosa, él no dio un respingo. El Drew que se abrió frente a ella era el que se mostraba al resto del mundo: el adorable y charlatán. Y su corazón se hinchó aún más por él y sufrió de igual forma.

Pero a medida que la hora de llegada se aproximaba, los ánimos se

derrumbaron y oscurecieron. Nada era eterno.

Cuando descendieron del autobús y tomaron su equipaje, Mina entrelazó sus dedos con los masculinos con fuerza, como desafiándolo a que la soltara. Él observó sus manos unidas por un momento y ella creyó que pondría algún reparo al respecto, sin embargo, solo se limitó a presionar el agarre y caminar junto a ella hasta el taxi que los transportaría a la casa de sus respectivos padres.

No se soltaron dentro del vehículo, sino que se mantuvieron una palma contra la del otro en el espacio del asiento entre ellos.

—Will...

—Ya lo sé. Esto termina en cuanto el taxi se detenga, romántico Drew.

—Así es, pervertida Will —confirmó con voz burlona, pero que no hacía nada por encubrir la tristeza en su voz, que reflejaba la propia.

Solo que no llegaron a destino para dejar todo en el recuerdo. En cuanto pasaron por la entrada del parque Sankey y el camino hacia el puente cubierto quedó a la vista, la mano masculina abandonó la suya, Drew se alejó de ella y el aire se tornó tan tenso como congelado. Y la hostilidad que había quedado en suspenso retornó como si la noche pasada de pasión y el viaje acurrucados en autobús nunca hubieran existido.

Como ella había presagiado, al arribar a Sweet Home, la realidad los golpeaba de manera fuerte y resultando en *knock out*.

## Capítulo 9

—¡Estoy en casa! —anunció al tiempo que dejaba caer el bolso que tenía colgado a la espalda y apoyaba el que traía en su mano, con su ordenador portátil dentro, en el suelo de madera lustrada.

Al segundo aparecieron dos rostros en el vestíbulo, iluminados con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Andrew! —gritó su madre y se abalanzó sobre él con su contextura pequeña, al igual que su padre, aunque su complexión era más parecida a la de un oso enorme.

—¿Me dejan respirar, por favor? —bromeó al estar sepultado en semejante abrazo, aunque el que lo tuvieran apretujado se sentía a hogar.

—Es que hace tanto que no te vemos, cariño. —La culpa lo golpeó ante las palabras de su madre. Era cierto, había pasado casi un año. Es que se le hacía duro regresar a Sweet Home y parecía que no importara cuánto tiempo transcurriera, no se le hacía más fácil—. Voy a calentarte la cena.

Su madre se apresuró hacia la cocina y lo abandonó frente a la mirada fija y escudriñadora de su padre. El mayor se aclaró la garganta y, si Andy no estuviera tan cansado y sus ojos le jugaran una mala pasada, diría que lo veía ruborizarse por primera vez.

—Andrew, trata de aumentar la frecuencia. Por tu madre, lo digo. Comprendo que es duro, pero tienes que entender que para...

—Lo sé, papá. Para ustedes lo es aún más.

—Eres nuestro único hijo.

Un disparo directo al pecho, mortífero, como un aguijón ponzoñoso que penetraba cada vez más y necrosaba todo a su paso. La culpa lo asaltó de nuevo.

Sus padres no lo hacían con intención, pero tenían esa capacidad de hacerlo sentir una basura en un instante. Los amaba, pero desde la muerte de Stevie se habían centrado tanto en él que lo absorbían hasta el hartazgo. Por ese motivo, en muy contadas ocasiones había retornado tras terminar la universidad y había preferido mantenerse en Nueva York.

—Lo sé, papá. Lo siento. Lo intentaré.

—Bien, solo eso pido, hijo. —Su padre le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo a su costado como si fuera un niño pequeño.

No podía negar que el sentirse envuelto por el gran hombre era reconfortante y que lo había extrañado demasiado. Claro, se comunicaban por teléfono o vía Skype, pero no era igual que tenerlo en vivo y poder sentirse rodeado por su padre.

Abrazados y cada uno llevando un bolso en su mano, caminaron hacia la cocina, donde su madre acomodaba plato tras plato sobre la mesa de madera con un entusiasmo innegable.

La culpa volvía a aparecer en su ser. Era como si no lo hubiera dejado desde que se había acostado con Will. No quería pensar en eso, no quería recordar lo que era sentirla, su piel, su aroma, su calor, su aliento... No quería recordar su mano en la suya hasta que el maldito taxi pasó por aquel lugar y la culpa de lo que habían hecho fue tan grande que no podía digerirla, pero eso también le generó otro tipo de remordimiento. Remordimiento por la expresión dolida en la joven de cabello cian, en la mujer que solo le había pedido seguir juntos hasta que llegaran a las puertas de sus respectivas casas. Pero el recuerdo de Stevie y el puente Weddle fueron demasiado para él.

Sonrió como si no tuviera una revolución por dentro y no se sintiera miserable, y tomó asiento en su lugar habitual; lo mismo hicieron sus padres.

—Gracias, mamá —dijo cuando la mujer posó un plato frente a él con dos lonjas de carne asada y repleto de verduras. Por la proporción, debía verlo desnutrido—. Lamento la demora, pero tuvimos inconvenientes con el automóvil que compró James en Nueva York.

—Ese chico y sus gustos en rodados —acotó su padre con diversión en su rostro.

—Ahora que estás aquí, sano y salvo —mencionó su madre, sentada al otro lado de la mesa—, debo confesar que temía ese viaje tan largo y en un vehículo tan viejo.

Relató los sucesos que habían acontecido y, una vez que finalizó de comer algo que en nada se parecía a la comida congelada calentada en microondas que él solía cenar, subió hasta su cuarto y se dejó caer en su cama como una bolsa de papas. Dos segundos después el sueño lo reclamó.

A la mañana siguiente, el aroma a café recién hecho y el ruido familiar de movimiento en la cocina lo despertaron. Oía las voces de sus padres al conversar, aunque no lograba distinguir sus palabras. Se pasó una mano por el rostro, estaba agotado y sentía cada músculo como si una aplanadora le hubiera pasado por encima. Se sentó en la cama y estiró los brazos por encima de la cabeza con un gruñido.

Alguien durante la noche, lo más seguro su madre, le había quitado los lentes y se los había puesto sobre la mesa de luz.

Se encaminó al cuarto de baño que quedaba entre la habitación suya y la que había sido de su hermano. Sospechaba que en esa recámara todo estaba en el mismo sitio en que lo había dejado Stevie. Evitó observar la puerta más allá cuando se adentró en el baño en busca de una ducha reparadora.

Dejó correr el agua por su cuerpo y se deleitó de tener una con buena potencia por primera vez desde que había abandonado Manhattan, que fuera intensa y no esas en las que solo salían unas cuantas gotas de los horribles moteles donde Will y él se habían hospedado.

Fue que ella cruzara su mente para que tuviera el principio de una erección.

¿Qué mierda? ¿Por qué justamente por Wilhelmina? En el último par de años había salido con unas cuantas mujeres hasta que se dio por vencido. Su corazón no palpitaba por ninguna, pero no solo eso, sino que ni siquiera su pene se daba por enterado. No por nada sus amigos lo habían apodado el monje.

Instó a su cabeza a calmarse, aumentó el caudal de agua fría y permaneció bajo el chorro hasta que la dureza entre sus piernas se suavizó. No iba a tocarse ni a hacer movimiento alguno para satisfacerse y, así, calmar su excitación.

Descendió las escaleras y plasmó la mejor y falsa sonrisa que pudo antes de aparecer por la puerta de la cocina.

—Cariño, llegas justo para desayunar —anunció su madre.

Se recreó con los aromas a café y tocino. ¡Ah, la comida casera de su madre! No Froot loops salidos de una caja con leche agria olvidada dentro del refrigerador.

Tomó asiento en el sitio habitual desde que era un niño y ni siquiera pasó la mirada por aquel que hacía años que permanecía vacío. Su madre ubicó un plato frente a él, antes de dejar la estancia, y él se concentró en disfrutar del desayuno. Estaba con el tenedor a mitad de camino de su boca cuando alguien gritó su nombre después de escuchar como la puerta de entrada se abría.

—Hey, amigo —exclamó James y lo abrazó por detrás estando él aún sentado. Se conocían desde siempre, por lo que uno y otro se manejaban en las casas de sus padres como si fueran propias—. Sí que fue un viaje largo. Y no has cuidado bien de mi belleza.

Por un momento, Andy pensó que hablaba de su hermana y se tensó, hasta que se percató de que se refería al Shelby. No obstante, un gruñido escapó de él sin que se molestara en contenerlo. No quería recordar esos asientos incómodos de cuero ni el aire acondicionado que solo parecía soplar.

—No te preocupes, ya está en el taller de mi mecánico de confianza —

informó su amigo mientras él daba un bocado a su tocino con huevos.

James se dejó caer en la silla a su lado y le quitó el tenedor de su mano para servirse un poco de su comida.

—¡Hey! —protestó a la par que recuperaba su cubierto—. Es la primera y última vez que te hago un favor similar, James.

—Lo siento, viejo. En serio. Pero tenía que tenerlo, es precioso —suspiró con ojos brillantes el muy condenado. Andy solo quería darle un buen par de patadas en el culo.

—Claro, sin aire acondicionado de verdad, asientos para nada cómodos y el motor no en condiciones para semejante viaje —respondió con sorna y volvió a meterse una buena carga de comida en su boca. Después de vivir varios días a sándwiches, cartones de jugo y galletas, estaba hambriento y no había como la comida de su madre para despertar al monstruo que vivía dentro de su estómago.

—Oh, vamos —rezongó James—. Ya me ha dado la lata Mina desde ayer noche hasta hoy.

—¿Quieres desayunar, James? —preguntó su madre al volver del sector de lavadero que tenían junto a la cocina—. Tengo bastante preparado.

La sonrisa de su amigo pareció iluminar todo el lugar. A él también le encantaba el don culinario de su madre y no lo culpaba, ella tenía una mano exquisita.

—Gracias, señora Morgan.

—De nada, cariño. Quédate allí sentado que ya te alcanzo tu plato.

—Sabes que has desayunado ya, ¿no? —preguntó Andy con ironía. Se había despertado con un humor de perros y no sabía la causa, quizás fuera todo el bagaje emocional que tuviera el regresar a su hogar, quizás el haberse acostado con la hermana del hombre que tenía sentado junto a él.

—Ya me conoces. Nunca le diré que no a algo que prepare tu madre, Andy. —Andy lo miró con el ceño fruncido, aún estaba enfadado con su amigo. Claro que James no tenía la culpa de la difícil relación que tenía con

su hermana, ni lo que había ocurrido en el viaje, ni que el maldito Shelby se averiara—. Tengo una novedad para ti —susurró James de una manera que hizo que los vellos detrás de su cuello se erizaran—. Una cita a ciegas.

—¿Qué? ¡Ni de broma! —Sacudió la cabeza de un lado al otro para dar énfasis a sus palabras, pero la expresión sonriente de su amigo lo hizo entender que poco le importaba lo que él dijera—. Quítate esa idea de la cabeza.

—Vamos, hombre. —Lo palmeó detrás del hombro—. Kamala es adorable, la mejor amiga de Barbs, maestra de escuela...

James continuó con una lista de características inmejorables y parecía que recitaba cada una de las que él insistía que la mujer ideal debía tener. ¿La tal Kamala lo sería? Por un momento, la chispa de la ilusión se le encendió, pero pronto, al contemplar el rostro de su amigo y ver las similitudes con otra persona, la imagen de la joven de cabello cian pobló su mente.

—Oh, se ve fabuloso —dijo James en cuanto Agatha depositó el plato frente a él en la mesa—. Gracias, señora Morgan.

—No es nada, cariño. Aún no he visto a Mina.

—Todavía sigue en la cama, nunca fue muy madrugadora y no ha cambiado con la edad. Eso sí, señora Morgan, no se asuste en cuanto aparezca, esta vez tiene el cabello turquesa.

Su madre tan solo sonrió y sacudió la cabeza como si ya estuviera acostumbrada a las locuras de la joven, para luego retirarse y dejarlos solos.

—Cian —corrigió Andy con la boca llena.

—¿Qué? —preguntó James.

—Que su cabello es de color cian —aclaró—. No sé bien cuál es la diferencia, pero parece que sí la hay. Hey, ¿por qué nunca me contaste que tu hermana tiene dislexia?

Andy se sorprendió al contemplar que su amigo se silenciaba y su rostro siempre sonriente se tornaba serio.

—No es un tema que se toque en casa de forma habitual. —James se

encogió de hombros—. Siempre se la ha considerado como algo holgazana...

—Pero no lo es —se apresuró a apuntar, y no pudo evitar el enfado que tiñó sus palabras—. No es que ella no quisiera estudiar o que su inteligencia no estuviera a la altura, es que no podía leer las lecciones.

—Lo sé —suspiró James—. Se ha discutido muchas veces, las peleas fueron eventos de todos los días cuando Mina estaba en el secundario. Papá y mamá le exigían que hiciera el esfuerzo. Recuerdo los problemas de conducta, los gritos y los portazos que daba con la puerta de su habitación cuando subía corriendo después de un enfrentamiento con mis padres.

—No entiendo por qué nunca lo mencionaste.

—Digamos que tú y ella nunca se llevaron del todo bien. ¿Por qué iba a contarte algo que la hiciera vulnerable? Esa es la razón por la que está distanciada con papá y mamá. Aunque han intentado achicar la brecha que se estableció entre ellos, pero parece imposible. Mina se ha vuelto fría.

Andy la recordó moviéndose sobre su cuerpo y podría decir cualquier cosa sobre ella, menos que fuera «fría». En ese instante, había sido la mujer más ardiente que hubiera contemplado nunca.

—Ahora, volviendo a Kammy...

## Capítulo 10

No podía evitar sentirse incómodo, como nunca antes le había sucedido, al entrar en la casa de los padres de su mejor amigo de la infancia. Caminó detrás de sus padres con una fuente de vidrio cubierta con papel metalizado en las manos y miraba para todos lados como si fuera el culpable de un crimen y estuviera a punto de ser descubierto. Solo que no deseaba encontrarse con aquellos ojos oscuros.

Tampoco podía evitar tener una visión distinta a la que había tenido hasta el momento de los Spencer al conocer cómo habían exigido a Will algo que le era imposible de dar. Entendía que cuando ellos eran chicos poco se sabía de la dislexia y que también la hubieran tildado de holgazana, pero, de igual forma, se sentía desilusionado de aquellos padres que eran como una extensión de los suyos.

Crissy, la madre de James y Will, lo abrazó y le estampó un beso en cada mejilla para luego regañarlo por no visitarlos más seguido. La mujer era un poquito más alta y rellenita que su madre. Luego fue sermoneado por Edward, el padre de los hermanos Spencer, quien era más delgado y bajo que su padre.

Andy se limitó a sonreír y encogerse de hombros. Se quitó la paleta que degustaba en la boca con una mano mientras con la otra sostenía su carga para contestarles. Justo en ese instante, Will bajaba por la escalera que daba al recibidor desde la segunda planta y él enmudeció ante la oleada de deseo

que lo asaltó.

—Drew —lo saludó con un tono algo hosco que lo sorprendió después de lo que habían vivido, pero era el que siempre había utilizado para con él, el mismo que Andy empleaba con ella.

—Will —respondió, cortante.

—¡Ay, ustedes y esos apodos! —exclamó Agatha con una carcajada—. Me encanta tu cabello.

—Gracias, señora Morgan. —El rubor que tiñó las mejillas de Wilhelmina no hizo nada por aplacar la excitación que lo envolvía.

—Ya son mayorcitos como para seguir llamándome así —protestó su madre—, ya les he dicho que me digan Agatha, y Hugh a mi marido. —Su esposo asintió—. Al fin y al cabo, son nuestros nombres.

—Usted siempre será la señora Morgan para mí —aclaró Will con una sonrisa tan cálida que Andy sintió envidia de su propia madre.

—Lo mismo digo —acotó James que venía desde el *living*.

Andy siguió a su madre y a Crissy a la cocina, con la fuente que traía entre las manos, dejando a los padres y hermanos detrás.

La casa de los Spencer era muy agradable, esa típica con pisos de madera y paneles del mismo material en las paredes del *living* y corredores de la planta baja. Era más oscura que las de sus padres, pero era igual de acogedora.

—Solo debemos ponerlo en el horno por unos minutos —comentaba su madre por delante.

—Agatha, te dije que no hacía falta —contestó la mujer más alta con una sonrisa, y su cabello rubio hasta los hombros se balanceó con el sacudón de su cabeza.

—No íbamos a venir con las manos vacías, Crissy.

Dejó a las dos mujeres charlando en la cocina con antiguos muebles de madera y artefactos metálicos y se dirigió al *living*, donde se encontraba su padre con el resto de los Spencer y una mujer que no conocía aún.

Sus ojos conectaron en el camino con los oscuros de la joven de cabellos

raros y el deseo que lo asaltó fue tan intenso que se le atascó la respiración. ¿Qué mierda? Hacía años que ninguna mujer lo movilizaba para que en ese momento lo hiciera la única que se había dispuesto a no tener.

—Barbs, quiero presentarte a mi mejor amigo, Andrew —dijo James una vez que se acercó, con la mano tomada del brazo de la mujer, y eso lo sacó de ese embrujo que Will había vertido sobre él.

Andy besó la mejilla de la novia de James. Era una muchacha preciosa, con pelo castaño y ojos verdes, menuda, aunque con más curvas que Will, quien casi era como un muchachito. Sin embargo, recordaba aquel pecho plano sobre el suyo y la sangre comenzó a correr en sus venas.

La boca se le hizo agua al solo pensar en posar sus palmas en aquellos pequeños senos, casi lisos. La noche que habían pasado juntos no había tenido el gusto de verlos, solo sentirlos aplastados sobre su pecho mientras bombeaba dentro de ella en movimientos imperceptibles, junto a los jadeos femeninos como canto de sirena encantando sus oídos.

¡Mierda! Cualquier cosa lo hacía recordar a esa noche con Will, hasta tan solo que su amigo le presentara a su novia.

Ante su silencio, Barbs le sonrió y sus mejillas se sonrojaron, de seguro se sentía incómoda que su novio la introdujera a un sujeto que permanecía mudo.

—Lo siento. —Andy tomó la mano de la chica entre las suyas y le dio un breve apretón acompañado de una sonrisa—. Es un placer conocerte, Barbs. Y estoy muy sorprendido de que hayas logrado cazar a este escurridizo.

—Oh, vamos —se quejó James y se le colgó del cuello—. Ahora hay que sacar a este huraño de esa cueva donde se metió.

—No estoy en una cueva —rezongó Andy, y percibió que Barbs reprimía su risa a través de labios aplanados. Le dirigió una mirada furibunda a su amigo, pero este no se dio por enterado.

—Por eso le presentaremos a Kammy y caerá rendido a sus pies —continuó James con ciertas motas de orgullo en su tono.

—¿Quién es Kammy? —quiso saber su padre, que conversaba en un extremo de la estancia con Edward.

Andy casi se había olvidado que los dos hombres se hallaban a pocos pasos de ellos, apostados juntos a la gran estantería repleta de volúmenes del dueño de la casa.

—Nadie, papá —contestó Andy. Lo último que le faltaba era que su papá se uniera a esa aventura casamentera.

—La mejor amiga de Barbs y la cita a ciegas de Andy —respondió James, y Andy emitió un gemido estrangulado.

—Eh... quizás no sea una buena idea —aventuró Hugh y le dirigió una mirada cargada de un significado que Andy no llegó a comprender.

Frunció el ceño y esperó hasta que su padre se explayara, pero no mencionó nada más. Andy se encogió de hombros y se concentró en la charla entre James y Barbs sobre algunos preparativos para la fiesta de compromiso que aún faltaban.

Sus ojos se desviaron hasta la joven que permanecía acurrucada en un sillón tapizado en crema con flores color durazno, con las rodillas pegadas a su pecho y la vista perdida en el cielo raso.

Sus pies se giraron hacia ella como por voluntad propia. ¿Qué mierda? ¿Por qué se sentía como una polilla atraído por una luz? Clavó los talones en la alfombra de estilo persa que, recordaba, habían heredado de la madre de la señora Spencer y detuvo su andar.

Ella, hechicera, posó la mirada sobre él y le brindó una sonrisa irónica y casi de desafío. Como si lo provocara a acercársele a sabiendas de que no lo haría. El enfado que siempre Will le generaba se encendió como una cerilla a una mecha y temió qué pasaría cuando la llama llegara a los explosivos.

La expresión seductora que le ofreció fue demasiado para él. ¡Era una bruja!

Se aproximó con un andar lento, pero decidido. Aceptaba el reto, si quería jugar con fuego, él le ofrecería un incendio. Se inclinó y posó la boca junto a

la oreja femenina.

—Fue un error, Will —susurró—. Al entrar cada uno en su casa, lo sucedido quedó en el olvido.

Ella lo aferró con fuerza por el cuello de la camiseta, no permitiéndole apartarse.

—Siempre cometo errores, romántico Drew. —Conectó la mirada con la suya y Andy sintió que su corazón se detenía, la sangre se le espesaba y sus pulmones habían estallado—. Uno tras otro, así que es de esperar que cometa el mismo error una y otra vez —finalizó en un murmullo tan sensual que los dedos de sus pies se encogieron.

Andy tiró de sí hasta desprenderse de esa mano que lo sujetaba y, con el ceño fruncido ante la rapidez de la excitación que ella conjuró en él, se alejó. Se unió de nuevo a Barbs y James hasta que, unos minutos más tarde, sus madres los reclamaron para sentarse a la mesa y disfrutar de la cena.

La comida prosiguió sin mayores inconvenientes, dado que se centró en el inminente compromiso y en la fiesta comunitaria del cuatro de julio que se ofrecía en Sweet Home año tras año.

Andy casi no emitió palabra, prefirió dar cuenta del plato que tenía delante y no alzar la vista a la joven al otro lado de la mesa.

A la mañana siguiente, tras otro succulento desayuno de su madre, Andy partió en un paseo por el pueblo de su infancia y al que evitaba regresar siempre que podía. Caminó por delante del cine del centro y entró en el café de junto para comprar un par de galletas artesanales. Ordenó de las de chispas de chocolate y un recuerdo lo golpeó tan duro que lo dejó tambaleante: como su padre los llevaba a Stevie y él a la salida de los partidos infantiles de fútbol a tomar una chocolatada con esas galletas a esa cafetería.

Él era un mediocre jugador, pero Stevie era realmente extraordinario, nacido para ser un deportista con un gran futuro académico si conseguía una beca deportiva.

Dio un mordisco a una de las galletas y el sabor se le hizo delicioso y

amargo al mismo tiempo. Esa mezcla de cacao con jengibre pobló su mente de la sonrisa de oreja a oreja de su hermano, tratando de que no se le escapara ni una miga.

Como cada vez que volvía al maldito pueblo, la presencia de su hermano estaba a cada esquina para atormentarlo sin cesar. La culpa por la noche pasada con Will más el deseo constante que no lo abandonaba por ella no hacían nada por facilitarle la estadía.

Caminó por la calle principal y dobló en Holly road y luego en Long Street. Se detuvo frente al East Linn Museum. Permaneció unos cuantos minutos observando aquel museo situado dentro de una antigua iglesia.

A su hermano le había encantado contemplar los artefactos, fotografías y documentos que atestiguaban sobre el patrimonio forestal, minero y agrícola del pueblo. Stevie amaba la historia y, a pesar de su gran dote para los deportes, su anhelo había sido convertirse en profesor de esa materia en la escuela secundaria de Sweet Home.

Stevie siempre trataba de arrastrarlo a ese sitio, a él o a Will. Stevie y Will habían sido inseparables, pero era de esperarse. Stevie había traído la cabeza perdida por ella y hasta lo había enfrentado en varias ocasiones en las que se le metía que él podía quitársela. No importaba cuantas veces le había asegurado que no la veía con esos ojos, que era demasiado pequeña en edad para él, su hermano estaba convencido de que un día él se quedaría con su chica.

Sacudió la cabeza con vergüenza y odio contra sí mismo. En ese momento, los años que los separaban en edad a Will y él no parecían tantos como en aquel entonces. No obstante, eso no significaba que no honraría la promesa que le había hecho a su hermano, al menos, desde allí en más.

## Capítulo 11

**B**rian cortó la comunicación con su hermana y se giró hacia Nick, quien estaba repantigado en el sofá color siena con la mirada fija en el partido de *baseball*. El abogado acortó la distancia y tomó asiento junto a él.

—¿Qué cuenta Mica? —demandó el pelilargo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Dentro de poco será su cumpleaños y... —Brian cerró la boca y un nudo se le formó en la garganta. Cerró los ojos con fuerza y se maldijo a sí mismo antes de que lo hiciera su novio.

—Hará una fiesta, supongo. —Nick no se movió del asiento, pero Brian sintió como si se hubiera apartado a kilómetros de distancia—. ¿Una a la que no podré concurrir, quizás? —preguntó el creativo con un dejo de ironía poco disimulada.

La tensión se hizo tan palpable que a Brian se le dificultaba respirar. Nick aún no había conocido a su sobrino porque él no había tenido lo que tenía que tener en los pantalones para blanquear su relación con sus padres.

—Nick...

—No quiero hablar contigo en este momento, Brian —dijo con una tranquilidad que al abogado le heló la sangre—. Déjame ver el partido y permite que me calme, porque, ahora mismo, podría mandarnos a la mierda.

Brian abrió la boca y, pensándolo mejor, la cerró. Hacía tanto que le había propuesto matrimonio a Nick y este había aceptado. Solo que el abogado no

había confesado a sus padres que estaba enamorado de un hombre, y eso había detenido cada proyecto que se habían propuesto: casamiento e hijos.

—¿Qué te parece si convocamos a nuestros amigos? —preguntó Key a la par que se limpiaba el sudor de la frente cubierta de polvo con el revés de su mano libre, en la otra tenía una espátula con la que raspaba la pintura descascarada de la pared.

—¿Para qué? —cuestionó Mark sin dejar de rasquetear.

Key hizo un paneo por la casa que acaban de comprar, a la que tenían que hacerle tanto trabajo para dejarla habitable que casi era mejor tirarla abajo y reconstruirla.

—¿Para qué va a ser? —bufó y los mechones de cabello color caramelo que tenía sobre la frente revolotearon—. Para que nos ayuden con la casa, Mark. Si continuamos solos, terminaremos dentro de diez años.

—No exageres —pidió, pasando la espátula con más ímpetu—. Creo que vamos bastante bien.

—¡Está destruida! —Key se alzó del suelo y posó sus manos en sus caderas. Miró por la ventana, más allá, hacia el cielo tormentoso que se veía sobre el pequeño lago que había detrás de su nuevo hogar. Tenía que admitir que el lugar era precioso y que la casa tenía mucho potencial, pero hacía falta más que dos pares de manos—. Yo no puedo ayudarte en muchas de las refacciones que hacen falta. No tengo la fuerza necesaria.

Mark la observó de la cabeza a los pies con una sonrisa tan seductora y una mirada tan intensa que parecía desprenderle cada capa de ropa que la cubría. Se ruborizó como una quinceañera.

—¡Mark! No pienses en sexo, hablo en serio.

—El sexo también es algo serio, princesa —rezongó. Abandonó la herramienta para elevarse sobre sus pies—. Hablas de tu fuerza y no puedo evitar pensar en ese delicioso cuerpecito que tienes. —Key le revoleó el

guante que segundos antes había resguardado la mano con la que trabajaba—. ¡Hey! Está bien, prometo reclutar a Alex. —En cuanto Key estuvo a punto de arrojarle la espátula, exclamó—: Bueno, veré a quién más.

—Fred —indicó al apuntarlo con la herramienta como si fuera un florete—. Es él más fuerte de todos.

—Bien, Fred —concedió Mark al tiempo que revoloteaba los ojos verdes como un campo en primavera.

—Y Nick —añadió la joven de mirada violácea a lo Liz Taylor—, es solucionador de problemas.

Mark asintió.

—Sí, siempre tiene una respuesta bajo la manga —concluyó el rubio—. Además, de hacerlo él, también vendrá Brian y no nos vendrá mal un par de manos extras.

Key reprimió la sonrisa que trataba de esbozarse en su rostro y se mantuvo lo más serio que pudo a fuerza de férrea voluntad.

—Xav —continuó Key al balancearse sobre sus pies y unir sus manos tras sus nalgas enfundadas en un *jean* raído—, él es paciente y una persona que calma a todos ante cualquier discusión.

Mark frunció el ceño. Ella podía notar la sospecha en aquella mirada verdosa.

—Xav y supongo que también vendrá Charlie con los niños, por lo que podrán hacer compañía a Sam con Myrtle cuando vengan junto a Alex. Además, no hay forma de que Fred se despegue de Phil, presumo que ella podrá darnos alguna idea sobre el paisajismo del jardín.

—Y no nos olvidemos de Andy —agregó Key con una falsa seriedad.

—¿Andy?

Los ojos verdes la taladraron y Key se percató de que los viejos celos que Mark sentía hacia Andy pugnaban por salir a la luz, pero tenía que concederle a su novio que los mantuvo a raya. Mark amaba a Andy, solo que a veces lo olvidaba.

—Es mi mejor amigo —suavizó la voz y se acercó para pasarle un dedo a lo largo del brazo empolvado—, así que no pienso invitar a todos a nuestra casa y no a él.

—¿Invitarlos a la casa? Princesa, creo que tenemos un malentendido. —Mark la rodeó por la cintura con un brazo y la atrajo a su cuerpo—. Estamos reclutándolos para ayudarnos a reformar...

—Ah, y Morgan, Mark. Ella tiene que venir y determinar cuáles son los arreglos estructurales que habría que realizar.

—Princesa... —Mark fijó la mirada esmeralda e intensa en la violácea—. Y Mor vendrá con Gabe, y, ya que estamos, podría decirle a mi hermana y su esposo, a Blake, Chez y Paulie, quienes también forman parte del grupo...

A Key no le pasaba desapercibido el tono sardónico de Mark, pero hizo caso omiso. Sabía que él también se sentía mejor rodeado de cada una de las personas a las que amaba, y él amaba a todos ellos.

—También David. —Mark enterró el rostro en la curvatura de su cuello y gimió como un animal lastimado—. Vamos, ambos sabemos que cada día te cae mejor. Y con él vendrán Ange y Miranda. También pensaba que podemos comprar una parrilla portátil...

—Unas bebidas y hacemos una fiesta para... ¿qué? —ironizó al elevar el rostro hacia el suyo—. ¿Inaugurar la restauración de un hogar medio destruido?

Key se encogió de hombros con una sonrisa amplia.

—¿Por qué no? —La joven jugueteó con el cuello de la camiseta del rubio—. Será nuestro hogar, ¿cierto? Y ellos son nuestra familia, ¿por qué esperar para que lo conozcan?

El profundo suspiro que Mark soltó le movió los cabellos de un costado de su cuello.

—De acuerdo —concedió él—. Organizaremos una reunión, pero como condición, todos deberán colaborar para que nuestro hogar esté listo lo antes posible.

Keyla se perdió en las dos esmeraldas que brillaban de emoción. Ambos sabían que mudarse allí sería un gran paso para ellos, el inicio de algo nuevo.

Andy bordeaba la orilla del lago que quedaba a unos metros por detrás del hogar de sus padres para ir a ese lugar que lo tranquilizaba y angustiaba de igual manera cada vez que estaba en Sweet Home, ese pequeño muelle escondido, cuando se topó con el gran roble y descubrió a una joven de cabello cian sentada en una rama, con una pierna de cada lado, inclinada hacia adelante sobre esta y con la mirada perdida en el agua.

Trataba de mantenerse alejado de ella, pero parecía que el destino tenía otros planes.

Sintió el calor de la mirada femenina en cuanto esta se percató de su presencia. Cada músculo de su cuerpo se tensó y los vellos a su nuca se erizaron.

Ella se arrodilló sobre la rama de una manera que hizo que el corazón de Andy enloqueciera, y no por el deseo que lo asaltaba cada vez que la tenía frente a él, sino por el temor de que se rompiera el cuello, y más aún cuando saltó como si estuviera a unos pocos centímetros del suelo y no a un par de metros.

—¿Estás loca? —exclamó al aferrarla del brazo y pegar su nariz a la más pequeña—. ¿Cómo te lanzas así?

—Por favor, Drew —bufó ella al desprenderse de su agarre y pasarse las manos por los muslos, limpiando la tierra que la ensuciaba—. Crecimos subiéndonos y saltando de los árboles.

—Sí, cuando éramos adolescentes irresponsables, pero ya no lo somos —acotó, cortante y desviando la mirada de aquella oscura y tentadora.

Ella pasó una mano por detrás de su cuello, lo aferró con fuerza y se pegó a su torso como una segunda piel bañada en brasas.

—No, ya no lo somos, romántico Drew —susurró junto a su oído.

El aire se le atascó en la garganta, el corazón le palpitaba en sus oídos y una erección instantánea apareció entre sus piernas. Ella se deslizó y ambas mejillas se rozaron, lo que fue como una descarga eléctrica instantánea.

—¡Wilhelmina, contrólate! —exigió al tiempo que la tomaba por los brazos y la apartaba de sí—. Por favor, solo... déjame en paz.

Sin embargo, ella no lo escuchó, como nunca lo había hecho, algo que Andy debía haber recordado. La maldita joven siempre había actuado como había querido, sin importar cuanto lo molestara.

Se arrojó contra él y ambos cayeron sobre la hierba salvaje que casi cubría sus cabezas. Will le pasó los brazos por detrás del cuello y unió sus labios de forma tan rápida que Andy no tuvo oportunidad de reaccionar.

Sus manos se movieron con voluntad propia y se deslizaron por la espalda de la joven, apretujándola aún más a su cuerpo. El beso se profundizó y un gemido escapó de su boca al mismo tiempo que ella comenzaba a frotarse contra su erección. ¿Qué pretendía Will junto a la orilla del lago? Más allá llegaba a ver el camino al pequeño muelle escondido entre el bosque que lo rodeaba.

—Detente —susurró, pero ella estampó sus labios sobre los suyos de nuevo y su lengua lo invadió sin darle oportunidad. Le tomó el rostro entre las manos y la obligó a apartarse—. ¡Basta, pervertida Will! —gritó con lo último que le restaba de aire, para repetir en un susurro—: Por favor, basta.

—No quiero parar —jadeó ella y frotó su femineidad contra su erección, arrancándole un gemido—. No entiendo por qué no podemos dar rienda suelta a esta excitación que sentimos.

—Voy a tener una cita. —La frase escapó de él sin siquiera meditarlo o pretenderlo.

—¿Una cita? —preguntó ella con el ceño fruncido, y la decepción que Andy sintió en sus palabras lo hizo sentir culpable—. ¿Con quién?

La mirada oscura de ella dejaba entrever el enfado y la tristeza que la invadían.

—James me presentará a una mujer que cumple con todas mis expectativas, todas las características que busco.

—Una dama ideal —susurró—. Supongo que yo no llego al listón, ¿cierto?

—Estás bastante alejada de lo que busco, de lo que quiero. —Sin poder evitarlo, Andy rozó con su palma la mejilla femenina y la demoró allí.

—Entiendo, romántico Drew. —Will se sentó sobre él con una rodilla a cada lado de su cuerpo—. Pero, ¿sabes qué? Me importa un bledo que no sea lo que buscas, porque eso no quiere decir que no sea lo que necesitas.

Ella se elevó, se volteó con una mirada picaresca y le sopló un beso antes de marcharse a paso rápido.

—¡Estás equivocada, Wilhelmina! —gritó, pero ella solo le respondió con una carcajada a la par que se alejaba con aquel bamboleo de caderas apenas perceptibles.

¡Mierda! ¿Por qué demonios tenía que ser esa mujer la que lo pusiera a mil e hiciera que su pene doliera de lo endurecido que estaba?

## Capítulo 12

Nick no sabía qué lo había enloquecido como para abandonar a Brian y tomar un avión hasta la localidad de Eugene, luego un taxi hasta Sweet Home y, en ese instante, tocar a la puerta de la casa de los padres de Andy. La angustia le anudaba las entrañas, pero al mismo tiempo sentía que era un paso que debía dar. Solo que el miedo a perder al hombre que más amaba lo hacía cuestionarse si estaba equivocado. Todo su ser temblaba por dentro y necesitaba de alguien que lo abrazara y lo reconfortara, y solo había una persona en la que podía pensar.

—Hola —lo saludó una mujer de unos cincuenta y tantos o quizás comienzo de los sesenta. Era una réplica de Andy en miniatura. O, más bien, él lo era de su madre.

—Eh... soy Nick, ami...

—¿Eres Nick? —preguntó la mujer con un entusiasmo que Nick no llegó a comprender. Quizás Andy les había hablado demasiado de él. Eran mejores amigos, pero eso no creía que justificara que su madre lo apresara en un abrazo tan fuerte que casi le cortaba la respiración—. Oh, estoy tan contenta de conocerte al fin. Vamos, entra. —Lo aferró del brazo y lo condujo dentro—. Soy Agatha, aunque supongo que lo sabes. ¡Hugh, ven para aquí! —gritó, y Nick se estremeció con cierto resquemor.

Un hombre unos años mayor que Agatha apareció en el recibidor.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es él?

—Él es Nick —contestó la madre de Andy con una expresión que el pelilargo no llegó a descifrar y que se le antojó de lo más extraña.

¿Qué demonios le pasaba a ese matrimonio? Cuando Andy hablaba de sus padres, nunca le pareció que fueran tan raros, siempre los había concebido como amorosos.

—Eh... mucho gusto, señor Morgan. —Nick tendió la mano del brazo que no tenía cautivo por la mujer.

—Nada de señor Morgan. Nick, hijo, qué gusto conocerte. —Hugh lo envolvió entre sus brazos y lo apretujó contra su cuerpo con demasiada intensidad—. Hacía tiempo que esperaba que Andrew te trajera a nuestro hogar.

—Y aquí estoy —comentó por decir algo y bajar un poco la tensión que se apoderó de él. Cada músculo de su cuerpo estaba tieso y solo esperaba ver un par de ojos claros como el agua en breve, antes de espantarse y salir disparado como si hubiera entrado en un capítulo de *La dimensión desconocida*.

—No lo acapares, cariño. —Agatha volvió a apresar su brazo como si temiera que escapara, lo que no era una mala idea dado el recibimiento al mejor estilo *Misery* que le brindaban—. Vamos, debes de estar más que cansado del viaje. Te serviré algo de beber. Hugh, acompáñalo hasta el *living*.

—Claro. Ven, muchacho. —Hugh lo palmeó detrás del hombro y lo condujo hasta la sala de estar. Tomó asiento en un mullido sillón tapizado en azul con flores blancas. ¿Dónde mierda estaría Andy?

Mientras Hugh y Agatha hablaban sobre la cena y que debía ser especial, ya que él estaba allí, Nick no pudo evitar que su pensamiento se centrara en el hombre que había dejado en Nueva York. La tristeza se vertió sobre él.

Cuando supo que se perdería otro evento importante en la vida de su novio porque él lo escondía, no pudo soportarlo. Ya había ocurrido otras veces y Nick era paciente. Había esperado y esperado porque amaba a Brian como nunca había amado a nadie, pero estaba dolido. Claro que no lo abandonaba

por siempre, solo por unos días para despejar su mente. Él quería detenerse, dejar de presionar al abogado para que blanqueara la relación, permitirle que fuera a su paso y que lo hiciera cuando estuviera listo, pero cada vez le costaba más y más.

Un vaso fue puesto en su mano y Nick bebió la gaseosa como un autómatas ante la mirada de los padres de su mejor amigo. ¿Qué eran esas expresiones? Parecían felices de que él estuviera allí, lo que era extraño, puesto que nadie sabía que iría. Dejó el vaso vacío sobre la mesa ratona, con lentitud; cada movimiento era seguido por los Morgan con una sonrisa plasmada en sus rostros que ya iba adquiriendo un tinte tétrico.

Un portazo lo sobresaltó e hizo que Agatha y Hugh desviaran la mirada de él para posarla en la entrada del *living*.

—¿Nick?

El alivio al escuchar la voz de su amigo fue descomunal.

—¡Andy, al fin! —Se alzó del sillón como un resorte y se lanzó para abrazar al hombre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Andy con desconcierto.

—Tenía que verte y...

El suspiro que dio Agatha cortó el hilo de su pensamiento. La mujer tenía tal expresión de adoración y las manos unidas frente a su pecho de una manera que hizo que Nick frunciera el ceño. ¿Qué mierda les ocurría a los papás de su amigo?

—¿Qué te pasa, mamá? —preguntó Andy, y parecía igual de extraño sobre la actitud de su madre que él—. No importa —desestimó el castaño con una mano—, Nick y yo debemos hablar. Vayamos a mi cuarto.

—Claro, hijo —contestó la mujer—. Somos modernos, así que no se preocupen.

¿Modernos? ¿Qué quería decir con eso? ¿Se referían a que su hijo tuviera un amigo *gay*?

Hugh le pasó un brazo por los hombros a Andy y lo estrujó contra su

costado por un breve instante.

—Nos haces muy feliz, Andy —concluyó el hombre con tal emoción que a Nick se le erizaron los vellos en la nuca.

Subieron la escalera hacia la segunda planta para luego encerrarse en la habitación de Andy.

—¿Qué les ocurre a tus padres? —escupió apenas estuvieron a resguardo.

—No tengo la menor idea. Hoy se comportan de manera rara, pero no les lleves el apunte. Quizás sea porque hace tiempo que no estoy en casa —dijo con un encogimiento de hombros y la mirada perdida en un más allá que Nick no supo precisar dónde era.

Nick tomó asiento en la cama y Andy lo hizo a horcajadas en la silla del escritorio, cuyo respaldo enfrentaba el lecho de una plaza.

—¿Qué haces aquí? —repitió, pero es que le era extraño llegar y hallar al amigo que había dejado en Manhattan y al que le había confiado sus niñas—. ¡Olivia y Frida!

—Tranquilo, Xavier se ocupará. Le expliqué todo sobre su alimentación especial.

Solo Fred, además de Nick, se había encargado de sus gatas. Pero sabía que Xavier era el más responsable de todos ellos, así que eso lo aliviaba un poco. Soltó el aire que reprimía.

—¿Entonces? ¿Por qué estás en Sweet Home y no en Manhattan?

El pelilargo se inclinó y apoyó los codos sobre las rodillas. Frotó sus manos entre sus piernas de forma nerviosa y Andy sospechó lo peor, pero aguardó hasta que Nick estuvo preparado para hablar.

—La hermana de Brian lo invitó a su cumpleaños en Los Ángeles. Supongo que la invitación se extendía también a mí, dado que ella sabe de nosotros, pero...

—Pero no puedes ir. —Nick sacudió la cabeza de un lado al otro—. ¿Cuándo piensa hablar con sus padres? —Ante el silencio que siguió a su pregunta, Andy continuó—: No es justo que él te mantenga en secreto, Nick.

Si te ama, debe hablar con ellos. ¿Por cuánto tiempo seguirán así?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de su amigo y se sintió como un hijo de puta. Andy debía estar consolándolo y no dándole más razones para no estar a gusto con su novio. Pero había temas que había que decirlos sin pelos en la lengua si se amaba a la otra persona.

Andy sabía cuánto amaba Brian a Nick, había notado el gran cambio efectuado en el abogado desde que estaban juntos. Se había vuelto más relajado en público, verbalizaba sus sentimientos y demostraba su afecto de forma continua.

—Lo siento. —Andy se elevó de la silla y se sentó junto a Nick. Le pasó un brazo por los hombros y atrajo su rostro contra su cuello—. Noto que sufres y no me agrada. No quiero arremeter contra Brian, siento que él tampoco lo merece. Entiendo que le sea difícil ese gran paso que debe dar, pero no puedo evitar que odie cómo te hace sentir.

—Va a enfadarse tanto cuando llegue a casa y descubra que me fui — sollozó el pelilargo a la par que se aferraba al torso de Andy.

—Necesitas un respiro, él lo entenderá. —O eso esperaba. No quería que su amigo terminara con el corazón roto, solo que si esa pareja no continuaba, serían dos los corazones destrozados.

—No sé qué debería hacer. ¿Tendría ponerle un ultimátum? Aborrezco esos métodos, no quiero decir algo como: «o haces esto o ya no seguimos juntos». ¡Lo amo tanto, Andy! No creo que pudiera cumplirlo si verbalizara algo así y él no hiciera lo que yo quisiera. Además, ¿qué clase de persona sería si utilizara una táctica similar?

Andy acarició la cabeza de su amigo con una mano mientras lo sostenía con el otro brazo por la espalda.

—Tranquilo. Si quieres yo hablaré con él. Le explicaré que solo necesitas unas pequeñas vacaciones. Supongo que vas a quedarte aquí conmigo y que volveremos a Nueva York juntos.

—Ni siquiera he hablado con Mark y Alex para pedirme los días libres.

—Yo los llamaré —lo tranquilizó—. Estoy seguro de que podrán encargarse entre todos de tus responsabilidades por unos días.

Alex y Mark adoraban a Nick y sabían por lo que pasaba con su novio, por lo que no pondrían reparos en que se tomara unos días para aclarar su mente y sus emociones.

—Solo tuve que irme y quería estar contigo. Así que ni lo pensé, compré el primer boleto de avión y aquí estoy.

—Hiciste bien, Nick. ¿Quién más para ocuparse de ti cuando estás hecho mierda que tu mejor amigo? Me hubieras herido si no hubieras pensado en mí.

—Gracias, encanto. —Le palmeó la rodilla un par de veces. Su expresión era tan triste, como cuando Brian se había escapado a casa de su hermana en Los Ángeles cuando había creído que Nick y él estaban en una relación amorosa—. No sabes cuánto te quiero.

De pronto, un rostro apareció en su ventana, la joven la abrió y entró en su cuarto como si fuera dueña de este.

Andy se separó de Nick y se elevó sobre sus pies con las manos en las caderas.

—¿Qué mierda haces aquí, Will? —espetó de forma un tanto brusca, pero entre su amigo que estaba casi hecho pedazos y ella que invadía su intimidad así como así, era un torbellino sentimental.

—Romántico Drew, vengo a mostrarte que soy lo que necesitas —pronunció ella con una voz tan seductora mientras se le acercaba con un andar felino que lo hizo arder en medio segundo.

—No estoy solo, pervertida Will —masculló Andy y trató de que sus ojos lanzaran puñales que la aniquilaran, pero no, no tenía ese poder aún. Pero sí el de calmar su respiración y, por consecuencia, su cuerpo.

Ella lo rodeó y halló al hombre sentado sobre la cama detrás de él.

—Es el hombre de la llamada —dijo ella apuntando a su amigo con el dedo—, el que estaba en la cama con otro y querían apretujarte en medio.

¿Acaso eres bisexual, Drew?

—¿Drew? ¿Romántico Drew y pervertida Will? —cuestionó Nick cada vez más divertido. Al menos tenía que agradecerle a la joven el que entusiasmara a su amigo y lo sacara de ese pozo oscuro, aunque fuera por unos minutos—. ¿Lo que necesitas? Oh, yo también lo creo, amor. —Se alzó para establecerse junto a ellos y la tomó por un hombro para hacerle un paneo de arriba abajo a Will—. Definitivamente, eres lo que este hombre necesita y, ya que parece que a él le comieron la lengua, te respondo yo. No, no es bisexual. Nick, mucho gusto. —Su traicionero amigo le tendió la palma y ella la tomó en la suya.

—Mucho gusto, Nick. Soy Wilhelmina, pero me llaman Mina.

—¿Mina? ¿No Will? —preguntó el pelilargo, y Andy notó que cada vez estaba más intrigado con ella y eso podía no ser algo bueno, al menos no para él y menos si se prometía emparejarlos. Podía ver los engranajes en la cabeza de su amigo funcionando a toda marcha.

—Solo los que me hacen enfadar me llaman así, y temo que el único que posee ese privilegio es Drew.

—Ah, y supongo que solo ella te llama Drew, ¿cierto, Andy?

—Nick, no comiences. No te imagines historias donde no las hay.

—Oh, aquí hay una historia, Andy —aseguró Nick con una expresión que le dio escalofríos—. Que no quieran contármela, no tengo problema, pero que la hay, la hay. Me gusta el título que tendrá esta: *la pervertida y el romántico*.

## Capítulo 13

**B**rian dio dos pasos en el apartamento y se detuvo. Se percató en el acto de que algo era diferente, Nick no estaba, pero no solo eso, sino que el aire le era extraño, agobiante. Caminó hasta la mesa redonda que tenían a un extremo del *living* y halló una nota. Un escalofrió lo recorrió por la espalda y lo estremeció entero. Leyó las breves oraciones que indicaban que su novio necesitaba un tiempo, espacio para pensar. El pánico atenazó a Brian, lo perdía y todo porque era un estúpido cobarde y, con treinta años, temía a sus padres como si fuera un adolescente.

No tenía que pensarlo dos veces para saber a dónde se había marchado. Había solo una persona a la que Nick recurriría: Andrew. Los celos lo asaltaron como aquella vez en que los había visto besándose, pero tuvo que recordarse que Nick lo amaba, no tenía dudas de eso.

Sin pensarlo, tomó de nuevo sus llaves y así como estaba salió del apartamento que compartía con Nick desde hacía casi un año. Mientras esperaba que el ascensor arribara, sacó su móvil del bolsillo de su traje. No tenía idea de cuál era el domicilio de los padres de Andy, pero sabía que su primo podría ayudarlo a averiguarla.

Tenía que ponerse los pantalones de adulto y dejar de ser un niño temeroso de enfrentar a sus padres. No seguiría en la mentira y no mantendría a la persona que más amaba encerrada en la oscuridad.

No entendía la razón de que sus padres hicieran tanto alboroto por la llegada de Nick y, menos aún, que hubieran invitado a los Spencer como si fuera un evento tan importante. Sí, era su mejor amigo y sí, era la primera vez que visitaba su casa familiar, pero no era para tanto.

En la gran mesa del *living*, la que solo se usaba para acontecimientos en los que había invitados, tomaron asiento. Will quedó acomodada delante de él, con su hermano y su novia a su lado. Nick junto a él, sus padres uno en cada punta y Crissy a un lado de su madre y Edward, de su padre. Todo era demasiado formal para gusto de Andy y su madre hasta había sacado la vajilla especial, la que solo se utilizaba en contadas ocasiones.

Cuando la cena ya estuvo servida en la mesa, su madre se elevó de su asiento con una copa en su mano. Todas las miradas fijadas en ella. Agatha tenía los ojos resplandecientes por una emoción que Andy no comprendía. Tal vez hacía demasiado que no volvía a su hogar. Tal vez no, era así. Contuvo el aire a la espera de lo que fuera a decir ella, pero nunca estuvo preparado para lo que vendría:

—Nick, queremos darte la bienvenida a nuestra familia. —Andy escuchó el jadeo que salió de la boca del pelilargo, desvió la vista hacia él para encontrar la conmoción en su expresión—. Y Andrew, tu padre y yo estamos felices de que ya no nos ocultes que eres *gay*...

—¿Qué? —espetó al tiempo que Will escupía la bebida que tenía en su boca y comenzaba a toser sin apartar los ojos abiertos como platos de él.

James no estaba menos conmocionado que él mismo. Lo observaba con los ojos abiertos de par en par y con la mandíbula inferior caída.

—Solo no nos gusta eso de que haya un tercero... —continuó Agatha, y la mente de Andy parecía detenida en el tiempo, sin capacidad de procesar los sucesos ni los dichos de su madre.

Por suerte el timbre a la puerta interrumpió lo que fuera a decir la mujer. Él saltó de su silla y corrió a atender a quién hubiera arribado, necesitaba que su mente interpretara qué era lo que acababa de ocurrir y cómo sus padres

podían haber llegado a esa conclusión. Pero cuando abrió y se topó con el rostro desencajado de Brian, supo que ese día había sido sacado de una novela surrealista.

Ni preguntó que hacía allí, tan solo lo dejó entrar.

—Ven —dijo y guio el camino hacia el comedor sin saber con lo que se encontrarían, pero nunca pensó que sería catastrófico.

Su madre abrazaba a Nick y su padre le palmeaba la espalda, ambos con sonrisas que desbordaban sus rostros.

—Estamos tan contentos con su relación —mencionaba su padre, y el orgullo parecía brotarle por cada poro.

Andy quedó estupefacto, como suspendido en el espacio mientras contemplaba una situación que su mente se negaba a interpretar o comprender.

—No entiendo por qué Andy y tú tuvieron que mantenerlo en secreto —agregaba su madre—. Serás como un hijo más, Nick.

La vulnerabilidad y la alegría en su amigo no le pasaron desapercibidas, como tampoco suponía que al hombre tenso que tenía detrás.

Habían quedado congelados en la entrada sin poder dar crédito a lo que sucedía.

—¡Andy, ven acá! —lo instaba su madre con su mano tendida hacia él, pero Andy había quedado clavado al suelo—. Una foto familiar.

Veía la felicidad en ellos y no sabía cómo decirles que él no era *gay*. Irónico, ¿verdad? Brian se disputaba cómo confesarle a sus padres que lo era y él tenía que ver cómo hacer lo contrario.

Solo bastó para que Nick posara la mirada melosa más allá de él, en su novio, y distinguir el gran dolor que transformó el rostro del pelilargo para que las palabras escaparan de su boca.

—No soy *gay* —susurró.

Ese sufrimiento tan crudo le estrujó el corazón. El propio padre de Nick no lo había aceptado y, cuando se enteró de su condición, lo había sacado a

patadas de su casa. Sabía cuánto ansiaba una familia, que lo aceptaran y amaran sin condiciones, y sus propios padres le acababan de brindar ese sueño, de cumplírselo. Sin embargo, no era la familia correcta para darle la bienvenida.

—Pero... Tú y Nick —decía su madre, desorientada—. Él está aquí.

Dio unos pasos hacia ella y posó una mano en su hombro. Su madre parecía al borde del llanto, como si sus expectativas fueran tan altas y él se la había derribado con una sola frase.

—Nick es mi mejor amigo, es mi familia, como un hermano —más dolor se esparció, pero esa vez en el rostro de sus padres—, pero entre él y yo no hay más que eso. No somos pareja. Y sí, él está aquí porque debía tomarse un tiempo y necesitaba un lugar donde se sintiera resguardado.

Los ojos de su madre volvieron a empañarse, pero por una emoción tan diversa a la anterior. No sabía que ella había ansiado tanto verlo de novio y menos que hubiera fantaseado con la relación entre su hijo y otro hombre. Amaba a sus padres, y el conocer que si el caso se diera de que fuera *gay* lo hubieran aceptado sin condiciones tanto a él como a su pareja, lo hacía amarlos aún más.

—Estoy muy emocionado con su recibimiento, señores Morgan —comentó Nick con un tono cargado de emoción—. Nunca antes me han hecho sentir así —se le quebró la voz en las últimas palabras, como si le costara que salieran—, y quiero que sepan que jamás olvidaré este hermoso regalo que me han brindado.

—Hugh y Agatha, Nick —acotó su padre después de aclararse la garganta—. Que no seas el novio de nuestro hijo no cambia eso. Como tampoco el que seas bienvenido en nuestra casa.

Brian aún permanecía en la entrada del establecimiento como una estatua. Andy ni quería imaginarse lo que debía pensar el abogado con la escena que había presenciado, pero notaba su sufrimiento, cómo trataba de mantenerse estoico, aunque se hallaba a punto de un derrumbe y, sospechaba, sin

posibilidad de volver a reconstruirse.

—Nick, ¿por qué no acompañas a Brian a mi habitación? —sugirió Andy al guiar a cada hombre por el brazo hasta la escalera que conducía a la segunda planta.

Una vez que retornó a su asiento a la mesa, se topó con la mirada divertida de Will, quien parecía tratar de contener la carcajada y escondía su sonrisa tras su copa rellena de agua. Si alguien sabía que no era *gay*, justamente sería ella.

Nick pasó junto a Brian sin siquiera mirarlo ni tocarlo. Subió los escalones uno a uno con el abogado detrás; ninguno mostraba apuro en llegar a la habitación. Nick no sabía qué le diría, cómo se explicaría. Su mente se había detenido al contemplarlo congelado en el quicio del *living* con tal expresión, sabía que le había roto el corazón.

Abrió la puerta y entró. Apenas lo hizo Brian, este cerró con un golpe del talón. Lo subsiguiente ocurrió tan rápido que no tuvo oportunidad de acción. Brian lo aferró del brazo y lo volteó para estampar su boca contra la suya, sin darle la posibilidad ni siquiera de respirar. El beso lo tomó desprevenido y el que lo arrastrara hacia la cama, aún más.

Cayeron sobre el lecho y Brian parecía poseído, le elevó la camiseta hasta el cuello y le lamió, mordisqueó y besó el torso con una desesperación que le hizo recordar el primer encuentro sexual que habían tenido.

—Espera...

—Eres mío, Nick. De nadie más —afirmó el abogado con tal seriedad; su voz era tan fría, mostraba el poder que debía tener en los tribunales y que hacía que cualquier contrincante se orinara en los pantalones.

Su pene se endureció al instante ante la autoridad en su tono y se arqueó contra él en cuanto la barba incipiente de Brian le raspó el cuello.

No obstante, Nick pudo sentir las emociones que lo atormentaban tras esa

gelidez, el dolor y el miedo que lo atenazaban.

Brian se sentó encima sus caderas y le quitó la camiseta de un solo movimiento, luego forcejeó con los botones de sus *jeans*. Metió una mano dentro y le frotó la erección mientras se inclinaba sobre él con tal expresión animal, cruda y pura. Aferró su labio inferior entre los dientes y tiró de este para luego apresar su boca en otro beso, pero este era más demandante y cautivador que el anterior. Uno que lo dejaba tan a merced de aquel salvaje en el que se había convertido su novio y que lo instaba a dejarse moldear a como el abogado quisiera.

Nick necesitaba entrar en su novio o que fuera Brian el que entrara en él. Anhelaba con una desesperación inconcebible que le hiciera el amor y notaba el mismo deseo en el abogado. La actitud de Brian era tan similar a aquella noche en la inauguración de la casa de Samantha y Alex, donde finalmente todo había comenzado para ellos, que Nick podía percibir su incertidumbre y su temor como en aquel momento. ¿Cómo asegurarle que él nunca lo abandonaría? ¿Que no tenía nada que temer, Nick era suyo para la eternidad, pasara lo que pasase?

Brian apresó su cabello en un puño y lo obligó a descubrir aún más su cuello para que él pudiera degustarlo a sus ansias. De pronto, se detuvo. Se elevó del lecho y, de un tirón, le quitó los pantalones junto con los calzoncillos, dejándolo desnudo al completo. Pero Nick no se sintió vulnerable, sino todo lo contrario. Su erección, que saltó contra su bajo vientre, así lo atestiguaba. Lista y húmeda.

Sin apartar la mirada azulina de la suya, Brian se fue desprendiendo de cada pieza de tela que lo cubría, con suma lentitud. A Nick se le hizo agua la boca. Adoraba que su novio utilizara trajes de tres piezas, pero más el que se los quitara como un *stripper* profesional. Una vez desnudo, se deslizó sobre él y esclavizó sus muñecas por encima de su cabeza con una mano de hierro.

—No voy a permitirte abandonarme, Nick —murmuró Brian con la mirada fija en la suya.

—No pensaba... —Un beso agresivo lo interrumpió—. Solo necesitaba espacio...

—No pienso dártelo. —Le tomó la barbilla con la mano libre y clavó los ojos, ennegrecidos por la excitación, en su rostro. Luego lo soltó para posicionarle una de sus piernas, por detrás de la rodilla, sobre su antebrazo y, así, abrirlo aún más y dejarlo expuesto—. Hablaré con mis padres —anunció antes de tocarle la entrada con la punta de su pene y tentarlo de tal manera que lo tenía vibrando y estremeciéndose en el acto.

A Brian le encantaba que le hiciera el amor, ser el abrazado y sostenido mientras Nick lo penetraba de manera lenta y dulce. Eran contadas las veces en que la situación se daba a la inversa, como parecía que sería el caso en ese instante.

La anticipación de que Brian lo llenara con su pene hizo que apartara aún más las piernas. El corazón le golpeaba enloquecido, con la sangre viajando a un ritmo inaudito a la parte sur de su anatomía.

—Brian..., por favor...

No tuvo que rogarle más, el abogado se arrodilló, posicionó el glande contra su entrada y, sin miramientos, ingresó en él. Nick le dio la bienvenida al ardor y esa mezcla entre dolor y goce con un jadeo.

Brian se dejó caer sobre él y lo rodeó con sus brazos. Nick también lo hizo y, además, lo envolvió con sus piernas. Lo ancló a él y no le dio ni una sola chance de apartarse por un suspiro de su cuerpo.

Los envites eran frenéticos y demandantes. Hambrientos.

—Márcame, Brian. Hazlo a fuego para que nunca más me aleje —rogó; no sabía bien qué significaban sus palabras, pero percibió que Brian sí lo hacía.

El abogado estampó su boca contra la suya y la poseyó como lo hacía con el resto de su cuerpo. Se dejó dominar por aquella agresividad que lo envolvía y lo cautivaba. Adoraba cuando Brian tomaba ese control que siempre le relegaba, cuando se hacía cargo y le demostraba cuán importante era para él. Pero, más que nada, porque cuando Brian era el que se hacía de

las riendas en la intimidad, conseguía ver cuánto lo cuidaba con su delicadeza a pesar de la aspereza, con su forma de sostenerlo a pesar de sus violentas embestidas. No había manera de que Nick no distinguiera el amor que el abogado sentía por él en cada movimiento en que sus cuerpos se fusionaban en uno solo y danzaban como en una aceitada maquinaria de relojería italiana.

La mano de Brian en su pene, emulando los envites, consiguió que arribaran al orgasmo al mismo tiempo, uno tan arrollador que los dejó tendidos en la pequeña cama de la adolescencia de Andy. Las respiraciones erráticas y el sudor que los cubría no evitaron que se acurrucaran en el escaso espacio como para cobijar a dos hombres adultos.

—Hablaré con mis padres —repitió Brian al cabo de un rato de intenso silencio.

—No quiero que te obligues a hacer algo, bebé. —Nick se giró y lo rodeó con el brazo. Su mano quedó a la altura del pecho del abogado y este la tomó en la suya—. Me es difícil, pero intento no presionarte. No siempre me sale.

—Lo hago por ti, pero, en gran parte, también por mí, Nick. Necesito que me conozcan, que lo sepan todo de mí y que me acepten tal cual soy. —El pelilargo acomodó el rostro sobre el torso de su novio, este posó la barbilla contra la cima de su cabeza y lo rodeó con los brazos—. Quiero que vengas conmigo. —Nick se removió y trató de elevarse, pero Brian ciñó el abrazo y no le permitió hacerlo—. Te necesito allí conmigo, Nicholas.

Nick aplanó la palma sobre el corazón que tamborileaba y se regodeó con ese latido bajo su mano.

—Siempre estoy a tu lado, Brian. Claro que iré contigo.

—Bien, en cuanto nos vistamos...

—Sé que presioné para que esto sucediera, pero...

—No es así. —Brian lo volteó, por lo que quedó con la espalda contra el colchón y su novio por encima, quien lo tomó de la barbilla y fijó los ojos azules en los suyos con una seriedad que lo estremeció—. No te he tratado

como mereces, Nick. No te quiero oculto en mi vida, quiero que conozcas a mi sobrino y que me acompañes al festejo del cumpleaños de Micaela.

Los ojos de Nick se empañaron. Cruzó las muñecas tras la nuca de Brian y lo instó a bajar la cabeza para poder transmitirle todo su amor en un largo y profundo beso.

## Capítulo 14

Andy estaba repantigado en el sofá de la sala de estar, pasaba los canales del televisor de pantalla plana, en busca de algo que lo entretuviera. Esa noche había sido de locos: sus padres dándole la bienvenida a su supuesto novio y la mujer con la que había prometido no tener nada y con la que había tenido sexo un par de días atrás no hacía más que dirigirle miradas intensas y sugerentes.

Cuando dos hombres aparecieron con sonrisas de oreja a oreja y tomados de las manos, su expresión se suavizó, aunque pronto la enmascaró tras una severa.

Se elevó hasta quedar sentado en el sofá.

—¿En serio? ¿Sexo en mi cuarto, chicos? —Por lo menos tuvieron la dignidad de ruborizarse al verse descubiertos—. Y una ducha que les quite el aroma, ¿no creen?

Emanaban sexo por sus poros, pero no solo eso, sino que exudaban tal empalago amoroso que daba asco. No obstante, Andy no podía estar más feliz. Ese brillo en la mirada melosa de su amigo valía que se hubieran revolcado en su cama y más.

—Ay, encanto. —Nick tomó asiento a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Enterró el rostro en su cuello antes de susurrar—: Gracias.

Andy sonrió y, en esa ocasión, fue su turno de ruborizarse.

Brian se acomodó junto a su novio para quedar los tres uno al lado del

otro. Estuvieron unos minutos en silencio, en el que Nick y Brian entrelazaron los dedos de una de sus manos y no se soltaron. Andy sospechaba qué había sucedido entre ellos, suponía que Brian había adquirido los testículos que le hacían falta para dar, al fin, ese paso con sus padres y le daría el lugar que su amigo se merecía.

—Encanto, quiero que me cuentes sobre la mujer de cabello turquesa.

—Cian —aclaró de forma automática.

—¿Qué? —preguntó el pelilargo, mirándolo tan fijo que parecía querer penetrar en su cerebro.

No sabía la causa de su necesidad de corregir a las personas en cuanto al color del cabello de Will. ¿Qué mierda le importaba? Pero parecía no poder evitarlo.

—Su tono es cian, un poco más verdoso que el turquesa —prosiguió sin poder contenerse.

—Ah. —Los ojos melosos de Nick parecían sonreírle y hasta burlarse de él —. Entiendo.

Andy frunció el ceño.

—¿Qué entiendes?

Nick se giró hacia él y Brian apoyó la barbilla en el hombro de su novio, ambos mirándolo con atención. Se sentía como si fuera desnudada su alma entera, solo que ellos le brindaban una expresión adorable.

—Tú y ella...

—Yo y ella nada —lo cortó antes de que agregara algo más. No sabía qué era lo que sus amigos presentían que sucedía entre él y la joven, y prefería no escucharlo—. Wilhelmina era la novia de mi hermano.

—Pero... Ella... —balbuceó Nick, desorientado.

—Ella ha estado detrás de mí aún antes de que él falleciera. Esa es ella —escupió la última frase con un dejo del odio que sentía en aquel entonces junto con las emociones atribuladas que ella le generaba.

—Pero a mí no me engañas, Andy —susurró Nick muy cerca de su oreja

—. Tuvieron sexo, y no me digas que fue un desliz. Estuviste sin intimar demasiado tiempo como para que no signifique nada.

Suspiró y apoyó los codos sobre sus rodillas en una postura de derrota. Así se sentía, como Atlas con todo el peso del mundo sobre sus hombros.

—Un error, eso fue.

—A ver si comprendo —intercedió Brian desde atrás de su novio y con una sonrisa que parecía un tanto macabra—, ¿te acostaste con la novia de tu hermano?

—Sí —respondió, pero esa afirmación le supo agria en la boca. Como si algo en aquella frase no fuera real, pero lo era. Se había acostado con la que había sido la novia de su hermano.

—Pero tú dijiste que él falleció —continuó Brian, y sus palabras fueron como una daga en medio del pecho. Hacía casi diez años, no obstante, seguía doliendo como si hubiera muerto tan solo la noche anterior.

—Sí —confirmó, y su garganta parecía repleta de arena—, a los diecisiete años, el automóvil que manejaba salió disparado de un puente cubierto. Yo tenía veintidós —finalizó, y el contarle a sus amigos, de alguna forma, sintió que lo había aliviado.

Siempre evitaba hablar de Stevie, nunca le había relatado a nadie, no había hablado de él con ninguno de ellos. Tal vez, debería comenzar a hacerlo.

—Y tú y ella están vivos —puntualizó el abogado con aquel frío razonamiento que lo caracterizaba en ciertas ocasiones—. No entiendo el inconveniente. Han transcurridos nueve años, Andy.

—Brian tiene razón, encanto.

—¡Ella era la novia de mi hermano! —exclamó, y no comprendía como con esa frase sus amigos no entendieran que no podía tener nada con ella. Sus hombros se derrumbaron ante los recuerdos que se atropellaron en su mente e hicieron que su corazón sangrara—. Él... él sabía... que ella iba tras de mí, aunque era una niña tonta en ese entonces. Esa última noche, en la que falleció, me increpó con que quería robarle a la mujer que amaba.

¡Maldición! Stevie estaba tan mal, no hacía más que echarme culpas y no importaba cuánto yo le prometiera que nunca me fijaría en Will, seguía sin creerme. Le prometí que jamás tendría algo con su novia.

—Ay, Andy. —Nick lo contemplaba con lo que parecía pena, y eso lo enfureció, no se merecía esa expresión. Él no estaba equivocado, él honraba el juramento que le había hecho a Stevie antes de morir. Además, Will lo único que hacía era mostrar que nunca le había sido fiel, por más pequeña que había sido en aquel momento.

—Bueno, vamos —dijo para ya cambiar el tema. No soportaba la tensión ni el recordar momentos angustiantes—. Supongo que dormirán en mi habitación. No sé si la utilizarán, pero debajo de la cama hay otra auxiliar levadiza.

Después de que Nick y Brian se instalaran en su cuarto, Andy se dirigió al de Stevie, el único disponible en la casa. Posó la mano sobre el picaporte, respiró hondo y abrió la puerta. No había estado dentro desde hacía años.

Lo dejó estupefacto que sus padres hubieran remodelado el lugar y, al mismo tiempo, lo alivió. Eso significaba que habían logrado seguir adelante.

Ya no estaban los posters de *Star Wars*, *Mazinger Z* ni de los *Halcones galácticos*. Su hermano había sido un fanático de este último dibujo animado, Andy recordaba que siempre andaba cantando la intro *silver hawks* de la serie, de esa forma lenta tan característica. A él también le gustaban, era una de las cosas que tenían en común, como también los *Thundercats* y los *Caballeros del Zodíaco* después.

Stevie había seguido sus pasos en casi todo hasta que el interés de Will en él se había hecho notable, cuando su hermano tenía unos dieciséis, allí su relación varió. Se habían distanciado y él lo había culpado por querer arrebatársela cada vez que volvía a casa de la universidad. Fueron un par de años de pesadilla y que no importaba qué hiciera, siempre daba el mismo resultado.

Se dejó caer sobre la cama de una plaza, cruzó los brazos por detrás de la

cabeza y estaban por cerrársele los ojos cuando escuchó un griterío que provenía de su habitación.

Mina trepó por la estructura de madera adherida a la casa de los Morgan, la que contenía la enredadera con esas curiosas flores blancas de las que emanaba un aroma precioso por la noche. Abrió la ventana de la habitación de Drew y se metió dentro. Estaba oscuro y él ya dormía metido en su cama, cubierto hasta la cabeza por el edredón de color verde oscuro.

Caminó en puntas de pie, levantó el cobertor y se escabulló por detrás del hombre en el lecho.

Pegó el pecho a su espalda y le pasó una mano por el torso desnudo, desde el esternón hasta arribar al elástico del calzoncillo. Iba a meter los dedos por debajo cuando la mano masculina cubrió la suya, guiándola dentro contra su erección. Él gruñó y ella frunció el ceño. Luego él deslizó la palma por su brazo hasta el codo.

—¿Qué mierda? —chilló él y saltó de la cama al igual que ella, quien pegó un grito—. ¿Quién demonios eres? —exclamó el extraño con un tono furioso que le heló la sangre.

Will se apresuró en prender la luz. Parpadeó un par de veces ante la molestia lumínica.

Habían quedado uno a cada lado de la cama, tensos, con las respiraciones agitadas y evaluaban cada movimiento del otro. De pronto, ella sintió miedo. Su mente solo le decía que corriera, estaba con un hombre desnudo salvo por su ropa interior, en un cuarto, pero no lograba mover un pie.

—¡Andrew! —llamó Will con todo el poder de su voz.

La puerta de la habitación se abrió tan fuerte que golpeó la pared y Drew entró como una tromba seguido de Nick.

—¿Qué sucede? —preguntó Drew sin aire—. ¿Brian? ¿Will?

—Él... él... —sollozó Mina, y se apresuró hacia Drew, quien la envolvió

en sus brazos.

—¿Yo? —dijo Brian, evidentemente indignado—. Esta joven se mete en mi cama y me frota... —Hizo gesto hacia su pene.

—Oh. —Nick soltó una carcajada ante la mirada aniquilante de su novio.

—No te rías. —Brian le dio una palmada en el brazo, lo que aumentó las risotadas del pelilargo.

—Andy, cariño, ¿ocurre algo?

Ante la voz de su madre por el corredor, Drew se aceleró a cerrar la puerta y apoyarse contra esta mientras los demás quedaban paralizados en el lugar.

—No, mamá. Disculpa, la charla subió en volumen. —Apoyó la frente contra la placa de madera.

—Bien, chicos. Diviértanse —dijo Agatha y escuchó sus pasos alejándose hacía el otro extremo del corredor, donde se ubicaba el cuarto de sus padres.

—Wilhelmina, ¿qué mierda haces en mi habitación? —espetó Drew con un enfado que hizo que el de ella escalara de nivel.

—¿Qué mierda hace él en tu habitación? —espetó ella, apuntando con el dedo al hombre que había encontrado en la cama.

—Él es Brian —se apartó de la entrada y se encaminó hacia ella con paso amenazante, pero Will no parecía amilanarse, ni por el tono áspero de su voz —, como recordarás de la cena de esta noche, el novio de Nick.

—Oh... —Las mejillas femeninas se tiñeron de rojo y la excitación recorrió la espina dorsal de Andy como si sus pies hubieran sido enchufados a la corriente eléctrica. ¿Qué demonios? Debía mantenerse alejado de aquella pequeña hechicera que lo embrujaba con pociones invisibles.

—Y se están quedando en mi cuarto.

—Oh...

—Sí, oh. —La tomó del brazo y la acercó a su cuerpo sin pensarlo—. Ahora, la que está fuera de lugar eres tú. ¿Acaso trataste de seducir a Brian?

Presionó el agarre sobre ella. El solo pensar que Wilhelmina se interesara en el abogado encendía un volcán dentro de su ser, uno que estaba a punto de

carbonizar a toda la ciudad si la respuesta de la fémina era afirmativa.

—¡Claro que no! Creí que eras tú —susurró—. Yo...

—¿Qué? —bramó, sacudiéndola un tanto.

—¡Creí que eras tú! —exclamó y ambos contuvieron el aliento y abrieron los ojos de par en par—. Pensé que te tocaba a ti. Nunca habría... —fijo la vista, apenada, en Brian y luego en Nick—. Lo siento, jamás habría hecho un avance sobre tu novio. Lo juro.

—Te creo, amor. No te preocupes —contestó Nick con una sonrisa, no obstante, Drew tiró de ella hasta el otro extremo de la habitación.

—¡Suéltame!

—Vas a venir conmigo, Will. —Con esa frase murmurada la calmó como un canto que apaciguaba a las fieras—. Lo siento, descansen. Procuraré que ella no vuelva a hacer otra de sus perversiones —dijo él a sus amigos para arrastrarla fuera de la habitación.

—¡Drew, por favor! —gritó en un susurro, y con su mano libre empuñó la camiseta masculina, acercando la boca a la del hombre—. Suéltame.

—Estoy tan harto de ti —argumentó, sin embargo, le pasó un brazo por la cintura y la acercó aún más a su cuerpo. Ambos pubis quedaron pegados y ella podía percibir la excitación que lo embargaba.

—No es cierto, aún no te has satisfecho de mí. —Y con esa afirmación, estampó la boca contra la de Drew. Aprovechó su distracción para soltarse y tomarlo por detrás del cuello y pronunciar, no solo el agarre sobre él, sino también el beso que los dejaba sin aliento y vibrantes a ambos.

Tambaleándose, entraron en la habitación junto a la de Drew. En cuanto Mina se percató dónde estaban, quedó congelada en los brazos de él.

—¿Will?

Los ojos se le empañaron a la par que daba un paneo por el lugar y notaba lo cambiado que estaba. Ya no era el cuarto que ella conocía, donde había pasado tantas horas con su mejor amigo.

—Han quitado los posters —murmuró con esfuerzo por el repentino nudo

que se le alojó en la garganta.

—Mis padres han remodelado —informó a su espalda, tan cerca que ella podía sentir el calor que él emanaba, y dio gracias a su proximidad, dado que, de pronto, su alma se había helado.

Se volteó hacia él con la cabeza gacha. Asintió y evitó la mirada tan clara como el agua a como diera lugar. Sentía que le estrujaban las entrañas, extrañaba a su mejor amigo, al que siempre la había comprendido y escuchado.

Stevie también había tenido ojos azules, pero los de Drew eran casi transparentes.

—No podemos hacer esto, Will —la increpó Drew apenas ella apoyó la frente en su pecho. Deslizó la mejilla por su esternón y la dejó descansar allí.

—No aquí.

—No en ningún sitio. —Él le posó la mano sobre la cima de la cabeza y movía los dedos en una caricia. Estaba segura de que Drew no se percataba de lo que hacía.

—Andrew —alzó la vista hacia él—, no soy un caracol que sube un metro para bajar dos. Solo voy para adelante.

Volvió a besarlo, pero esa vez de forma más demandante, una en la que no le permitía ser un espectador pasivo de la acción. Drew gimió en su boca y la apresó en sus brazos, elevándola unos cuantos centímetros del suelo. Caminó hacia atrás con ella en alto para dejarse caer sobre el lecho, de espaldas. Mina aterrizó sobre él y se sentó sobre sus caderas, en ningún momento separó sus labios de los de masculinos.

No le daría tregua. Había esperado años y años para que él le prestara la mínima atención. Sí, habían tenido sexo, pero no había sido suficiente. Necesitaba verlo, tocarlo, sentirlo al completo, una y otra vez. No algo rápido para saciar sus instintos de forma rápida en un motel de mala muerte.

Se frotó contra la erección por debajo de ella. Deslizó sus labios por la mandíbula hasta morder el lóbulo de la oreja y estirarlo entre sus dientes,

luego descendió por el cuello hasta la clavícula y le dio pequeños mordiscos. Los gemidos de Drew atestiguaban la excitación que lo recorría. Él la sostenía con una mano por la espalda y la otra bien enterrada en su cabellera.

—Will, no puedo aquí —jadeó—. No en la habitación de Stevie.

El escuchar ese nombre la detuvo en seco. Ella tampoco podía hacerlo allí, no después del que había sido el último encuentro y el último intercambio de palabras con aquel gran amigo de su infancia. Respiró profundo e instó a las lágrimas a mantenerse a raya.

—No quiero que pienses y te eches atrás —confesó con la mirada clavada en la de Drew. Esperaba que él volviera a mencionar la palabra «error» y retroceder, como parecía ser la constante entre ellos.

—No voy a hacerlo.

## Capítulo 15

Treparon hacia la ventana de Will del mismo modo en que ella había alcanzado la suya. Solo que cuando Andy resbaló un par de veces y se golpeó la rodilla otro par, se sintió un idiota y un poco fuera de edad para meterse a hurtadillas en la habitación de una chica. Y más con las constantes risas que salían por los labios de la joven, lo hacía sentir cada vez más fuera de su eje.

Will se había escurrido en su cuarto unas cuantas veces de adolescentes, pero para él, lo que hacían era una primera vez. Además, ella era bastante atlética y él, no. No había sido construido para los deportes, lo que atestiguaba su torpeza.

Siempre había sido ese chico un tanto *geek* y *nerd* en la escuela, y suponía que solo se había hecho un gran amigo de James por ser vecinos. En cambio, Stevie era totalmente su contrario. Lo sacó de su mente apenas apareció, si haría lo que tenía pensado con Will, no podía recordar a hermano.

Volvió a golpearse al traspasar por la ventana y maldijo entre dientes mientras se frotaba una de sus rodillas hincado en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Will con una mueca, como si sintiera su dolor.

—Sí, solo que prefiero entrar por la puerta principal.

—James y Barbs están abajo.

Si no se hubiera dado cuenta de que lo que harían era una muy mala idea, el hecho de tener que mantenerlo en secreto de sus amigos y familia debía darle una pista. No obstante, en cuanto posó los ojos en esa figura tan poco

curvilínea, no pudo reprimir el deseo que lo inundó, como si un ser lujurioso se apoderada de él.

Se elevó toda su altura y se acercó con lentitud. De pronto, se había convertido en un depredador y su... no su presa, sino igual de depredadora que él. Dos voluntades ecuanímes que eran movidas por una excitación sin igual.

Apenas Will lo tuvo a la distancia de un brazo, se lanzó contra su torso y estampó su boca sobre la suya con una voracidad que lo dejó tambaleante. La aferró por la cintura y la acercó a su cuerpo hasta que sus pubis se frotaran entre sí. Ambos gimieron y ella se colgó de sus hombros para saltar y rodearlo con las piernas. La ferocidad en la mirada de la joven de cabello cian era tan intensa que lo encendió de tal manera que era indescriptible.

Andy dio tres pasos y se dejó caer sobre el colchón con Will por debajo. Ella ríó y su risa fue contagiosa, por lo que él se unió a esta con la propia, aunque a los dos segundos se percató de que no debían oírlo en la habitación.

—Shhh, pervertida Will —la calló y le posó la palma sobre lo labios, pero ella le apartó la mano con la suya.

—Oh, me encanta la idea —susurró ella de una manera tan sugerente y con tal cadencia sensual que lo tuvo duro al instante.

—¿Qué idea? —preguntó al recorrer la delicada barbilla con los labios.

—De hacerlo en completo silencio, romántico Drew.

Se voltearon y ella quedó a horcajadas sobre él. Lo agarró del cuello y tomó posesión de su boca sin darle lugar a retirarse. Él siempre había ansiado una mujer delicada y tierna, no obstante, esa fémina seductora y de armas tomar en la cama lo volvía loco y hacía que su sangre bullera como ninguna otra había conseguido hasta entonces.

Las uñas que se hundían en su cuero cabelludo y esos labios no le daban respiro. Despegó la boca de la de la joven tan solo para poder tomar aire. Acunó los glúteos y la movió de forma tal que el centro femenino se frotaba contra su erección. Había estado sin tener relaciones sexuales por mucho

tiempo, pero en ese instante, las ansias de estar dentro de esa mujer eran acuciantes.

Will aferró el dobladillo de su camiseta y se la quitó por la cabeza de un solo movimiento para dejarle el torso desnudo. Deslizó las yemas por su pecho. Lo observaba como si fuera su regalo de Navidad tan anhelado recién descubierto bajo el árbol. Esos ojos parecían quemarlo donde se posaban. Le raspó las tetillas con sus uñas y él gruñó con profundidad.

Él la imito y le sacó la camiseta de un tirón. Contempló el sostén de encaje negro y la boca se le secó como después de una larga caminata por el desierto. Necesitaba posar sus labios en esos pezones que se distinguían endurecidos a través de la tela. Tomó uno de esos brotes y lo sostuvo entre sus dientes, lo estiró a través del encaje y le pasó la lengua a la cima. Cada gemido que escapaba de Will y cada corcoveo que daba el pequeño cuerpo era un mensaje directo a su pene.

Las capas de ropa que aún los cubrían eran demasiadas, por lo que no se demoraron en arrancárselas uno al otro. Y él pudo hacer un paneo lento sobre aquel físico que no había podido contemplar la primera vez que habían intimado. Si la sangre no le bullía antes en la venas, en ese momento, le corría como si le fuera a estallar los canales que la contenían, el corazón le palpitaba de tal forma que no parecía haber distinción entre un latido y otro. Era preciosa, quizás no convencional y curvilínea, pero a sus ojos no había mujer más excitante que la que tenía delante. Si tan solo no tuvieran su pasado y no la hubiera odiado desde la adolescencia. Algo llamó su atención en la cadera derecha de Will, un tatuaje, unas libélulas que revoloteaban por su piel. Ese insecto hizo que su corazón se estrujara, pero reprimió la nostalgia.

Will apartó los cobertores y se metió bajo estos. Andy se encogió de hombros para desembarazarse de los recuerdos dolorosos que lo detenían e hizo igual que ella. Se voltearon de lado y con las miradas fijas en sus respectivos ojos. De pronto, todo se tornó demasiado intenso: las sensaciones,

las emociones, las consecuencias... Andy quiso retirarse y, como si ella lo hubiera presentido, posó una palma sobre su mejilla para detenerlo. Ese toque tan simple, que parecía un ruego a que no se moviera, lo encandiló de tal forma que pareció ser esclavizado en el lugar y hechizado por esa pequeña mujer.

Ella se acercó a él y, sin quitar la palma de su rostro, volvió a besarle, pero esa vez el beso no fue hambriento, sino que se trataba de un baile lento que pretendía descubrirlo de a poco. Y mierda si Andy no quería que ella quitara cada velo que lo escondía. No obstante, su mente, la única que parecía estar de su lado, no le permitió olvidar del todo de quién se trataba, por lo que la tomó de la muñeca y le quitó la mano que lo tocaba por la barbilla.

—Solo sexo, pervertida Will —aclaró, tajante y de forma brusca.

—Ah, claro. Reservas el romance para tu cita, ¿cierto? —El dejo de amargura en su tono no le pasó desapercibido.

Andy aún no sabía mucho de la amiga de Barbs, pero según James era todo lo que él ansiaba en una mujer. Así que, ¿por qué no darle una oportunidad? Quizás esa tal Kammy fuera lo que siempre había estado buscando y no había hallado hasta entonces.

La mano de Will se apoderó de su cabello y tiró de este hasta hacer que su cabeza fuera hacia atrás, sacándolo de sus pensamientos sobre la tal mujer desconocida, luego posó la boca abierta en donde palpitaba una vena y succionó con fuerza. Sabía que le dejaría marca, pero en ese momento, poco le importó. Su cerebro había sido totalmente dominado por su pene y este lo guiaba a dejarse llevar por las sensaciones maravillosas que lo poblaban, unas que no recordaba haber vivenciado jamás.

Will deslizó sus labios sobre los suyos con una agresividad que lo dejó sin aliento, subió la mano por su pecho y le pellizcó una tetilla, haciendo que gimiera dentro de su boca. Luego subió por su cuerpo hasta que enlazó las muñecas a su nuca.

Conectaron la mirada y palabras no dichas se transmitieron, unas que

hicieron dudar a Andy sobre si proseguir o no. Pero cuando la boca de Will volvió a esclavizar la suya, esa vez, con una dulzura que lo desarmó, ya nada le importó, solo unirse a ella en esa locura.

Se permitió sumergirse en la ola de ardor que lo envolvió. Un manto de calma y arrebató pasional los cubrió al mismo tiempo. Ella le brindó una sonrisa que incitaba al pecado con aquellos ojos brillantes a juego y descendió por su cuerpo hasta tener la boca a la altura de su pene, el que pegó un salto de pura anticipación. El deseo más crudo lo consumía.

Sin embargo, la muy provocadora tan solo pasó la lengua por el interior de sus muslos, acercándose cada vez más, pero sin llegar al objetivo. Andy suspiró en cuanto ella se posicionó sobre sus testículos y los humedeció. Su pubis corcoveó y sus manos hormigueaban de las ansias por tomarla por la cabeza y obligarla a bajar sobre su erección. En cuanto esta se vio envuelta por una cálida suavidad, Andy dejó escapar un jadeo y el aire se le atoró en los pulmones. Ella descendía y ascendía sobre su miembro, recorría con su lengua la pequeña abertura superior, la vena que palpitaba a lo largo para luego engullirlo entero. Era una locura fuera de serie que lo hacía sentirse en un paraíso de sensaciones.

Observó el cabello cian a través de sus ojos entrecerrados. Posó una mano en la cabellera, tersa y fina, luminosa y brillante. Era una mujer que sacaba un él que nadie más conocía, Will lo tentaba de una manera que era indecible y lo provocaba de otra como ninguna había podido. Y no quería ir por el camino que sus pensamientos tomaban, no quería percatarse de lo que siempre había sentido por la hermana de su mejor amigo, la vecinita de junto, y que por la constante presencia de Stevie y sus recriminaciones lo habían hecho fijar su mirada en otra dirección y desoír a su corazón.

Ella alzó la mirada hacia él y las memorias de su hermano y que la que había sido la novia de este le practicaba sexo oral salieron disparadas de su mente y enterradas en el gran olvido por la lujuria que lo embargó.

La sonrisa que Will conjuró la iluminó de tal forma, como si la fuente

lumínica proviniera de su interior, y lo caldeó como al resguardo de una hoguera. Ella se lamió los labios y, con una expresión intensa y seductora, reptó sobre él. Will posicionó un codo a cada costado de su cara y sopló el mechón de cabello cian que le calló sobre los ojos.

Andy le deslizó la palma por la mejilla y con delicadeza la instó a bajar los labios sobre los suyos. Ella gimió dentro de su boca, la que le permitió abrir y que jugueteara en su interior con su lengua y que probara su sabor, el que él degustó a conciencia, despacio, sin apresurar ningún desenlace. Con aquel simple beso sintió como ella penetraba en sitios en él que ni recordaba que poseía, calentándolos y volviéndolos a la vida. Las partes necrosadas de su interior parecían volver a ser irrigadas, a ser recorridas por electricidad palpitante.

Mina se perdió en la boca de ese hombre, aquel que había ansiado desde que su gusto por los muchachos se había despertado y había posado su mirada en el mejor amigo de James, el hermano de Stevie y, por si eso no fuera poco, su vecino.

Cuando él pasó la mano por su rostro, ella ronroneó como un gatito y se fundió contra el cuerpo de Drew. Al poderlo ver sin ropa y examinarlo a sus anchas, había constatado que tenía un físico esbelto, con los músculos marcados, pero no era un hombre fornido como un propenso al fisicoculturismo, sino delgado. Un fino camino de vello oscuro adornaba su torso hasta arribar al que se arremolinaba en su pubis. El paisaje la dejó sin aliento, jamás de los jamases creyó que tendría a Drew bajo ella, desnudo y sobre una cama, a su merced.

Sabía que tener sexo con él sería un error. Un grave error, porque su corazón se aceleraba de una forma inaudita y su boca se secaba de anticipación, pero más que nada, por la oleada de emoción que la colmaba y la dejaba en carne viva. Conectó la vista con aquella tan clara que casi no parecía distinguirse el iris. Como ojos del color de las nubes, le gustó eso, nubes que podían volverse turbias como la de las tormentas o claras como las

cálidas de un día de verano. Sin embargo, esos ojos buscaban la perfección en otro lado, no en ella.

Mina conocía a Kamala, la mejor amiga de Barbs. Era una mujer muy femenina en comparación a sí misma, era delicada, con una risa apacible, vestía adecuadamente y sería lo que Andrew tanto parecía buscar en una novia. Además, era alta y con curvas y ni que hablar del tono oscuro de esa piel que relucía con la mínima luz presente. No era como ella, de un blanco casi traslúcido y con el físico de un muchachito poco desarrollado.

Sus caricias sobre el hombre se tornaron titubeantes. Su vulnerabilidad e inseguridades salieron a la luz, la envolvieron y dejaron a flor de piel.

—Hey, Will. —Las manos de Drew acunaron su rostro. Ella debió hacer algún movimiento o intento de retirarse, pero él no se lo permitió. Se sentó y presionó su pecho contra el suyo mientras delimitaba su barbilla con suaves besos que parecían arder como hierro candente sobre su piel y le deslizaba sus dedos por la espalda en una reconfortante caricia que parecía quemarla con las yemas.

Mina no soportó más y se zambulló en su abrazo, necesitaba ese calor que él le brindaba, esa seguridad que le faltaba. Lo apresó con sus brazos, como si de aquella forma pudiera mantenerlo para ella por el resto de la eternidad, pero Mina sabía mejor que nadie que Drew no estaba predestinado a estar a su lado.

—No tenemos que hacer nada, Will. Quizás te di esa impresión, pero...

Ella sacó la cabeza que había resguardado en la curvatura de su cuello y la sacudió de un lado al otro. Debían hacerlo, porque una vez que él estuviera con Kammy no habría otra oportunidad, y al menos, Mina quería recaudar todos los recuerdos con él que pudiera, cada beso, cada caricia y cada sensación sobre su piel y almacenarlos en una cajita del tesoro en su mente, donde ella pudiera ir y recuperarlos cada vez que lo necesitara.

Ante su negativa a detenerse, los labios masculinos poseyeron los suyos con una voracidad que la sorprendió. Sin embargo, en cuanto la tuvo bajo su

cuerpo, Drew cambió el beso a uno dulce que hacía que su estómago se retorciera ante la expectativa de lo que vendría. Otras emociones que no quería tener presentes en ese instante pugnaron por salir a la luz, pero Mina las sepultó en su interior.

Los dedos de sus pies se retrajeron ante la humedad que cubrió uno de sus pezones mientras una mano acunaba su otro pecho. Sus muslos se separaron en el momento que unos dedos se escabulleron y comenzaron a tironear apenas y hacer trazos invisibles sobre los vellos en su pubis.

El aliento se le escapó y tuvo que trabajar para conseguir aire. Las yemas invasoras jugueteaban con los labios de su sexo y la tentaban al igual que ella había hecho con él, luego pasaron a frotar el pequeño capullo oculto y ella creyó estallar en millones de estrellas. Sus caderas corcovaron y él aprovechó la distracción para penetrarla con uno de sus dedos. La única respuesta que escapó de ella fue un jadeo que fue arrancado de su interior más profundo.

Will envolvió las piernas a las caderas de Drew y enterró las uñas en su espalda.

—¡Mierda! —rugió él.

—¿Eh? —Ella alzó la vista para posarla en el hombre que la llevaba al borde del precipicio para luego pausar su encantamiento y permitirle calmarse, para después arremeter de nuevo y dejarla vibrante a los pies de la caída libre.

—Estoy tan al límite, perversa Will, que si no estoy dentro de ti en medio segundo, creo que me derramaré como un adolescente antes de perder la virginidad.

Ella respondió apartando sus muslos aún más y contempló como la mirada masculina se ennegrecía al posarla sobre su sexo, húmedo y necesitado. Drew se pasó una lengua por los labios, la tomó por la barbilla con fuerza para estampar su boca contra la suya, demandante y arrolladora.

Le sostuvo los muslos y la embistió con suavidad, permitiéndole

acostumbrarse a su invasión o, más bien, la convertía en una torturante e insuficiente a la vez. Necesitaba más, que arremetiera como si no hubiera un mañana.

Así que lo instó con los pies sobre su culo a que no la tratara con tanta delicadeza, pero Drew se negó a dejarse manejar. Pasó las manos bajo su espalda y la envolvió en un abrazo mientras su boca tomaba la suya y se deslizaba con suavidad dentro de ella.

—Drew... —suplicó en cuanto le dio la posibilidad, pero la acalló con sus labios.

No obstante, Drew aceleró las arremetidas y ella salía con sus caderas a su encuentro. Se apresó a él, como si temiera que las sensaciones que la embargaran la hicieran levitar del lecho. Era sublime, algo tan fuera de ese mundo, que esperaba que el recuerdo le durara por el resto de sus días.

Los jadeos de él contra su oído eran una música que atesoraría de por vida. La unidad que conformaban, las gotas de sudor hacían que sus cuerpos se deslizaran uno contra el otro, era algo que no experimentaría jamás con otro ser. Esa pertenencia le era tan fuerte, pero sabía que era unidireccional. Sin embargo, no permitió que ese hecho le agriara el corazón.

Mordisqueó la barbilla áspera y ancló sus uñas a los hombros poderosos. Se deleitó con la vista del hombre que tenía sobre ella, su expresión bañada por la excitación y el placer que Mina le brindaba, y cuando lo vio culminar, dos segundos después que ella, sabía que esa imagen había quedado impregnada en su retina por siempre.

Se derrumbó sobre ella y Mina se deleitó con aquella sensación, adoró sentir el peso masculino encima de su cuerpo, clavándola al colchón. Cuando se deslizó a su lado, extrañó su calor y el sentirse envuelta.

Las respiraciones tardaron en tranquilizarse.

Drew se pasó un brazo por los ojos y Mina supo que todo había terminado. El bello manto que los había resguardado del mundo exterior se había evaporado y la realidad se había abierto paso entre ellos.

## Capítulo 16

Se miró al espejo de detrás de la puerta del placar del cuarto de Stevie y decidió que estaba bien. Se había puesto una camiseta de rayas blancas y negras con un cuello redondo amplio que dejaba a la vista su clavícula, un cárdigan negro y un jean del mismo color.

La noche anterior había hecho el amor con Will por horas. Habían disfrutado en cada posición posible, sin dejar recoveco de sus cuerpos sin explorar. Y, en ese instante, debía pagar las consecuencias, estaba exhausto y como si cada fuerza de su cuerpo hubiera sido drenada.

Por el reflejo vio entrar a Nick y se volteó al tiempo que el pelilargo se dejaba caer en su cama de costado. Se acomodó sobre un codo y descansó la cabeza en su mano.

—¿Dónde te fuiste anoche, encanto? —Andy frunció el ceño sin desviar la mirada del espejo—. Vine a buscarte aquí y no te encontré. Quería...

—¿Querías? —preguntó para que continuara a la par que se volteaba hacia su amigo.

Nick se enderezó en el lecho hasta quedar en una posición sentada. Las mejillas se le ruborizaron y desvió la mirada a un costado.

—Brian quiere ir a la casa de sus padres y contarles sobre nosotros — comentó despacio como si tal cosa, sin darle la dimensión que Andy sabía que tenía.

—¡Al fin! Ya era hora, Nick. —Se sentó junto a su amigo y le pasó el

brazo por los hombros—. Estoy muy contento por ustedes.

—Gracias. Pero no me has respondido, encanto. ¿Dónde estuviste anoche? Sabes como mi imaginación vuela y no sé por qué una joven con cabello cian viene a mi mente al pensar dónde te habías metido.

Andy dio un par de palmadas en la rodilla de Nick.

—Se nos hace tarde. Ve a buscar a tu novio y vayamos a esa cena.

En cuanto James apareció con una encantadora joven de tez del color del ébano, de sonrisa recatada y curvas sutiles, Andy supo al instante que se trataba de Kamala, la joven que su amigo quería presentarle. Tomó la mano que se le ofrecía en la suya y le dio un beso en la mejilla. El rostro de la mujer se ruborizó al completo y su mirada, de un negro profundo, brilló. Vestía de forma femenina con un vestido en un tono crema que se ceñía a su figura hasta las caderas y luego caía en una falda amplia hasta arriba de las rodillas. No llevaba exceso de accesorios, solo unos pendientes con algo de brillo y una pulsera a juego. Su voz era sedosa; su risa, agradable y contagiosa, y parecía ser una mujer apacible, simpática, se podría decir que adorable. Era perfecta. Parecía cumplir cada uno de los requisitos que él había puesto en su búsqueda de la novia ideal. No obstante, su ritmo cardíaco no sufría ningún cambio en su presencia, tampoco sus terminaciones nerviosas se veían alteradas ni sus emociones embrolladas y sacudidas como en una coctelera.

Nada. No le sucedía nada al tenerla frente a él. Tal vez, solo necesitaba tiempo y distanciarse de la que sí hacía que su interior se viera perturbado de tal manera que no conseguía ni siquiera una hora de sueño sin que ella poblara su mente.

La velada era tranquila, una cena en la que estaban la familia cercana de James y sus amigos más íntimos junto con los de su prometida. Había tratado de mantenerse alejado de la joven con cabello cian, pero en cuanto pasó junto

a la escalera que llevaba a la planta alta, de pronto, alguien apareció por detrás de él y lo empujó dentro del espacio debajo de la escalera reservado para los abrigos. La puerta se cerró tras ellos y una boca asaltó la suya.

Apenas lograba respirar.

—¿Will, qué mierda? —jadeó en cuanto ella le dio oportunidad.

—¿Qué piensas de tu cita? Es preciosa, ¿cierto? —Lo arrinconó hacia una esquina del reducido espacio con tapados cayendo sobre ellos y en plena oscuridad. Empuñó su cabello hasta obligarlo a reclinar su cabeza—. Es todo lo que esperabas...

—Sí —gimió cuando ella pellizcó su cuello con los dientes.

—Hermosa... —continuó mientras le degustaba la línea de su clavícula.

—Sí.

—Tierna...

—Sí.

—Pero... no es quién hace que tu sangre hierva, ¿cierto?

—No, no lo es. No, no lo es, Will. —La aferró por los glúteos, por debajo de la falda corta y vaporosa del vestido estilo gótico que traía puesto, y sintió su piel desnuda, tersa y erizada. De un brinco, ella enlazó las piernas a su cadera y Andy los volteó hasta que la espalda femenina quedó contra la pared—. Maldita seas, Wilhelmina. No sabes cuánto quisiera que Kammy...

—Pero soy yo y no ella la que te pone así, Drew.

Siempre se había pensado como un hombre con gran autocontrol, pero solo con volver a tener cerca a Will y tantos años de mantenerse alejado hicieron que este se evaporara en un instante. No se veía capaz de reprimir el deseo que ella le generaba y mucho menos no actuar en consecuencia. La quería abierta y preparada para él.

—Y lo odio, Will.

Un sollozo escapó de ella, pero no retrocedió, arremetió con la lengua dentro de su boca y lo dominó como si ataduras invisibles lo mantuvieran aferrado a la joven.

—Cuando te tengo así —mencionó tanteando el cierre de su pantalón para luego abrirlo y sacar su erección—, no voy a cuestionar tantos años de rechazo, Drew.

Andy no lo pudo evitar y la estrujó contra su cuerpo. El deleite que sintió al tenerla abierta a él fue tan excitante como tambaleante. La noche anterior había visto su glorioso cuerpo y sentido su piel, tersa y blanquecina. Había dejado de lado quién era ella y lo que había prometido años atrás a Stevie, antes de que falleciera.

Al igual que elegía olvidar en ese momento todo ese pasado que los envolvía y teñía de oscuridad cualquier relación que pudieran tener, por más temporaria que pudiera ser.

Los pezones endurecidos como dos pequeñas perlas se le incrustaban en su pecho, la sostuvo con una sola mano bajo su culo y la otra se escabulló entre sus cuerpos. Palpó entre las piernas femeninas, arrancándole un gemido que ella soltó en su oído, y un escalofrío lo recorrió en toda su columna vertebral. Apartó la delicada ropa interior, deslizó un dedo por la entrada del físico femenino y se deleitó con los estremecimientos que la convulsionaban contra él.

—¿Aquí, en medio de la fiesta de compromiso?

Ante la falta de respuesta, pero una mirada cargada de significado, él se supo vencido, pero al mismo tiempo triunfante.

¡Quién dijera que tener sexo parados era fácil era un total fabulador! Ella le pesaba y le costaba sostenerla y maniobrar. Además, las mangas de los malditos abrigos se le caían sobre el rostro, la cabeza. Pero nada de eso le importaba, solo la fémina enfebrecida que se movía pegada a él.

Le encantaba contemplar cómo la enloquecía con sus dedos bien enterrados en ella y como Will trataba de contener los sonidos que salían de sus labios sin lograrlo del todo.

—Pervertida Will, tienes que ser más silenciosa que anoche —susurró en su oído.

—Prometo serlo, romántico Drew —susurró en un jadeo.

Andy circundó con una yema su clítoris y ella se sacudió como si hubiera recibido un choque eléctrico al tiempo que dejaba escapar un gemido estrangulado que intentó contener infructuosamente.

—Y rápidos —agregó él con voz contenida.

—Oh, esto terminará en dos segundos por mi parte —aseguró ella sin aliento.

Lo tenía aferrado con sus dedos hundidos en su cuello cabelludo que parecían querer penetrar su cráneo.

Andy posicionó la frente sobre la de ella y trato de recuperar su respiración.

—Yo creo que ni perduraré al entrar en ti.

—Rápidos y silenciosos —murmuró con una sonrisa que a él se le antojó la más seductora del mundo entero.

La sostuvo por ambos glúteos y ella tanteó en su entrepierna. No sin cierta dificultad, Will guio su pene dentro de su sexo y este lo envolvió como seda húmeda y cálida. Ambos soltaron un gemido largo y profundo mientras comenzaban un lento vaivén y se anclaban uno al cuerpo del otro.

Quizás fuera el estar encerrados en un espacio tan reducido, tal vez la oscuridad o los jadeos contenidos, pero nada lo había preparado para el tsunami emocional que lo golpeó en cuanto ambos llegaron a la culminación.

Andy la descendió y ella se deslizó con lentitud por su cuerpo, como una segunda piel, hasta que sus pies tocaron el suelo. Él la tomó por la cintura y se deleitó al ella descansar contra él. Se la sentía relajada, al igual que lo estaba él, como si nada en el mundo pudiera dañarlos.

¿Qué demonios hacía encerrado en un armario con Wilhelmina Spencer? Cerró los ojos con fuerza e instó a su mente a no dar curso a los pensamientos que amenazaban con desatarse. Sabía que solo terminaría en recriminaciones y en culpa, y más recriminaciones y más culpa.

—Deberíamos regresar antes de que noten nuestra ausencia —mencionó

Will con sentido común, con el rostro en su pecho.

Algo se apoderó de él en ese instante, como una sensación de pérdida inminente. Enterró la mano en la cabellera cian y esclavizó esa boca con la suya. Ella no forcejeó ante la invasión de su lengua, sino que se abrió a él como una flor al sol y se ancló a sus hombros. El beso fue desesperado e insatisfactorio, necesitaban más el uno del otro, quizás, el no tener un cartel de sentenciados colgados sobre sus cabezas. Pero lo estaban, porque todo era un error. Ese deseo que sentían solo los haría sufrir, tenían un pasado donde una persona importante para ambos había fallecido, y eso los condenaba aún más, sino a ella, al menos sí a él.

Cerró la puerta de su cuarto y pegó la frente a la placa de madera. Kammy era perfecta para Drew. Había contemplado como la mujer caía rendida a los pies del creativo y sabía que la maestra lo conquistaría.

Mina no se engañaría, lo único que había entre ellos era buen sexo, no importaba que ella le hubiera entregado su corazón a los catorce años y que él jamás se lo hubiera devuelto.

En algún momento durante su adolescencia, los ojos con los que miraba al hermano de su mejor amigo habían cambiado. Y Andrew Morgan se había convertido en el protagonista de todas sus fantasías y sueños de una chica que se abriría al amor.

No obstante, aunque ella había reunido el valor para confesarle lo que sentía por él, Drew la había rechazado una y otra vez. Había comenzado a tratarla con frialdad y hasta parecía asqueado cada vez que se hallaban en la misma estancia.

Y lo que empeoraba todo aún más era que Stevie también había cambiado la forma en la que la veía a ella. Ya no quería el título de «mejor amigo», sino que aspiraba al de novio. Parecía que era la misma situación que la de ella y Drew, pero a la inversa. Con Stevie, era ella la que trataba de frenar sus

avances amorosos. Stevie se había tornado muy insistente, hasta el punto en que parecía violentarse cada vez que ella le daba un «no» como respuesta.

Mina lo quería, sí, y mucho, solo que como un amigo, hasta como un hermano inclusive, pero jamás podría verlo como lo que él tanto anhelaba. No tenía esos sentimientos hacia él en su corazón, sino que todos estos estaban reservados para el mayor de los hermanos Morgan.

El hombre con el que se acostaba y que nunca dejó de poblar sus deseos e ilusiones más profundos. El que había fijado sus ojos tan claros como las nubes y turbios como tormentas en esa joven perfecta, de cabello azabache con cada hebra en el lugar correspondiente, tan femenina al vestir que la hacía verse a ella como un camionero de ruta.

Sin proponérselo ni pudiendo evitarlo, las malditas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Si tan solo pudiera haber correspondido los sentimientos de Stevie, todo hubiera resultado más fácil. Quizás hasta estaría allí con ella y no seis metros bajo tierra.

¡Mierda que lo extrañaba! A pesar de las rispideces del último año que vivió, él siempre había sido su persona favorita, el chico con el que podía contar para lo que fuera, con quien se había metido en infinidad de líos y había hecho las más tremendas travesuras de niños. Steven Morgan había sido su compañero, pero no la clase que a él le hubiera gustado. Todavía se culpaba sobre lo sucedido esa última noche y se cuestionaba sobre lo accidental de los acontecimientos y su parte en todo ello, como una masoquista.

En algún momento de sus pensamientos y rememoraciones, se había dejado caer de espaldas sobre su cama, las lágrimas se precipitaban por sus mejillas de manera lenta y pausada.

Solo había un Morgan que hacía que su corazón se saltara un latido al contemplarlo, que su sangre se espesara y su boca se secara. Un solo hombre le provocaba esas malditas mariposas en el vientre y empañaba a cualquier otro que se le acercara.

El único que nunca la miraría con aquellos ojos teñidos de la misma emoción que ella contenía desde hacía tantos años en su interior, a la que le impedía dar rienda suelta y la mantenía apresada con siete candados y cadenas.

## Capítulo 17

Nick y Brian habían preferido retozar en su propia cama, en la de él. O al menos algo así interpretó del gruñido que le dedicó el abogado cuando les preguntó si querían acompañarlo por la pequeña ciudad al entreabrir apenas la puerta. No quería volver a ver demasiada piel de esos dos nunca más por el resto de su vida.

Por lo que le había dicho Nick, en unos días se irían a San Luis para que Brian hablara con sus padres. Estaban aguardando la llegada de Fred y su novia Phil, quienes pasarían unos días en Sweet Home y que, en ese momento, disfrutaban de unas pequeñas vacaciones en Los Ángeles.

Deambulaba por la calle principal, contempló los autos que iban para una y otra dirección, los transeúntes que caminaban por su misma acera y por la de enfrente, los negocios que seguían siendo los mismos desde siempre. Nada había cambiado en Sweet Home, nada atestiguaba que Stevie ya no existiera. La ciudad había continuado su curso como si nada. Una mano invisible le estrujó el corazón, un dolor punzante y profundo irrumpió en medio de su pecho. No era justo.

Se detenía cada tantos pasos para observar alguna que otra tienda que había sido renovada en su ausencia, cuando tras la puerta de una mercería salió Kammy. Andy se quedó mudo por unos segundos, algo muy raro en él y que solo parecía ocurrirle con Will, sin embargo, no sabía bien cómo proceder ante la mujer. Era algo así como la joven con la que tendría una cita,

pero él no había dado ni un paso en esa dirección. No podía negar que era preciosa con su piel de ébano, sus ojos oscuros, pómulos altos y cuerpo escultural. Sin embargo, su corazón ni se daba por enterado de la belleza que tenía delante y sabía por experiencia que, aunque forzara la situación, el latir que tanto ansiaba nunca ocurriría. Ya le había sucedido con Ange y casi arruinaba la relación de amistad que tenían por anhelar algo más.

—Hola, Andrew —lo saludó con aquella voz tan aterciopelada que le provocó un enfado sin igual el que ni siquiera su pene diera un pequeño tirón al oírla, era la sensualidad en estado puro.

—Puedes llamarme Andy, Kammy. Todos así lo hacen.

—Menos Mina, ¿cierto?

Parpadeó ante el comentario. ¿Qué demonios? ¿Por qué tenía que nombrarla justo en ese instante? Con solo denominarla, su corazón comenzó un violento latir y cada terminación nerviosa de su cuerpo vibró. Maldijo por dentro, aunque esperaba que su expresión no delatara el remolino emocional al que era sometido.

—Es una pulla que viene de años —argumentó para llenar el tenso vacío —, pero no le des importante. ¿Qué hacías? —Él llevó sus ojos por detrás de ella y Kammy se volteó hacia la puerta vidriada de la tienda.

—Compraba unos hilos para satisfacer mi *hobby* de la costura.

—¿Te gusta coser?

Kammy se encogió de hombros y le brindó una cándida sonrisa. ¿Acaso había un pasatiempo más femenino? Ouch, eso le sonó sexista hasta para sus oídos mentales. Era solo que, si la comparaba con una mujer que hacía esculturas de chatarra con una soldadora, lo que realizaba la joven morena era en extremo delicado.

—Sí, me encanta dar vida a mis propias creaciones. Es solo una diversión, mi verdadera pasión es trabajar con niños.

—Cierto —asintió y recordó—, por eso eres maestra de primaria.

—Exacto. —Ella le brindó una sonrisa tan amplia que debería haberle

provocado fuegos artificiales, haber hecho el día más luminoso a pesar del sol pleno, pero nada de eso sucedió. Tan solo fue una sonrisa, nada más—. Es tan maravilloso iniciarlos en el camino de descubrirse a sí mismos.

Una mujer les pidió permiso para salir por la misma puerta que lo había hecho Kammy, por lo que se apartaron de la entrada y caminaron, uno junto al otro, por la acera.

—¿Andy, te gustaría que tomáramos un café?

—Claro.

Entraron en una linda cafetería a un par de calles de allí, estuvieron durante una buena hora en la que charlaron sobre varios temas. Fue un momento agradable, pero no pasó de eso. No hubo chispas y, mucho menos, explosiones. Ya ni sabía por qué las esperaba. Desde que había salido con Ange, a quien Andy consideraba la mujer ideal que cumplía con todas sus expectativas y que tampoco las había provocado, había decidido ya no buscar la mujer que lo impactara. Se negaba a avanzar con ninguna que no encendiera una pequeña llama en él al menos.

Mina alzaba y volvía a hundir los pies en el lago, sentada en el muelle de madera, mientras contemplaba las libélulas volar sobre el agua y escuchaba por los auriculares *Wasted years*, de Iron Maiden. El sol le bañaba el rostro y esa calidez la llenaba de paz hasta que sintió que alguien caminaba hacia ella a su espalda. Reclinó la cabeza hacia atrás y vio a Drew acercándose con el entrecejo fruncido.

No dijo nada, tan solo permaneció con la mirada fija en él. Drew tampoco soltó palabra. Se detuvo junto a ella con los brazos en jarra y la vista perdida a lo lejos. Luego él dejó escapar un largo suspiro y se sentó a su lado, con las piernas cruzadas sobre el muelle. Mina se desprendió de los auriculares conectados a su móvil y presionó la imagen de pausa en la pantalla. Estuvieron por unos buenos diez minutos en silencio, viendo como aquellos

insectos revoloteaban sobre el lago.

Otra vez se topaban. Estaba segura de que él no tenía intención de encontrarse con ella, es decir, que no la había buscado. Solo que por esas cosas del destino, ambos habían ido a ese sitio que tanto le había gustado a Stevie. Un pequeño edén escondido tras un amplio bosque y al que se llegaba por un camino que se había formado de un modo salvaje de tanto andar, aunque ya casi había desaparecido al no estar más los jóvenes que tanto lo transitaban.

Parecía que ella necesitaría contratar a alguien, como había hecho Keiji en el manga *Akai ito no Shikkou Yuuyo*, para que cortara el hilo rojo que los unía. ¿Podría Mina evadir su destino como pretendía Keiji? Ella no sabía cuál era su porvenir, solo que si tenían un cordón que los mantenía topándose uno con el otro, este no tenía la intención de unir sus futuros, eso era un imposible, no hacía falta que nadie se lo indicara.

Quizás fuera como Kamisawa de *Kanawanu Koi no Musubikata*, quien cortaba el hilo rojo que unía los destinos de las personas, pero quien nunca conseguía ver el propio.

—Me topé con Kammy hace un rato —comentó, de pronto, Drew, lo que captó su atención y la sacó de su ensimismamiento—. Tomamos un café y conversamos un poco.

Dolor, fuerte, profundo en su pecho. Cerró los ojos con fuerza por unos segundos. «Solo respira», se dijo en su mente. Ni una sola palabra salió de sus labios. ¿Qué podía decirle? ¿Que Kammy era su mujer ideal, de la que tanto él hablaba y parecía inalcanzable? Pues no lo era. Esa mujer existía y vivía justo allí, en Sweet Home.

Así como Kawisawa, Mina podía distinguir la hebra del meñique del hombre al que amaba atado al de otra mujer.

Mina subió los pies al muelle, pegó las rodillas a su pecho, las abrazó y apoyó la barbilla sobre estas. El silencio retornó con más furia que antes y perduró por unos cuantos minutos. Ella clavó la mirada en las libélulas y rogó

por la calma que siempre le habían otorgado a su amigo con ese baile en el aire.

—¿Sabes tus padres sobre tu exhibición? —preguntó Drew, otra vez sorprendiéndola con el tema que tocaba.

—No. —Tardó en responder, no sabía si hacerlo o no.

—¿Por qué se los ocultas?

Ella gruñó por dentro. No quería hablar de la maestra, pero tampoco de sus padres y de que, aunque eran adorables, nunca llegaban a comprenderla por más que lo intentaran.

—No valoran mi trabajo. Para ellos solo moldeo basura.

—Básicamente, es lo que haces —afirmó, pero sin dejar de cinismo, tan solo establecía un hecho. Tenía razón, era lo que ella hacía, pero eso no lo convertía en menos arte que cualquier otra expresión como la pintura o la escultura clásica—. Claro que eso no implica que no sea un arte. —Mina parpadeó al Drew verbalizar su mismo pensamiento—. No cualquiera puede hacer una obra que proviene de la chatarra, es como una mariposa tras la oruga o el ave fénix que renace de sus cenizas.

Posó la mirada en las libélulas que revoloteaban sobre el agua y sonrió. Había pasado horas con Stevie viéndolas sobrevolar la superficie húmeda.

—¿Sabes lo que simboliza la libélula? —demandó ante la ola de nostalgia que la invadió. Lo extrañaba tanto. El tenerlo sentado junto a ella, tan cerca que sus brazos se tocaban, mientras miraban a los insectos y hablaban sobre sus planes para cuando dejaran su pequeña ciudad.

—¿Hmmm? ¿Tu tatuaje?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Además, el insecto en sí con su vuelo. Es el ir más allá y comprender lo más profundo, el conocimiento interno de cada uno y el crecimiento emocional que otorga la madurez. —No le informó sobre que también estaba asociado a la diosa nórdica y germánica Freyja, a la que se le rezaba para tener felicidad en el amor. Tal vez debería invocarla y que la sacara del

enamoramiento que ese hombre había vertido sobre ella.

Drew desvió la mirada para posarla en aquellos bichos que batían sus alas tan rápido que casi era imposible verlas, como unas hadas salidas de un cuento de James Barrie, con aquella iridiscencia que desprendía miles de colores al ser advertidas por la luz del sol.

—Le encantaban a Stevie —susurró Drew con la misma emoción reflejada en su rostro que ella sentía por dentro. Ambos lo habían amado, quizás no como a él le hubiera gustado, pero así había sido. Y lo extrañaban tanto que evitaban pisar su ciudad natal siempre que podían.

—Sí —concordó Mina.

—¿Por eso el tatuaje?

Mina se encogió de hombros y continuó deleitándose con aquel volar disparejo en miles de direcciones que las hacían parecer frágiles y poderosas a la vez. Unas ninfas que parecían sucumbir ante el resplandor del lago, para en el último momento en que sus alas se mojarían, subir tan rápido que uno no sabía si había sido atrapada por las fauces de un monstruo marino o no.

—Tal vez. Quizás necesitaba llevarme a Stevie conmigo cuando me fui de aquí.

## Capítulo 18

Andy aventó la puerta de entrada de la casa de sus padres.

¿Qué mierda había querido decir Will con llevarse a Stevie con ella? ¡Malditas fueran las libélulas y él mismo por ir a ese sitio! Todo el embrollo con esa joven de cabello cian lo traía en carne viva y sentía como si traicionara la memoria de su hermano. Por eso mismo había querido conectar con Stevie, razón por la que se dirigió al muelle escondido tras el bosque, el sitio preferido de su hermano en Sweet Home. Solo que no contaba con hallar a Will allí, ni que ella le contara qué significado se escondía tras su tatuaje en su cadera.

—Hey. —Nick apareció delante de él, todavía estaba apostado en el vestíbulo de entrada—. ¿Estás bien? —Andy asintió, aunque notó que la mirada melosa de Nick no se había convencido del todo—. Brian y yo estábamos pensando en ya tomar el camino hacia San Luis.

Andy se percató de la inseguridad que bañaba las facciones de su mejor amigo.

—¿Por qué no esperan? Ya lo has hecho hasta ahora, podrían quedarse hasta que lleguen Fred y Phil, como tenías planeado, y pasar unos días los cinco juntos, conocer el pueblo un poco más a fondo, si es que logran salir de la cama.

—¡Hey! —protestó el pelilargo.

—La fiesta del cuatro de julio es...

Nick alzó la palma en alto para interrumpirlo y desvió la mirada como si sintiera vergüenza. Y Andy lo contempló, parecía pequeño, vulnerable, necesitado de un fuerte abrazo y que alguien le dijera: «todo irá bien». Y esa persona debía ser él, su mejor amigo.

—Eso me gustaría —aseguró Nick—. Pasar tiempo contigo y Fred, sentirme un poco más...

Andy era un maldito egoísta. No hacía la sugerencia por Nick, sino por él mismo. No estaba preparado para quedarse solo con la tentación de su maldita vecina, la escurridiza que se metía por su ventana por las noches y lo seducía a revolcarse en la más cruda pasión. Hasta en ese instante, ni siquiera se centraba en las palabras de su amigo, sino en sí mismo.

—¿Sentirte cómo? —preguntó con sumo interés en lo que ocurría por dentro de la mente y del corazón de Nick.

—Ay, encanto —soltó un largo suspiro y fijo su mirada de incertidumbre en él—, ¿qué pasa si los padres de Brian le dan la espalda? ¿Y si lo obligan a elegir? ¿Si me escoge a mí o si los escoge a ellos? Como sea, sería horrible, Brian me odiaría por siempre.

Andy ni siquiera lo pensó. Rodeó al pelilargo entre sus brazos y lo estrechó contra su cuerpo tan fuerte que debió haberle cortado el aire.

—Todo irá bien, Nick. Él te ama y tú lo amas, es lo importante. Lo demás se solucionará a su tiempo.

—Hablaré con Brian para quedarnos unos días antes de ir a enfrentar a sus padres. Mark y Alex ya saben que tardaremos en regresar y me han dado su visto bueno. —Se acomodó unos mechones de su cabello que llevaba suelto tras una de sus orejas.

—¿Y cómo no hacerlo con el paso gigante que darán? Vamos, en unas horas recogeremos a Fred y Phil, nos contarán de su pequeña luna de miel y visitaremos los lindos sitios que hay aquí. Así también dejan de usar mi cama como escenario de una película pornográfica.

—Creo que actuamos una serie entera, encanto —bromeó Nick, o al menos

Andy esperaba que estuviera bromeando.

—Ohuy, no me pongas esa imagen en la mente. —Cerró los ojos y se frotó ambas sienes—. ¡Ay!, tarde, ya entró y no quiere irse. Vamos, ve a buscar a ese novio tuyo y demos una vuelta por el pueblo hasta que llegue nuestro pelirrojo amigo.

Entraron a la cafetería sobre la calle principal y los tres tomaron asiento en una mesa en medio del establecimiento. Era un negocio que aún perduraba su estilo antiguo, que hasta se podría describir como *vintage* con las mesas y sillas de madera de otra época. Cuadros de personajes famosos que habían parado a tomar algo en el sitio, pocos, adornaban una de las paredes y una planta estilo palmera de maceta estaba ubicada en un rincón.

En cuanto Andy alzó la mirada, le pareció ver un borrón de color cian y unos ojos oscuros fijos en los suyos.

—¡Mierda! —masculló. Allí iba su resolución de mantenerse alejado de la joven. No había transcurrido ni veinticuatro horas y ya se volvía a topar con ella, como si el destino los quisiera unir a como diera lugar, sin importar su falta de elección en el tema.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brian, volteándose para ver qué es lo que miraba Andy—. Ah, es la mujer que me toqueteó en la cama —comentó con voz grave y poco entusiasta.

—Vamos, bebé. Olvídalo ya —pidió Nick y le pasó un brazo por los hombros a su novio para estamparle un beso en la mejilla—. Además, la chica tiene el objetivo puesto en otro sitio.

Andy desvió la vista hacia su amigo, con furia apenas contenida, y le disparó dardos invisibles con los ojos, a lo que el pelilargo tan solo le sonrió.

Will se acercó a ellos con ese andar lento, quizás hasta un poco titubeante, pero que hacía que sus caderas se mecieran de un lado al otro y que Andy se tentara de tomarla por estas y penetrarla de una sola embestida. Sacudió su

cabeza para quitarse la repentina y excitante imagen de la mente.

—Hola, encanto. ¿Por qué no tomas asiento? —invitó el pelilargo a la joven que él trataba de mantener lo más apartada que pudiera de su persona—. Tenemos un lugar libre.

Más dardos fueron disparados por Andy, pero Nick parecía no darse por enterado. ¿Qué mierda quería conseguir? ¿Por qué hacía caso omiso de cada mensaje que le enviaba con la mente? Sabía que no podían comunicarse telepáticamente, pero Andy no era idiota, Nick le comprendía cada expresión y mirada sin necesidad de palabras de por medio.

La joven se acomodó en la silla junto a él, con un vaso descartable de café en su mano y una bolsa de papel madera en la otra.

—Vine por unos bocadillos —mencionó, alzando un tanto la bolsa—. Ustedes, ¿qué hacen?

—Andy nos muestra los alrededores y esperamos a que lleguen unos amigos —contestó Nick para luego darle un sorbo a su taza de loza, dado que ellos no habían ordenado para llevar como parecía que sí había hecho Will.

—¿Y a dónde los has llevado, Drew? —preguntó ella con evidente interés y sin dejo de malicia.

—Cómo me fascina que lo llames así, Mina —argumentó Nick, emplazó los codos en la mesa y se inclinó sobre esta para acercarse más a la joven frente a él—. Es como si fuera algo especial para ustedes, ¿cierto, bebé?

—Eso parece —comentó Brian con la boca llena del panecillo que comía y quien abrió ampliamente los ojos en cuanto lo incluyeron en la conversación—. Solo tú lo llamas así, y solo él te dice Will. Un pacto romántico.

—Ah, y no olvides lo de la perversa y el romántico —agregó su novio, y clavó los ojos en Andy con una sonrisa de lo más irónica.

—No sé nada sobre eso, bebé —replicó Brian, y Andy se estaba cansando de la conversación que mantenía la pareja sobre ellos—. Tendrás que informarme al respecto.

—Ahora que lo pienso, no me han contado mucho tampoco. ¿Por qué se

denominan así, encantos?

—Eh... pues... —balbuceó Will con las mejillas teñidas de un rojo intenso que resaltaba más el tinte de su cabello.

—Porque ella es una perversa y yo, un romántico, Nick —la rescató sin entender la razón, tendría que haber dejado que ella lidiara con eso.

—La combinación perfecta diría yo —continuó Nick con aquella sonrisa plasmada en el rostro, una que Andy conocía demasiado bien, pero que, en ese momento, sentía ganas de borrarla de una bofetada.

—Ya detente —gruñó.

Más tarde, los tres pasearon por la calle principal con Will anexada. No había habido forma de desprenderse de ella, y no porque la joven se adhiriera a ellos, sino porque Nick no se lo había permitido. El pelilargo la había tomado del brazo y no la había soltado en todo el recorrido, charlaba y le contaba anécdotas sobre él, lo que ponía a Andy cada vez más irritable.

Brian y él iban por detrás de ellos. El abogado le dio un par de palmadas por detrás del hombro ante la enésima vez que bufó.

—Estás perdido, Andy —comentó Brian con una mueca un tanto sardónica—. Nick está en modo casamentero *on*.

—Cállate, Brian —masculló.

Iban a entrar en la heladería más antigua de Sweet Home cuando, de nuevo, volvía a toparse con Kamala. La maestra venía del lado contrario hacia ellos, ataviada con un hermoso vestido claro que marcaba cada curva de su cuerpo. Nada. No sentía nada al contemplarla. Ni siquiera cuando ella le dedicó una sonrisa con sus labios rellenos y los ojos negros como la noche brillaron al verlo. Nada.

Mina no podía creer su mala fortuna. Primero se topaba con Drew cuando pretendía evitarlo hasta que pasara la fiesta del cuatro de julio y, en ese instante, se encontraban con la preciosa de Kammy, con su tez oscura

iluminada por el sol de la tarde y esa boca roja que parecía incitar a ser besada.

Cuando Mina había entrado en la adolescencia odió su figura plana, sin redondeces que marcaran su cintura y destacaran su pecho y caderas. Había tardado en aceptarse tal cual era, pero, desde que James le había presentado a Kammy a Drew, las inseguridades y el enfado por ser poco favorecida por la madre naturaleza habían regresado.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y pasó la punta de su bota estilo militar por una irregularidad de la baldosa en la acera. Le simpatizaba la mujer, al menos, así había sido hasta que a su hermano se le metió en la cabeza emparejarla con Drew.

Una vez que la joven maestra se despidió, entraron en el local que aún mantenía la decoración original de unos cincuenta años atrás como solía ser en Sweet Home, donde parecía que el paso del tiempo no se había hecho notar.

Se sorprendió cuando una mano la tomó por el codo para acompañarla dentro y más aún cuando descubrió que esa mano pertenecía a Andrew.

—¿Qué haces? —le cuestionó por lo bajo y acercando la boca al oído masculino.

—¿Con qué? —masculló él.

—Esto. —Ella bajó la mirada hacia la mano que la aferraba—. ¿Qué es lo que haces? —Mina tiró de su brazo—. Dejaste bien clara las cosas entre nosotros. Solo sexo, ¿cierto? La que tiene pasta para algo más es Kamala, y lo bien que haces. Ella es perfecta.

Los dedos presionaron sobre su codo y luego la soltaron de golpe.

—Tienes razón. Ella es la ideal y tú, la pervertida —gruñó por lo bajo para que solo ella pudiera oírla.

Nicholas se debió de haber dado cuenta del intercambio y del enfado que los asaltaba tanto a ella como a Drew.

—Ven, amor. —Le pasó un brazo por los hombros y la pegó a su costado

—. Andy siempre ha visto más que los demás en algunas cuestiones, pero parece que no es igual cuando tiene que distinguirlo en sí mismo.

Se dirigieron al mostrador para elegir los sabores que ordenarían y Nick permaneció junto a ella, y parecía que Brian había tenido la misión de quedarse con Drew, como si ellos estuvieran en esquinas opuestas de un ring de boxeo.

Por suerte, luego se distrajeron con la llegada de Fred y su novia Phil desde Los Ángeles en un automóvil alquilado. Tenían planeado pasar unos días en la casa de los Morgan hasta que volvieran junto a Drew a Manhattan.

—Aquí está la pareja enamorada —anunció Nick en cuanto un pelirrojo y una joven rubia ingresaron en la heladería, Mina suponía que serían Fred y Phil.

—Nick, mi amigo, qué sorpresa encontrarlos aquí a ti y a Brian —comentó el hombre que parecía un guerrero escoces al envolver en un fuerte abrazo al pelilargo.

—Larga historia —acotó el abogado en cuanto le estrechó la mano.

—Ay, mi hermano, ¿cómo estás? —preguntó a Drew antes de tomarlo por detrás de la nuca y pegar la mejilla a la del castaño.

Oh, otra escena confusa entre Drew con otro hombre. Podía comprender por qué sus padres habían confundido su orientación sexual, y quizás si ella no hubiera intimado con él, también lo hubiera hecho. Drew tendía a ser muy demostrativo con sus amigos y no solo con las palabras, sino que, se percataba, de una manera física, brindando besos y abrazos a sus amigos sin importar lo que los demás pudieran pensar. Y a ella eso le encantaba, ese cariño que él emanaba por todos. Aunque menos por ella.

—Bien —contestó Drew, pero hasta ella se percató de que no era cierto.

Fred lo tomó por la barbilla y lo miró de un lado y otro del rostro, para luego encogerse de hombros.

La joven rubia fue encerrada en un abrazo de oso por Nick y después Brian le brindó un beso en la mejilla con una amplia sonrisa. Al abogado parecía

agradarle la mujer.

—¿Y a quién tenemos aquí? —preguntó el pelirrojo—. Veo una pareja —indicó a Nick y Brian con un ademán de su mano—. Y supongo que esta dulzura completa al único hombre que estaría solo —finalizó al apuntar a Drew.

—No te equiv... —comenzó Nick con la diversión bañando su rostro.

—No —interrumpió Drew, hosco y con el ceño fruncido.

—Wilhlemina —se presentó y tendió su palma, la que fue envuelta por las dos manos de Fred a la vez que le dedicaba una sonrisa cálida. Le cayó bien al instante.

—Un gusto, Wilhelmina.

—Me dicen Mina.

—Para Andy es Will, su forma especial de llamarla —intercedió Nick, y ella no comprendía la razón de que fuera tan importante de cómo lo denominaba.

—¡Nick! —lo amonestó Drew.

El pelilargo hizo un gesto de burla.

Al tomar asiento de nuevo en la mesa que habían ocupado antes de los recién llegados, Mina entabló conversación con Phil y al instante se generó una amistad entre ellas. a pesar de sus aspectos tan dispares; la florista portaba vestido rosado que le daba una apariencia inocente, en cambio, Mina iba en sus jeans rasgados y chaqueta de cuero negro, como una motera.

Los seis charlaron sobre las mini vacaciones de Fred y Phil, y también cómo se festejaba el cuatro de julio en Sweet Home, la fiesta en el parque Sankey, las bandas locales que tocaban, los productores de cerveza con sus stands y los restaurantes que ofrecían comida en sus *trucks*. Solo que el hablar de ese sitio, que para ingresar había que pasar por aquel maldito puente cubierto, había hecho que un nudo se le alojara en la garganta y que los ojos se le empañaran. Y no importaba cuan cubierta de lágrimas estuviera su mirada, esta no hacía más que desviarse hacia Andrew, como si el hombre

fuera un maldito faro, y descubrir la misma angustia y nostalgia en sus ojos color de las nubes.

## Capítulo 19

Mina subió los pies al muelle, húmedos de haber estado metidos en el agua, y se arrebujó en su abrigo tejido de color celeste mientras mantenía la vista en el sol que se despedía por el horizonte. Se estremeció al sentir a alguien extendido detrás de ella. Se desprendió los auriculares por donde escuchaba la música de Metallica en su tema *Jump in the fire* a un volumen tal que pretendía acallar sus pensamientos, sin lograrlo realmente.

—Está fresco —mencionó Drew. Ella no contestó, posó su barbilla sobre sus rodillas como si él no hubiera hablado—. Se avecina una tormenta, Will —continuó él al alzar el rostro al cielo, y ella contempló cada línea de su cara con anhelo y, al mismo tiempo, con cierta agonía. Hacía horas que habían vuelto de la heladería y sus caminos se habían separado hasta entonces.

—Vete entonces. —Ante la brisa que revoloteó sus cabellos teñidos de cian, se removió y apretujó aún más sus brazos alrededor de sus rodillas.

Drew suspiró con profundidad y se sentó a su lado. Observaron en silencio las libélulas que sobrevolaban el agua y desafiaban a la ventisca repentina.

Una lágrima se derramó por su mejilla al ver a esos bichos que tanto habían fascinado a Stevie. Apoyó el rostro sobre las rodillas dobladas y se sorprendió al sentir una mano masajearle detrás del cuello. Desvió la mirada a la clara y comprendió que estaban en una burbuja, en la que establecían una especie de tregua temporaria.

—A veces me pregunto cuándo el tiempo obrará su cometido y lo hará

todo más fácil. Es lo único para lo que está, para que las heridas sanen.

—No creo que alguna vez cicatricen, Drew. En algunas ocasiones me engaño, pienso que ya han comenzado a cerrar, pero vuelvo a Sweet Home y descubro que no es así.

—No eres a la única a la que las agujas del reloj han estafado. Cada vez que regreso siento que mi pecho se abre y sangra como nueve años atrás.

Unas solitarias gotas comenzaron a caer sobre ellos, tan espaciadas que no ameritaba que huyeran del lugar, aunque sí que prepararan su partida, sin embargo, ninguno de ellos se elevó.

A pesar de todas las disparidades y los motivos que los apartaban, había algo que los unía, y eso era el mismo dolor hacia la pérdida de una persona que tan importante había sido en sus vidas.

Uno junto al otro, contemplaron aquellos insectos hipnóticos revolotear sobre el agua, y sin pretenderlo o quizás sí, sus dedos se buscaron sobre la madera antigua y sin mantenimiento del muelle y se entrelazaron entre sí.

—¿Por qué demonios tenías que decirle que viniera, Nick? —preguntó con tono hosco mientras caminaban por la acera de la calle principal del pueblo.

—Me agrada la chica, encanto —respondió Nick con su carisma habitual, aquel que hacía que hombres y mujeres se enamoraran de él por igual.

—¿Ustedes dos de qué hablan? —Fred se les colgó desde atrás, quedando en medio de ambos.

Andy sonrió. Había extrañado a Fred en los últimos días. Siempre había tenido una conexión instantánea con Nick, quien era como su hermano, pero en las pasadas semanas, con todo lo ocurrido con el parto de Sam y la posterior internación de ella y su bebé, se habían acercado como nunca antes.

—De la joven con el cabello cian —comentó Nick con un chasquido de la lengua y haciendo un ademán con la barbilla a la mujer que iba unos metros por delante de ellos.

—¡Ah, Mina! —La voz de Fred encerraba tal ilusión que los nervios de Andy crepitaron. Ya tenía un casamentero, no necesitaba otro—. Me gusta, Andy, y mucho.

—Tu ya tienes a Phil —gruñó como si no entendiera a qué se refería.

—No para mí, idiota —se carcajeó el pelirrojo—. Para ti. Es tu mujer perfecta.

—Está bien lejos de serlo —masculló cada vez más enfadado con sus amigos. Metió las manos en los bolsillos de su cárdigan negro y tensó los hombros—. James me presentó a una joven que es ideal.

Eso lo dejó a Fred en silencio y con el ceño fruncido. Debía concederle que el tono en que ofreció la información no había sido muy alegre, sino más bien como si estuviera condenado a la horca.

—Es cierto, Kamala es preciosa —concedió Nick con una seriedad inusitada—, pero no es la mujer adecuada para ti, encanto.

—¿La conoces? —preguntó Fred.

—Oh, sí. Es una joven de color, con un físico estupendo y una voz y sonrisa encantadoras. Es maestra de escuela primaria y viste de forma muy femenina —relató Nick como si enlistara cada una de las cualidades de la mujer.

Kammy era una fémina que haría que cualquier hombre volteara a verla y que cayera a sus pies de inmediato, pero a él no le provocaba reacción alguna.

—No es la adecuada para ti, Andy —afirmó Fred con una seguridad que lo sorprendió—. Necesitas a alguien que te saque de tu eje, que te tambalee, no que te deje estático, y esa es Mina, tu Will —puntualizó, presionándole el hombro con intención.

—Hey, no lo acaparen, que fue mío primero —bromeó James, y tomó a Andy por las manos para, luego, aferrarlo contra su costado con un brazo por la cintura—. Estoy celoso. Traes a todos estos amigos y me dejas solo.

—¡Qué idiota! —bromeó Andy y le propinó un falso golpe en el hombro.

Se subieron a dos automóviles. James, Barbs y Will en uno, y Andy, Brian, Nick, Fred y Phil en otro. Se dirigían a Yellowbottom Creek. El día era precioso, con un sol radiante y caluroso como para un buen chapuzón en esas piscinas obras de la madre naturaleza que caracterizaban al lugar.

Caminaron por uno de los tantos caminos que cruzaban el bosque del sitio recreacional hasta que arribaron a un lugar dispuesto para picnics, cerca del estanque natural conformado por rocas y agua cristalina de color esmeralda.

Dispusieron una gran manta sobre la mesa de picnic de madera y colocaron los diversos *tuppers* con sándwiches entre otras cositas que habían preparado Crissy y Agatha para sus hijos y sus amigos.

—Vaya, sus madres son las mejores —dijo Fred al ver el gran banquete que se desplegaba ante sus ojos, y Mina notó la nostalgia en la expresión del pelirrojo. Algo sucedía entre el hombre y el amor materno, pero no tenían la suficiente confianza como para mencionar algo al respecto.

—Ay, zorrito, tú y tu estómago —le susurró Phil al oído con una sonrisa y una brillantez en la mirada clara que evidenciaba el amor que le profesaba al hombre.

Mina sonrió ante el intercambio de la pareja y, cuando alzó la mirada, se topó con una tan clara como las nubes. La corriente eléctrica que la recorrió fue inmediata e inesperada, como un choque de un rayo directo en su columna.

Hizo caso omiso a la turbación y se centró en la conversación a lo largo de la mesa y en disfrutar de los sándwiches que su madre y la señora Morgan habían confeccionado.

Al ser de Sweet Home, no era la primera vez que Mina paseaba por Yellowbottom, pero sí en la que concurría con Drew. Cuando ella era adolescente, se sumaba a toda salida con él y su hermano en la que se lo permitieran, pero después de un tiempo, Drew se había puesto rígido en que ella no se les uniera.

Claro que Mina siempre había hecho oídos sordos a las indicaciones y

órdenes que no congeniaban con sus pretensiones, por lo que había aparecido de improviso en los sitios que ellos estaban o se había metido en la habitación de Drew sin permiso alguno, ganándose unos cuantos gritos del entonces muchacho.

Cuando Fred preguntó quién cuidaba a las niñas de Drew, Mina paró la oreja. Quería saber más de quiénes se trataba, dado que el castaño no había querido comentarle nada en el viaje en automóvil que habían realizado juntos.

—Xavier se encarga —informó Nick mientras masticaba una porción de su sándwich—. Le aclaré bien que tus gatas no comen balanceado y le expliqué la dieta que llevan.

¿Gatas? ¿Andrew tenía mascotas en Manhattan? Contempló con atención al hombre que le gustaban las novelas y canciones románticas y que, encima, tenía felinos como compañía. Sin poder detenerlo, una calidez se le expandió por dentro y contuvo la respiración como para cortar la oleada de amor que arrasó con ella, pero no tuvo éxito alguno.

—¿Y estás tan relajado? Aún recuerdo lo tenso que estabas de que yo me hiciera cargo de ellas —comentó Fred con cierto deje sardónico o quizás era en tono de broma, Mina no lograba precisarlo.

—¡Vamos, Fred! —intercedió Nick—. Xavier es ultra responsable, ese hombre nació maduro y lo sabes.

—Buen punto —asintió el pelirrojo con aire pensativo y dio un sorbo a su botella de gaseosa—. ¿Y tú cómo es que conseguiste estos días libres? —cuestionó a Nick, quien miró algo turbado a su novio junto a él.

—Es que... —El pelilargo sonrió y se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Brian le pasó un brazo por los hombros y los estrujó contra su costado.

—Hablaremos con mis padres después de estar aquí —confesó el abogado—. Ya es hora.

Salvo por la conversación que mantenían Barbs con James, el silencio reinó en la mesa y Mina se percató de que allí había una historia. La comezón

que sentía por dentro por saber de qué se trataba era inmensa, como a un niño que se le dice que no debe tocar esa puerta con llave y en lo único que puede pensar es en abrirla.

—¿No vas a decir nada? Hasta Andy se quedó sin palabras en cuanto se lo mencioné —argumentó Nick con una pequeña risa.

—Es solo que... —la emoción en las palabras del pelirrojo era evidente.

Drew se aclaró la garganta.

—Estamos felices por ustedes —acotó el castaño con voz contenida—. Lamento confesar que creí, Brian, que nunca tendrías los testículos bien puestos como para hacerlo.

—Oh, gracias por el voto de confianza, Andy —repuso el abogado con ironía.

—Te lo di cuando me propinaste aquel golpe, pero luego lo fui perdiendo con el tiempo.

¿Brian había golpeado a Drew? Posó los ojos en el abogado y este, al percatarse de su observación, se encogió de hombros y le sonrió.

—No fuiste el único —susurró Nick, y la mirada azulina de Brian se empañó. El abogado lo encerró en un abrazo y permanecieron uno en los brazos del otro, hablando entre susurros por varios minutos.

Phil le sonrió desde el otro lado de la mesa. No había hablado demasiado con la joven rubia, pero desde el primer saludo le había simpatizado y presentía que una inminente amistad se formaba con ella.

Después de una buena sobremesa, alguien sugirió que exploraran el estanque.

En seguida unas exclamaciones de entusiasmo se hicieron oír y, pronto, tanto hombres como mujeres se alzaron para deshacerse de sus ropas y quedar en traje de baño.

En cuanto las libélulas que revoloteaban por la cadera de Will quedaron expuestas al bajarse el short de *jean* que traía puesto, Andy tuvo el anhelo de pasar la lengua por cada uno de esos insectos voladores. Y al quitarse la

camiseta, se quedó sin aliento. Traía puesto un minúsculo bikini de color negro que lo puso a mil y solo quería lanzarle una toalla encima para que nadie más pudiera contemplarla.

La aferró de un brazo y la apartó un poco del grupo, con paso rápido.

—¿Qué mierda, Will? —masculló por lo bajo.

—¿Qué? —Ella tiro de su brazo y recuperó su libertad.

—¿Algo más diminuto no te podías poner? —argumentó al hacer un ademán con la mano desde sus hombros hasta sus pies—. Te deja todo a la vista.

Andy siguió la mirada femenina a sus pechos cubiertos por la tela negra y vio todo rojo. Sabía que se comportaba como un hombre de las cavernas, pero la imperiosa necesidad de cubrirla para que nadie más pudiera verla era una sorpresa hasta para él.

—¿De qué hablas? Apenas tengo algo que mostrar —exclamó ella con los brazos extendidos.

La tenía a la distancia de un suspiro y supo que, si no incluía unos cuantos metros entre ellos, su traje de baño dejaría en evidencia el deseo que lo recorría por dentro. Uno tan crudo e intenso que hacía vibrar cada terminación nerviosa de su piel. Abrió la mano, dedo a dedo, con una reticencia que lo asombró de la tensión a la que estaba sometido. Como también lo hizo el observar las marcas rojas que había dejado en el brazo de tez tan clara como la leche. Fijó la mirada en aquellas huellas oscuras y se maldijo por dentro por tratarla de forma tan bruta. Ella debió percatarse de su atención, porque las escondió con su propia mano. ¿Qué demonios le ocurría con Wilhelmina que perdía la cabeza?

—Will, yo...

—Romántico Drew —lo interrumpió antes de que pudiera disculparse—, no digas algo de lo que luego te arrepientas. Ya has mencionado la palabra error varias veces y por más que la repitas y la repitas, no me convencerás.

Ella desfiló junto a él y, de un salto, se zambulló en el estanque.

Andy permaneció con los brazos en jarra y el ceño fruncido cuando le pasaron un brazo por el frente del cuello en un abrazo y un torso se pegó a su espalda.

—Oye, esa chica hace maravillas contigo, monje —comentó Fred en un susurro en su oído.

—¡Basta, Fred! Y no sé de qué hablas —mintió, sabía a la perfección lo que esa joven obraba en él. Le generaba una excitación como nunca antes había disfrutado y, al mismo tiempo, lo sacaba de sus casillas como ninguna otra.

—Del fuego en tus ojos siempre risueños e imperturbables. Esa joven encendió la mecha y ahora no podrás apagarla así como así, viejo amigo. Te lo dice alguien que ya estuvo en tus zapatos.

Luego fue el pelirrojo el que con un grito se lanzó al agua al estilo bomba, sin darle oportunidad a brindarle contestación alguna. Y uno tras otro lo siguieron al saltar al estanque.

De pronto, Andy se sintió viejo para eso. La revolución emocional, el vilo en el que lo mantenía Wilhelmina, el dormir en la habitación de su hermano, el estar de nuevo en el pueblo... lo tenían agotado, como si su batería se hubiera descargado al completo.

Necesitaba volver a Manhattan, estar en su apartamento con sus niñas de nuevo, retornar a su estado original, sin mujer que perturbara su existencia.

## Capítulo 20

Ese día, Andy había planeado que visitaran el East Linn Museum. Solo que cuando todos estaban apostados en la entrada, el único que no avanzó fue él. Quedó relegado del grupo, sin embargo, pronto se percató de que no estaba solo. Alguien se detuvo a su lado, sin desviar la mirada de la entrada del museo situado en una vieja capilla.

—Yo tampoco puedo entrar. —Will se refregó los ojos con el dedo pulgar e índice de una mano—. No lo he vuelto a hacer desde que Stevie ya no está. Pasaba tanto tiempo dentro de ese lugar.

—Algo poco habitual para un adolescente, pero siempre supo lo que quiso y ser profesor de Historia era su sueño —susurró apenas conteniendo la oleada de nostalgia y angustia que le sobrevino por dentro.

De pronto, Will dio media vuelta y comenzó a caminar por la acera hacia la calle principal, alejándose del museo a paso rápido. Él no se lo pensó dos veces y fue tras ella. La atajó por el brazo y la frenó.

—¿A dónde vas?

—Esto no nos hace bien, Drew —argumentó al sacudir la cabeza a un lado y al otro. La tristeza bañaba sus facciones—. No podemos siempre tenerlo en medio.

—Stevie está...

—Y siempre estará aquí —mencionó al ponerle la mano sobre el pecho en el lugar del corazón y en el propio. Andy enlazó sus dedos con los que se

mantenían sobre él y le dio un breve apretón. Expulsó un largo suspiro y negó con la cabeza—. ¿Por qué no los llevamos a otro lado? Un sitio donde podamos divertirnos y no tener recuerdos amargos.

—¿Hollywood Ranch? —sugirió él, y fue testigo de cómo el rostro femenino se iluminó, y cuando amplió sus labios en una sonrisa, simplemente, resplandeció.

Will se frotó una palma con la otra.

—¡A perseguir trozos de madera petrificados! —exclamó con evidente entusiasmo.

—Ese es el espíritu —comentó y, sin percatarse, su mano se dirigió a la barbilla de la joven y sus dedos le brindaron una breve caricia.

Hollywood Ranch era un sitio donde se ubicaba la mayor cantidad de maderas petrificadas del noroeste.

Una vez en el rancho, tomaron varias cubetas, palas y picos, como, también, botellas de agua, y se cubrieron las cabezas con sombreros y la piel, con protector solar, puesto que en los pozos destinados para cavar no había nada con que cubrirse o guarecerse del sol. Esos hoyos profundos estaban desperdigados al azar por un terreno plano y algo rocoso, de tierra color rojiza.

Al poco rato de excavar, estaban todos embarrados, dado que en el fondo de los orificios naturales había unos cuantos centímetros de agua y, por ende, lodo.

Pero, a pesar de lo sucios que habían resultado, habían pasado una mañana maravillosa con caídas, resbalamientos, aunque repleta de risas y bromas. Y se habían llevado un tesoro en maderas convertidas en rocas que al mojarlas mostraban unos hermosos colores azulados y rojizos.

Andy no recordaba haberse divertido tanto en mucho tiempo y se había sorprendido de que Nick se le hubiera pegado en una ocasión. Casi suelta una carcajada cuando se percató de que el pelilargo estaba celoso de James, tanto como este último de él. Ambos eran sus mejores amigos, pero en diferentes

épocas. James siempre sería su mejor amigo de toda la vida, pero después de que Andy se había mudado a Manhattan, se distanciaron un poco.

No obstante, el vínculo con Nick era diferente en su totalidad. Habían formado un lazo entre ellos que era fuera de este mundo, como hermanos que no compartían ni una sola gota de sangre. No hizo falta que se conocieran desde niños, lo hacían por dentro, sus almas estaban conectadas a un nivel que no le era del todo comprensible ni le importaba analizarlo. Amaba al hombre y se alegraba con el paso que estaba a punto de dar junto a su novio.

Terminaron el día en la bodega Marks que tenía, desde el patio sobre una especie de colina, una vista preciosa del viñedo y ofrecía buena música y cena que incluía cata de vinos. Habían decidido cenar en la bodega y se les habían sumado los padres Morgan y Kamala, que, sin saber cómo, había aparecido de pronto. Andy suponía que por obra de James.

Degustaron unos cuantos varietales de ese líquido *bordeaux* más oscuro o más claro, asemejándose al color de la sangre, compuestos únicamente por una sola cepa de uva. El primero fue el *pinot noir* especiado, terroso y aroma a cerezas, para ser seguido por un merlot que estimulaba el paladar con sabores a ciruela madura, con un toque de chocolate negro y cuero; luego pasaron al tempranillo que les envolvió la nariz con clavo de olor y pimienta de Jamaica; y, por último, fue el turno del *viognier* que inundaba los sentidos con su tono dorado pálido y los aromas florales intensos y madreSelva, cítricos y durazno. También probaron algunos *blends* o vinos de corte, conformados por dos o más tipos de cepa de uva.

Andy, ya un poco achispado, miró a su costado. No tenía idea sobre qué hacer con la joven maestra sentada a su lado. Estaba preciosa con su vestido azul que marcaba cada una de sus curvas, sus mejillas relucían con un sutil rubor, sin embargo, no había ni palpitaciones ni sensaciones extrañas en su vientre y, mucho menos, más abajo en su anatomía.

Las conversaciones eran cruzadas y las risas fueron una constante durante la velada. Andy sentía cómo Kammy se inclinaba hacia él al hablarle y la

incomodidad y la tensión lo dominaron. Estaba harto de pasar por esas situaciones donde quería obligarse a sentir alguna emoción por la mujer que debería ser la ideal, pero que algo faltara y tuviera que explicar que no sentía lo que debía.

Sin embargo, en cuanto un hombre, quien se detenía a intercambiar unas palabras con los comensales en las pocas mesas, se acercó a ellos, fue el turno de Kammy de enderezarse en el asiento y adquirir una postura rígida.

—Buenas noches, soy River Marks, dueño de los viñedos y de la bodega Marks, espero que disfr... —La voz del hombre se perdió al posar la mirada en la morena, pero pronto logró recuperarse. Se aclaró la garganta y prosiguió —: Disculpen, espero que disfruten la velada y, ante cualquier consulta o inconveniente, no duden en buscarme.

El dueño, de un cabello rubio como el sol, intercambió un par de palabras más con James, sus padres, Brian y alguno que otro, para pronto abandonar su mesa. No obstante, a Andy no le pasó desapercibido que cuando se interrumpió había sido porque había notado la presencia de Kamala.

—Perdona, Kammy, ¿pero acaso conoces a ese sujeto? —preguntó para salirse de dudas al hacer un gesto con la barbilla hacia River, que continuaba ofreciendo su bienvenida a otros clientes.

La turbación en la joven fue evidente y su sonrojó casi lo hizo sonreír. Ah, por supuesto que lo conocía, y no solo eso, sino que ese hombre le provocaba lo que él no. Parecía que no era el único que se estaba obligando a algo que nunca sería, y eso fue un alivio.

—Es el padre de uno de mis alumnos.

—Oh... ¿casado? —aventuró Andy.

—¿Qué? No. —Kammy sacudió la cabeza y su cabello lacio y largo hasta pasado los hombros siguieron el movimiento, lo que lo hizo preguntarse si quizás tuviera el típico pelo rizado africano y se lo alisara—. Él y la madre de Jimmy estaban separados, pero, de todas formas, ella falleció a fines del año pasado. Por lo que el niño vive con él ahora y eso ha generado algunas

dificultades entre ellos.

Andy se giró del todo hacia la maestra, acomodó el codo sobre la mesa y la mejilla encima de su palma. Sonrió con ganas, esa era una situación en la que se sentía cómodo.

—Y te gusta —afirmó.

—No, claro que no. —La joven se ruborizó con intensidad y sus ojos brillaron.

—Oh, y mucho.

—Andrew —lo amonestó en silencio, y Andy pudo verla en modo maestra *on*.

Andy amplió su sonrisa y respiró con tranquilidad. No rompería ninguna ilusión cuando hablara con Kammy sobre la relación que nunca surgiría entre ellos. Y eso lo dejó en paz, por lo que pudo disfrutar el resto de la velada junto a la mujer.

## Capítulo 21

—**E**spera, hijo —pidió su padre cuando se disponía a subir las escaleras tras sus amigos, Nick y Brian, que se alojaban en su habitación, y Phil y Fred, en una improvisada en el estudio de su padre.

Los cuatro voltearon hacia él, pero con un ademán de su mano los instó a continuar. Estaban cansados después de pasar parte del día cavando y, más aún, con la cena que habían tenido en la bodega y la variedad de vinos que habían catado. Algo achispados también.

—¿Qué ocurre, papá? —Desanduvo sus pasos para acercarse al hombre mayor que se había detenido tras pasar la puerta de entrada.

—Tú madre y yo queremos tener unas palabras contigo. —La mujer asintió con los ojos, tan claros como los suyos, fijos en él, pero sin emitir palabra aún.

—Oh, eso suena tanto a que se viene una reprimenda —bromeó Andy para quitar un poco la tensión que sobrevino sobre ellos—. Espero que no tenga que ver con la invitación de Nick a unirse a nuestra familia.

—Ay, eso es mi culpa, Andy —confesó su madre mientras se quitaba su abrigo liviano y lo colgaba del perchero de pared, a un lado de la entrada junto al espejo—. Es que hablas tanto de él y hace tanto que no lo haces de una chica que supuse...

—Que salía con mi mejor amigo.

Las mejillas de su madre se convirtieron en dos tomates y él no pudo más

que sentir un gran amor por ella. Se aproximó y la rodeó con sus brazos para darle un beso sonoro en la coronilla de su cabeza.

—Mamá, amo lo que hiciste —habló sobre la cabeza de la mujer, sin desprender el abrazo—. El saber que me aceptarías tan abiertamente si fuera homosexual me llena de felicidad, pero no lo soy.

—Ya nos quedó claro —acotó su padre igual de avergonzado que su esposa. Tenía una sonrisa algo tirante esbozada en el rostro.

Andy alzó la vista a Hugh y se apartó de su madre para acercarse a él.

—No podía tener mejores padres.

—Gracias, hijo. —Lo palmeó detrás del hombro, un gesto bien masculino como era de esperar de Hugh Morgan. Era un hombre al que no se le daban muy bien las demostraciones de afecto, tan solo porque no había sido criado así al haber sido su abuelo un hombre estricto. Pero Andy sabía que era cariñoso y que amaba abrazarlo, solo que le costaba dar el primer paso—. Nosotros tampoco podíamos pedir un hijo más ideal. —Su padre se aclaró la voz y alzó los ojos de un tono más oscuro que los suyos a su rostro—. Comprendemos tu reticencia a volver a Sweet Home. Nunca lo hemos mencionado ni hablado desde...

—Papá...

—No, Andy —intercedió su madre—. Tenemos que hablar de Stevie, es algo que aprendí a lo largo de los años. No podemos mantenerlo apresado dentro nuestro, él debe encontrar la paz y para eso, primero debemos hacerlo nosotros.

Unas garras invisibles le estrujaban el corazón, sentía la opresión en su pecho y, a su vez, un nudo en la garganta que no le permitía hablar.

—Yo... me es difícil regresar.

—Lo sabemos, hijo. —Su padre le palmeó la cima de la cabeza, como a un niño pequeño, para luego envolverlo en un medio abrazo—. Y entendemos, no vamos a forzarte a visitarnos más seguido, solo que nos gustaría. No nos hacemos más jóvenes y eres nuestro único hijo.

Andy se fundió contra el costado de su papá. Era un adulto, pero en ocasiones como esas, necesitaba el sentirse contenido y resguardado por el gran hombre.

—Siempre lastimará que Stevie ya no esté, pero tú estás vivo, amor —continuó su madre con la voz cargada de emoción y notó que al borde de las lágrimas—. Y queremos ser parte de tu vida...

Él extendió un brazo y su madre se apresuró a unirse a padre e hijo en un abrazo familiar.

—Lo son.

—No, cariño, no es así. —Su madre apartó el rostro y sacudió la cabeza.

—Estás muy lejos y poco sabemos de tu vida —se lamentó su madre, y Andy desde hacía mucho no lo veía con aquella expresión de tristeza en su rostro apenas arrugado.

—No hay más que saber de lo que ya conocen. —Se encogió de hombros y dejó caer los brazos a su costado—. Trabajo en S&P...

—Sí, con tus amigos —finalizó su madre.

—Pero no puede ser tu vida eso solo —afirmó Hugh, elevando las cejas.

—No es lo único.

—Tampoco cuentan los juegos en línea, Andy —comentó su padre con cierta amonestación en la voz que casi le arranca una sonrisa, era el mismo tono que empleaba cuando era un adolescente y no quería bajar a cenar.

—No sé hacia dónde vamos, pero prometo tratar de venir más seguido. Quizás el estar ahora aquí me ayude a hacer el duelo sobre mi hermano.

—Eso espero, Andrew —concedió su padre con un asentimiento de la cabeza.

—No quiero perder a otro hijo y menos a uno que está vivo —susurró su madre apenas conteniendo las lágrimas.

Se abrazó a ella, la besó en la sien. Luego fue el turno de envolver a su padre entre sus brazos y se apretujó contra el hombre que era un tanto más ancho que él.

Una vez en el cuarto de Stevie, caminó de un lado al otro como león enjaulado. Le era difícil estar en esa casa, estar en Sweet Home, todo le recordaba a su hermano y a esa maldita noche en la que lo dejó ir. No podía respirar. El aire se resistía a entrar en sus pulmones. La desesperación parecía ceñirse sobre él. Era como si unas manos apretujaran su cuello hasta impedir el paso del oxígeno. Era demasiado.

Posó las manos en el marco de la ventana, con la respiración entrecortada, y miró más allá, a la otra de la casa de junto. ¿Estaría dormida? Tenía una sensación de que ella sería la bocanada que precisaba.

En cuanto vio movimiento en su ventana, dejó el manga a un costado y se alzó hasta quedar sentada en el lecho. Se quitó los auriculares a través de los que escuchaba *Future World*, de Helloween, mientras fijaba los ojos en el hombre que saltaba dentro de su habitación.

—¿Drew? —Podía ver su expresión devastada. Algo había ocurrido desde que habían regresado del viñedo. Arrugó el ceño al recordar lo cerca que el hombre había tenido su cabeza a la de Kamala durante toda la velada, las sonrisas compartidas que no hacían más que generarle un hervidero en las entrañas y unas ganas de aferrarlo y declararlo como propio.

Pero en esa ocasión, el que se extendía frente a ella no era el mismo hombre que un rato antes.

Sin embargo, cuando se disponía a decir algo, él hizo una carrera hacia ella y se zambulló contra su cuerpo. Los labios masculinos apresaron los suyos con desesperación y no le dieron tiempo a pronunciar palabra mientras la presionaba hacia el lecho. De todas formas, a medio segundo del beso, Mina se olvidó de todo y solo pudo dejarse caer en ese poso de pura pasión que los envolvió. Hundió las uñas en su espalda y se dejó sepultar en el colchón. Notaba la vulnerabilidad masculina a flor de piel y miles de preguntas intentaban sonar en su mente, pero las acalló a fin de no cortar el

encantamiento que había entre ellos.

—Necesito...

Drew sacudió la cabeza de un lado al otro. Mina le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a que sus ojos como dos nubes tan claras conectaran con los suyos.

—Necesitas, ¿qué?

—Respirar, Will. —Y acto seguido volvió a dominar sus labios con un empuje que la arrasó por dentro.

De pronto, las manos se chocaban al intentar quitarse las ropas uno al otro con una desesperación inaudita. Las bocas no se separaban en ningún momento, como si el estar unidos fuera imperante, y así lo sentía Mina. Lo que compartían era tan endeble que al mínimo viento parecía desaparecer y había tantas tempestades entre ellos que sabía que debía disfrutar hasta el mínimo segundo que estaba con Drew. Él era como arena entre las manos y ella parecía estar en medio de una ventisca.

Cuando esas manos la tomaron por las caderas, anclándolas, y él entró en ella, lo supo. Supo que no habría hogar como ese que consistía en esos brazos que la rodeaban. Andrew Morgan era ese refugio que tanto la resguardaba de las oscuridades que la habitaban, necesitaba de la luz que él le proporcionaba con sus caricias, sus besos, sus envites que la transportaban a esa subida como el arranque de una montaña rusa.

La ferocidad con la que Drew daba cada embestida era una que nunca había mostrado antes, ella se aferró a él y se acopló a sus movimientos frenéticos y a su propia desesperación por arribar a esa culminación, una tan ansiada como temida por cómo quedaría después.

Y en cuanto su goce fue tan grande que parecía explotar, hundió las uñas en la espalda masculina y el rostro en la curvatura del cuello de Drew para atemperar el grito que le surgió desde su garganta, dejándola en carne viva.

Él no la soltó, sino que bombeó con intensidad dos veces más hasta que tensó el cuello hacia atrás y gruñó como animal salvaje. Drew se derrumbó

sobre ella, y Mina podría haber protestado por verse aplastada, pero nada más distante de la realidad, dio la bienvenida al súbito peso que la apresó contra el colchón.

La respiración entrecortada contra su oído era como un bálsamo por más estúpido que pareciera, la calmaba de alguna forma. Enterró los dedos en el cabello castaño un tanto sudoroso en las sienes y mantuvo la cabeza de Drew pegada a la curvatura de su cuello. Ella también quería ser su lugar seguro, donde él pudiera perderse y esconderse de los fantasmas que lo perseguían, y más desde que había puesto un pie en Sweet Home.

Lo rodeó y lo mantuvo entre sus brazos hasta que las respiraciones se acompañaron y el sueño los reclamó.

## Capítulo 22

—**E**ncanto. —Nick apareció a su lado en la cocina.

Andy estaba sentado a la mesa con una taza de café en sus manos, fruto de los mimos de su madre, quien también le había dejado un gran plato de panqueques, algo que solo consumía en su hogar. La luz de la ventana a poca distancia le bañaba la mitad del rostro, haciendo que frunciera un poco el entrecejo y entrecerrara los ojos.

—Oh, al fin despiertas. —Alzó una mano frente al rostro de su amigo—. Ni quiero saber lo que te mantuvo sin dormir hasta altas horas, Nick.

—No pensaba decirte lo bien que me ha tratado Brian ayer por la noche.

—Oh, viejo, no cuentes intimidades, ¿quieres? Ya bastante que me han mostrado más piel de la necesaria en varias ocasiones.

Nick tomó una de las tazas disponibles sobre la mesada y se sirvió un poco del café ya listo. Luego apartó una de las sillas de la mesa y se acomodó junto a él. Sorbió un poco de ese brebaje oscuro.

—Hace mucho que no disfruto de un buen café —comentó el pelilargo y dio un largo suspiro.

—Desde que Sam llegó a nuestras vidas, este placer se nos fue restringido —añadió Andy mientras observaba el líquido oscuro dentro de su taza.

—Sí, pero no cambiaría a Sam por nada. —Hizo una pausa antes de continuar—: Encanto, sé que no es fácil para ti estar aquí. —Los ojos melosos buscaron los suyos—. Entiendo lo que te ocurre, la muerte de tu

hermano...

—Ya ha pasado bastante tiempo desde entonces —lo interrumpió, poniéndose en una postura defensiva.

—Sí, pero está muy presente para todos ustedes, para ti y para Will. Siento que me necesitas aquí contigo, pero... —extendió un brazo para posar la mano sobre el brazo de Andy— ya no puedo dilatar por más tiempo el desenlace con Brian. Debemos partir hacia San Luis.

Andy tomó un sorbo de la taza que contenía en ambas manos. Sentía el calor del líquido traspasar la porcelana y llegar a sus palmas, precisó ese ardor para tomar aire y sonreír a su mejor amigo, quién más era su hermano de la vida. Soltó la taza sobre la mesa y se estiró hacia Nick. Lo aferró por el cuello y lo atrajo hacia él para posicionar la frente contra la del pelilargo.

—Te quiero, Nick.

—Yo también, encanto —aclaró Nick y le apoyó la palma detrás del cuello.

Andy se separó y suspiró cuando la espalda le tocó el respaldo de la silla.

—Me parece muy bien que ya tomen el valor que hace falta para continuar su historia. Deben irse.

—No nos quedaremos a la fiesta mañana. Hemos decidido partir en un par de horas.

Andy asintió y volvió a rodear la taza con las manos para evitar anclarlas a los hombros del pelilargo y evitar que se marchara.

—Espero que después de ese viaje me entreguen una invitación —pronunció con voz ronca y cargada de emoción.

La mirada melosa se empañó. Nick se alzó de un movimiento rápido y buscó con los brazos al otro hombre. Lo elevó de un envión, lo estrelló contra su cuerpo y le dio un beso sonoro en la mejilla.

Andy se halló de pronto parado y apretujado contra Nick. Soltó una carcajada ante la demostración espontánea de afecto y le pasó las manos por la espalda.

—Todo irá bien, Nick. Se aman, y eso es lo importante.

—Hey, siempre me dejan fuera —dijo, de pronto, Fred, quien se apresuró a rodear a ambos hombres con sus brazos—. Ahora ya lo hemos remediado.

A las dos horas, Phil, Fred y Andy despedían a Brian y Nick con ojos húmedos y repartían abrazos y besos por doquier, como si temieran no volverse a ver. Todos sabían que sería un antes y un después en la vida de la pareja.

Nick se demoró un poco en soltar a Andy y, cuando se disponía a hacerlo, fue el castaño el que lo atrajo a un nuevo estrujón antes de permitirle partir.

El pelilargo se subió al automóvil mientras su novio lo hacía desde el otro lado y se acomodaba detrás del volante.

—¿Listo? —preguntó Brian al palmarle el muslo.

—Todo lo que puedo estar.

El abogado dejó escapar una risa un tanto tensa. Condujeron hasta el aeropuerto de Eugene y abordaron el avión hacia el internacional de Lambert, San Luis, en el estado de Misuri, donde vivían los padres de Brian. Al arribar, alquilaron un nuevo vehículo y emprendieron su camino hacia el hogar de los padres Sanders.

La casa de dos plantas construida en un estilo Gingerbread, único en San Luis que se caracterizaba por variedad de tonos de ladrillos y un gran foco en los detalles que conformaban castillos pequeños. Se trataba de una arquitectura típica posterior a la guerra civil.

Estacionaron el automóvil alquilado en la entrada. Se demoraron unos minutos en salir, en los que Nick presenció cómo Brian pasaba las palmas por sus muslos de forma algo nerviosa y que no hacía nada por calmar sus propias inseguridades.

Cuando descendieron, a Nick no le pasó desapercibido que Brian se mantenía a cierta distancia y evitó acercar sus manos al caminar uno al lado del otro por el camino de piedra hasta la entrada de la casa. Subieron los dos escalones uno a uno y el abogado presionó el timbre.

Una mujer bajita, con rasgos similares a Micaela, la hermana de Brian, apareció tras la pesada puerta de madera. Y compartía esos mismos ojos azules profundos que su hijo.

—¡Brian! —gritó la dama, y soltó la puerta para alcanzar el cuello de su primogénito.

—¡Mamá! —Él la envolvió en un fuerte abrazo que hizo que ella despegara los pies del suelo por unos cuantos centímetros.

—Tanto tiempo sin verte.

—Oh, ¿pero a quién tenemos por aquí? —exclamó un hombre mayor, quien Nick supuso que era el padre de su novio—. Ya ni recordábamos tu rostro, hijo.

—No seas exagerado, papá —rio Brian al soltar a su madre y dirigirse a su padre tras ella.

Luego de los saludos y un par de palabras, los ojos de los señores Sanders repararon en el hombre de cabello largo hasta los hombros que acompañaba a su hijo.

Brian se volteó y tendió la mano hacia el pelilargo.

—Mamá, papá, quiero presentarles a Nicholas Bale.

Los padres del abogado se aproximaron con una sonrisa cálida en el rostro. El hombre mayor ofreció su palma y la mujer le brindó un beso en la mejilla. Luego, se apartaron de la entrada para permitirles el ingreso al hogar familiar.

A Nick lo recibió un vestíbulo con piso de madera pulida y paredes en un tono crema claro.

—¿También eres abogado, Nicholas? —preguntó Joseph Sanders, el padre de Brian.

—Eh... no, no lo soy. Soy creativo publicitario.

—Oh, qué curioso. Hace mucho que Brian no trae un amigo a casa. ¿Eres de Manhattan? —quiso saber Myriam mientras los conducía a la sala de estar.

Brian se detuvo y lanzó tal suspiro que hizo que sus padres se frenaran en sus pasos y se voltearan hacia él con una expresión interrogante.

—Nick no es un amigo, mamá —informó el abogado con voz contenida.

—¿Ah, no? —preguntó la mujer con el ceño fruncido y la mirada clavada en el pelilargo.

—¿Y qué es? —cuestionó su padre en un tono que denotaba cierta desconfianza.

Brian paseó la mirada hasta conectar a la melosa y pudo constatar el temor en aquellos ojos que tanto había llegado a amar. Lo había defraudado tantas veces que entendía la incertidumbre en Nick, pero esa vez no lo haría. Le sonrió y otro gesto similar le fue enviado en respuesta, tendió su mano un tanto temblorosa y Nick la tomó en el acto.

Las miradas de sus padres se ampliaron y hasta un jadeo abandonó la boca de su madre.

—¿Qué significa esto, Brian? —espetó Myriam con un tono agudo a la par que daba unos pasos hacia él.

—Nick es mi... —Brian se aclaró la garganta—. Mi novio.

—¿Qué? —gritó su madre—. ¡No! ¡No! —exclamó, sacudiendo la cabeza de un lado al otro.

—¿Eso significa que eres *gay*? —quiso saber su padre con el ceño fruncido y el cuerpo en tensión—. ¿Desde cuándo?

Brian tan solo se encogió de hombros y desvió la mirada del hombre mayor.

De la garganta de su madre brotó una especie de grito estrangulado, dio media vuelta y escapó hacia la cocina.

Su padre se volteó hacia donde ella había desaparecido, con la boca abierta. La cerró y abrió varias veces, como si no supiera qué decir. Luego, se giró hacia su hijo con una mueca apenada. Se acercó a él, posó los ojos sobre el hombre que lo acompañaba, por un breve instante, pero pronto volvió a centrarse en Brian.

—Brian..., tu madre...

El abogado carraspeó.

—Lo esperaba, solo que no de ella... —confesó con una voz tan ronca que parecía haber lavado su garganta con una esponja de alambre.

—Oh, bueno. —Joe sonrió y palmeó a su hijo en la espalda—. No es una situación cómoda, no te lo voy a negar —su expresión se tornó seria—, pero eres mi muchacho, y —en ese momento fue el turno del hombre mayor de aclararse la garganta— te amo, Brian. ¿Qué tan serio es esto?

Nick retrocedió unos pasos y Brian lo atajó por la muñeca antes de que escapara del todo.

—Muy, papá. —Brian alzó la mano de su novio junto a la suya para que su padre pudiera ver los anillos a juego—. Con campanas repicando y todo, papá. Solo que no creí que mamá... —su voz se quebró y no consiguió finalizar la frase.

Un brazo lo sujetó por la cintura y sintió el cuerpo de Nick amoldarse a su costado, brindándole el apoyo que precisaba.

—Lo siento tanto, bebé —susurró en su oído, y el abogado sintió el calor que inundó su cuerpo, una intensidad emocional que lo envolvía y le brindaba la seguridad en cuanto a lo que sentía hacia el hombre a su lado—. No quería esto.

Brian le sujetó el rostro contra su cuello y se tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Su madre podía no aceptar el amor que sentía por ese hombre, pero Brian no estaba dispuesto a perderlo o a ocultarlo de nuevo.

—Te amo, Nick —murmuró.

—Yo también, bebé.

—¿Por qué no buscas a tu madre, Brian? —sugirió su padre después de unos cuantos minutos en que los tres permanecieron en un tenso silencio.

—¿Para qué, papá? —espetó con enfado—. ¿No crees que ha dejado en claro lo que piensa?

—Quizás te sorprenda —concedió Joseph—. Ella los ama a ti y a tu hermana más que a nada en este mundo, hijo. No te des por vencido con tu madre a la primera piedra en el camino. Esa mujer haría lo que fuera por ti.

—Brian, tu papá tiene razón —lo instó Nick—. Ve con ella y háblale.

—¿Si me rechaza? —susurró. El miedo lo atenazaba, no creía poder soportar que su madre le diera la espalda por amar a alguien, solo que no a la persona que ella desearía.

—Estaré aquí y lo volverás a intentar. Si te rechaza de nuevo, lo haremos otra vez hasta que alcances su corazón.

—Mañana vendrá tu hermana con Derek y el bebé a almorzar —comentó su padre despacio—. ¿Por qué no se unen? Quizás sea mejor darle una noche para poner todos los pensamientos en orden.

## Capítulo 23

Una vez dentro del modesto cuarto de hotel, un par de brazos lo aferraron por detrás con fuerza. Brian posó las manos en aquellas cruzadas por su abdomen.

—No quiero esto para ti, Brian. —La voz de Nick sonó amortiguada por tener el rostro escondido en la curvatura de su cuello, pero él logro distinguir la angustia que las teñía.

Brian se volteó dentro de los brazos de su novio y lo tomó por las mejillas para posar su mirada en aquella melosa.

—Pero yo sí quiero esto para ti, Nick. Quiero que avancemos, que cumplamos uno a uno cada paso que anhelamos.

—Una boda —musitó Nick con una sonrisa.

—Dos hijos. —Sonrió a su vez Brian.

—¿Dos?

—Sí, me gustaría que estuvieran acompañados, que vivieran ese compañerismo que tengo con Mica. —El hoyuelo apareció en la mejilla izquierda del pelilargo y Brian solo pensó en que no importaba lo que sucediera al día siguiente con su madre, él estaba donde debía y quería estar —. Te amo.

—Yo también, bebé.

Cuando su hermana fue la que abrió la puerta, el corazón de Brian se resquebrajó un tanto. Esperaba que, durante la noche, su madre pudiera haberse ablandado, pero parecía que no era así.

—Ven aquí —solicitó Micaela con los brazos abiertos, y Brian no lo pensó dos veces, se zambulló contra ella, entrando en el vestíbulo del hogar. Su hermana le pasó la mano por el cabello—. Ah, qué bello ser la que consuele por una vez. —Brian le pellizó el costado ante ese comentario bromista—. ¡Ay! Eso dolió —protestó la joven al soltarlo y frotarse la cadera.

—Pues cuida tus palabras, pecosa. —Hacía mucho, desde niños, que no se refería a su hermana de aquella manera.

—Deja que salude a ese encanto de novio tuyo. —Mica le estampó un beso en la mejilla a Nick.

—Hola, amor. Preciosa como siempre.

—Con unos cuantos kilos de más después del embarazo.

—Oh, pero suman a tu belleza —acotó Nick con una cálida sonrisa—, jamás pienses que restan. Eres una mamá resplandeciente, amor.

—Gracias, Mica. Por estar aquí. —Brian la atrajo a su costado y le dio un beso en la coronilla de la cabeza con cabellos un poco más oscuros que los suyos.

La joven se encogió de hombros.

—Vine al almuerzo del cuatro de julio.

—Sabes a qué me refiero. —Brian posó las manos sobre los hombros de su hermana y se inclinó para que sus miradas quedaran a la misma altura—. A estar para mí.

—Brian, a pesar de que eres un pesado... —bromeó y le dio un juguetón codazo en las costillas—, no puedo negar que siempre me has apoyado en cada paso que he dado, sin importar que pensaras que fuera una mala idea, te tenía allí junto a mí.

—¿Crees que... —carraspeó— que mamá...? —dijo mientras se adentraba

detrás de su hermana en la casa.

Ella volvió a encogerse de hombros y le dedicó una mirada de soslayo.

—Papá habló con ella por lo que sé. No puedo entender que sea justo ella la que esté en este estado. Mamá te ha consentido toda la vida.

—También pensé que papá sería el que se revelara —coincidió Brian con la cabeza gacha. Sentía que su cuerpo pesaba una tonelada desde el último encuentro con su madre.

—A veces los padres se oponen por un sentimiento bueno, Brian. Ten eso en cuenta —argumentó Nick al posarle una mano en el hombro y brindarle un ligero apretón.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que te hizo tu padre? —espetó el abogado con cierto dejo de furia.

No quería pensar en lo que había sufrido su novio cuando el hombre que debía haber sido el más importante en su vida le dio la espalda apenas se había enterado de su orientación sexual. Y temía que su madre estaba a punto de comportarse de igual manera, y eso le quebraba el corazón en miles de pedazos.

Nick se puso delante de él, interrumpiéndole el paso, y le acunó el rostro entre sus manos. Le dedicó una mirada tan contenedora que el interior de Brian gimió del amor que desprendían aquellos ojos melosos.

—Porque sé que no todos son una mierda como el mío, bebé. Por los dos minutos que vi a tu madre, pude notar que ella es una buena mujer y que te ama. Por eso es importante que se digan las verdades frente a frente.

Su cuñado salió a su encuentro en cuanto puso un pie en el *living* de la casa de sus padres. Pudo escuchar el silencio que reinó en la estancia y se percató de la parálisis de su madre, de su indecisión y del millar de emociones que bañaron su rostro.

—Chico, cuánto tiempo sin verte. —Derek le dio un medio abrazo y lo palmeó detrás del hombro mientras mantenía a su pequeño contra su pecho.

A pesar de que Derek era tan solo un par de años mayor que él, siempre lo

había tratado como a un infante, lo que generaba un trato un tanto crispado entre ellos. No obstante, Brian sabía que era puro acto, en el fondo ellos se apreciaban y contaba con su cuñado al completo.

—Derek. Hola, pequeñín, ¿extrañaste a tu tío? Nick, ven. —Brian le tendió la palma a su novio y le presentó a su sobrino.

El resplandor en la expresión del pelilargo fue como si un sol apareciera en la estancia. Brian solo pudo pensar: «ya está», junto a Nick tenía lo que siempre había anhelado y no lo había sabido.

Balbupearon como dos tontos mientras le hacían morisquetas y el bebé se reía a carcajadas.

Luego, Brian se volteó hacia la mujer que los observaba desde el otro lado de la mesa. Él dio un paso hacia ella, pero su madre volvió a huir hacia la cocina.

—¡Mamá! —La halló reclinada sobre la mesada, con las manos en puño sobre el granito. Él se detuvo a unos pasos tras ella—. ¿Por qué? Sé que es difícil de aceptar que tu hijo esté enamorado de un hombre, pero creí que me querías lo suficiente...

—¡Te amo más que a nada! —dijo al girarse, y Brian constató la ferocidad en sus facciones—. Pero ¿qué hay con los hijos?

—Nick y yo pensamos en adoptar. Sé que el que no sean de nuestra sangre quizás impida que los quieras...

—Claro que los querré. —Su madre sacudió la cabeza de un lado al otro con expresión de dolor—. Serán mis nietos por el solo hecho de que los críes como su padre.

—Entonces, no entiendo nada, mamá —espetó cada vez más desorientado y sin saber a qué atenerse ante las acciones de ella—. ¿Por qué me rechazas?

—Yo... no te rechazo. —Hizo una pausa en la que tomó aire de forma profunda, y, cuando una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de su madre, Brian sintió tal opresión en el pecho que dudó de que siguiera respirando—. Lo único en lo que puedo pensar es en lo que sufrirás, cómo las

personas te juzgarán, cómo te darán vuelta la cara, y no puedo soportar que sufras de esa manera, hijo. ¡No puedo!

—Mamá, no importa el rechazo del mundo entero —la tomó de las manos—, solo no estoy preparado para hacer frente al tuyo. Necesito que me ames como siempre, que estés para mí cuando me una a Nick.

—Temo por ti, Brian. ¿Qué pasará con tu carrera? ¿Tus amigos? —Ella presionó el agarre en sus manos con una fuerza que emanaba desesperación.

—La gente que realmente me quiera estará a mi lado y quien no, entonces no era una persona que valiera la pena tener en mi vida.

—Ay, hijo, te amo. Eso no cambiará por a quién ames. Solo no quiero que sufras.

La envolvió en sus brazos.

—Entonces, no me hieras más, mamá. No huyas de mí.

## Capítulo 24

—*¡Andyyyy!* —fue el grito que pegó Nick en cuanto contestó su llamada.

Andy se encontraba recostado en su propia cama con un brazo doblado tras su cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Oh, veo que todo ha salido bien.

—*¿Bien? Encanto, ha sido súper. Unos altibajos horribles, primero pensé que la madre de Brian lo negaría.* —La felicidad de su amigo era tan palpable en su voz que Andy no pudo evitar que un sentimiento igual se desparramara por su interior.

—*¿La madre? Creí que estaba más preocupado por la reacción de su padre.*

—*Su padre es un amor, Andy. Y...* —la voz de Nick se quebró y era evidente que ya no contenía las lágrimas—. *Me gustaría que estuvieras aquí.*

—Yo quisiera estar ahí contigo. —La nostalgia comenzaba a ganar terreno en su ser y la oscuridad parecía zamparlo entero.

—*Pero por una razón diferente, ¿cierto? ¿No quieres contarme qué sucede?*

—Nada y mucho al mismo tiempo, Nick. —Se pasó una mano por el rostro y se desacomodó los lentes, por los que volvió a establecerlos en su lugar sobre el puente de su nariz—. Estoy a la deriva y hoy será la fiesta en el parque del pueblo, y allí...

—*¿Qué sucede allí?*

—Más bien qué ocurrió. —Soltó un largo suspiro y se armó de una coraza

para poder relatar lo que siempre evitaba—. Para ingresar se pasa por el puente cubierto, una de las atracciones de Sweet Home. El mismo por el que mi hermano salió despedido con su automóvil hace nueve años y por lo que perdió la vida.

—*Oh, encanto. Podríamos haber esperado, ¿por qué no me dijiste nada?*

Se sentó en el borde del lecho y se sostuvo la frente con su palma.

—Estoy contento por ti, Nick, y no iba a retrasar tu felicidad.

—*Mi felicidad no es tal si tú estás triste al mismo tiempo.*

Andy sonrió ante el comentario de su mejor amigo. Cuánto amaba a Nick y cómo no concebía su vida sin él en esta.

—Es solo un poco. Estar en Sweet Home, ir al parque y... otras cosas no ayudan, pero ya pronto regresaré a Manhattan.

—*¿Esas otras cosas tienen que ver con cierta joven? No comprendo bien cuál es el tema con Wilhelmina. Sé que era la novia de tu hermano, pero la palabra «era» es fundamental en esa oración, encanto.*

—Debo irme ya. Pronto partiremos. —Se elevó del lecho y se acercó a la ventana para contemplar esa un poco más allá en la casa de junto.

—*No evadas el tema, Andrew.*

—Adiós, Nick. Te quiero, amigo, y estoy extremadamente feliz por ti.

Andy cortó la conversación. Amaba a Nick, pero no estaba listo para desvestir su alma frente al pelilargo y menos por teléfono. Más que nada, porque temía lo que encontrara con tal desnudez.

Necesitaba aclararse de una vez por todas o, más bien, sincerarse sobre lo que le ocurría con Will. No era idiota tampoco. No había tenido una revolución tal por ninguna mujer en tanto tiempo que no había que ser un genio para percatarse de los hechos.

No obstante, era doloroso. Dolía el defraudar a una persona que había sido tan importante para él, aunque Stevie ya no estuviera, era difícil no perseguir ser el hermano ideal que siempre vio en él.

—¿Listo?

Andy se volteó y aparecieron Phil, preciosa, con un vestido azulado con pequeños gatitos, y Fred, quien lo observaba con cierta picardía.

—Yo los veo abajo, chicos. Iré a ayudar a tu madre en lo que haga falta, Andy —comentó Phil antes de desaparecer por el corredor.

—Acabo de hablar con nuestro amigo.

—¿Cómo está? —preguntó Fred al aproximarse—. ¿Brian?

Andy se encogió de hombros y se volteó hacia la ventana de nuevo, dándole la espalda a su amigo.

—Parece que después de unos pocos golpes, todo ha salido bien.

—Me alegro por él. Pero Nick tiene a Brian, Andy. —Fred se acercó hasta tener la boca junto a su oído—. Y tú me tienes aquí, Andy. No tienes que ser el único que apoye a todo el mundo siempre, hombre. De vez en cuando hay que dejarse sostener.

—No sé a qué te refieres, pero veo que Nick y tú han hablado —gruñó y se escabulló para un costado, alejándose de Fred. Lo observaba con el ceño fruncido mientras la irritación le burbujeaba en su interior.

—¿Sobre ti? Algo. Eres nuestro amigo predilecto. —Lo tomó por detrás del cuello y lo pegó a su torso con fuerza, sin darle posibilidad de escape—. Mi hermano, Andy.

Dejó de forcejear. ¿Para qué? Si Fred era más fuerte y tenía más contextura física que él. Pero, además, se sentía bien el ser contenido por una vez para variar. Por lo que apoyó la frente en el hombro del pelirrojo y cerró los ojos.

—Creo que me enterré en un problema del que no sé cómo salir, Fred. No sé si quiero tampoco y eso me da más terror.

La gran mano de su amigo se posó sobre su cabeza que llevaba sin la gorra de hilo.

—Es una joven preciosa, única y que no cumple para nada lo que esperas de la pareja ideal —comentó el pelirrojo—. Y debo confesar que eso me encanta y la hace especial para ti.

—¿Qué hago con Stevie? —susurró apenas audible.

Fred lo tomó por los hombros y lo separó de su cuerpo con el rostro bañado en seriedad.

—¿Qué hay con él? Andy, él ya no respira y tú, sí —dijo, exasperado—. ¿Dónde está la falta? ¿Por qué tienes que seguir pagando? No tienes la culpa de su muerte.

Andy notó la presión que bullía en él.

—¿Cómo lo sabes? —bramó—. Nunca he comentado nada al respecto.

—Porque te conozco, viejo. —Fred volvió a tomarlo en sus brazos en un agarre de oso—. Eres el mejor hombre que existe y no importa lo que digas, sé quién eres mejor de lo que lo sabes tú.

—No digas tonterías, Fred.

Se desprendió del abrazo y salió de su habitación rumbo a la planta baja para encontrarse con Phil y sus padres, quienes debían estar esperándolos para ya partir.

En cuanto vio el puente cubierto en el parque Sankey, Andy detuvo su andar. Por suerte, sus padres se habían adelantado para ayudar con la organización, al igual que hacían algunas de las familias originarias del lugar, y, por ese motivo, no presenciaban el terror que invadía a su hijo.

—¿Estás bien? —La mano de Fred en su brazo era cálida, pronunciaba la gelidez de cada uno de sus miembros.

Veía la gente que sonreía y disfrutaba al estar en esa estructura de madera que todo turista en Sweet Home quería conocer y tomarle fotografías.

Hacia nueve años que no caminaba por ese puente y no sabía si estaba preparado para hacerlo. El agarre del pelirrojo se acentuó. Andy alzó la mirada a aquella marrón y la preocupación en esta ayudó a que su interior también se caldeara. Desvió la vista un poco más allá y se topó con la expresión de Phil y su sonrisa alentadora.

—Sí, lo estoy. Solo, no me sueltes, Fred.

—Claro, te tengo bien agarrado y así seguiré.

Phil lo rodeó por detrás y sintió su palma rozar la suya hasta envolver su

mano.

Así, como un niño en el primer día de clases acompañado por sus padres, puso un pie delante del otro hasta estar en mitad del maldito puente. El aire le faltó en unas cuantas ocasiones y allí estuvo la mano de Fred para apretujarle su brazo y traerlo al presente.

Una vez que sus pies pisaron el último listón de madera del suelo del puente, respiró hondo y se relajó. No obstante, al ver un resplandor color cian, un enfado sin igual lo inundó. No era justo que ella pudiera deambular por allí tan tranquilamente con un maldito vaso de cerveza en la mano y él casi sufriera un ataque de pánico.

La ira fue como lava en su interior y, de pronto, hizo erupción. A un par de grandes zancadas estuvo a su lado, cerró sus dedos sobre su brazo y tiró de ella.

—¿Drew? —preguntó Will con sorpresa. Su hermano, que estaba con Barbs a su lado, también le digirió una mirada extrañada.

Andy no pudo más que gruñir y apretujar más ese brazo delicado.

—Andy —lo llamó Fred al sostenerlo por el hombro—. Suéltala, viejo —susurró para que solo él pudiera oírlo.

—No es justo —gruñó—. Estás como si nada y... —desvió la mirada hacia el puente y un sollozo estrangulado se enterró en su garganta.

—No es cierto —murmuró Will—. No estoy como si nada, Andrew. ¿Crees que no siento que mi corazón se rompe cada vez que veo el puente, que no pienso en esa noche?

—¡No lo parece cuando te revuelcas conmigo en tu cama! —masculló no tan bajo como para que no pudieran oírlo los que lo rodeaban.

—¿Qué? —exclamó James, y, en dos segundos, Fred había desaparecido y eran los puños de James quien lo tomaba por el frente del cárdigan—. ¿Qué mierda estás diciendo, Andy? ¿Te acuestas con mi hermana?

—Entre ella y yo solo hay sexo —espetó y tiró su cuerpo para atrás, desasiéndose de las manos de su amigo—. Nunca podría tener algo con la

novia de Stevie y menos con una que solo pretendía meterse en mis pantalones cuando andaba con mi hermano.

James alzó el puño y a punto estuvo de estamparlo en plena cara de Andy si no hubiera sido por la intervención de Fred, quien lo sujetó en el último minuto. La expresión del pelilargo era temeraria y su agarre, de hierro.

—Lo tocas y estás muerto, mi amigo —advirtió Fred.

—Apártate, acaba de insultar a mi hermana. —James forcejeó con el pelirrojo, pero este no le dio oportunidad de sortearlo.

—Lo sé, pero hablamos de Andy aquí. Y como que lo conozco que sé que no piensa lo que acaba de decir.

—¡Claro que sí! —espetó Andrew, enajenado y casi fuera de sí, detrás de Fred. No sabía qué se había apoderado de él, pero era como si buscara una golpiza, y quizás ese fuera el caso. Tal vez la mereciera.

—Y aunque así fuera —prosiguió el pelirrojo como si el castaño no hubiera hablado—, es mi mejor amigo y no dejo que nadie golpee a un amigo mío.

—¡Apártate! —gritó James a Fred con una rabia como nunca le habían visto—. ¡Andrew maldito Morgan! Vas a darme una puta explicación.

—Nadie necesita explicar nada —acotó Will, tranquila y con una postura que atestiguaba el cansancio en sus miembros—, soy mayor de edad y me acuesto con quien mierda quiera. Y que conste que Stevie y yo no éramos novios.

—Claro que sí. —La furia creció en Andy a un nivel inaudito, parecía verlo todo de color rojo y su mira estaba tan solo puesta en un solo blanco: la joven de cabello cian. No le importaba la escena que desarrollaban ni que todo el pueblo posara sus ojos en ellos—. Él me lo confió, que tú no querías que nadie lo supiera. Estaban juntos a escondidas.

—Eso es una estupidez, Andy —espetó James y se giró hacia su hermana—. ¿Cierto, Mina?

—Es una mentira, Drew —murmuró ella de una manera tan calmada que

parecía ser como gasolina en la ira que lo envolvía—. Nunca hemos estado juntos. Él sabía que yo estaba... Por eso discutimos la noche de su muerte...

—¿Discutieron esa noche? —Andy dio unos pasos hacia la joven—. ¿Por eso él estaba tan alterado y se quiso ir antes de la fiesta?

—Yo no sabía que él tomaría esa decisión —apenas las palabras abandonaron su boca, se la tapó con ambas manos y amplió los ojos de forma desmesurada

—¿Qué decisión? —preguntó. Un baldazo de agua helada le fue tirado encima, todo el enfado se evaporó y en su lugar lo bañó un manto de puro pavor—. ¿Acaso dices que...? ¿Él se suicidó?

No, no, no podía ser cierto. Ellos también habían discutido esa noche a causa de ella, pero se hubiera percatado si su hermano estaba en un estado tan vulnerable, ¿cierto? Él conocía a Stevie como nadie.

—No lo sé. —Los ojos femeninos se empañaron y Andrew sintió que volvía a esa noche, a necrosarse por dentro hasta que ya no quedara nada de él.

—¿Por qué lo pensarías? —La tomó por los hombros ante la atenta mirada de James y Fred, quien aún lo sostenía—. ¿Qué mierda le dijiste esa noche? ¿Eres la culpable de que ya no esté?

—No... —Ella sacudió la cabeza de un lado al otro y un par de lágrimas se escaparon de sus ojos—. No es mi culpa —susurró antes de darse media vuelta y salir corriendo del parque.

## Capítulo 25

Andy soltó el bolso en la puerta de entrada justo cuando se escuchó el timbre. Se sorprendió al abrir y toparse con la mirada oscura de su amigo de la infancia, solo que la expresión de James era una que nunca le había visto. Comprendía el odio que le deparaba, había insultado a su hermana menor y se había acostado con ella sin buscar nada serio.

—Eres mi amigo y por eso no te partiré la cara, pero nadie hace nada para que alguien decida suicidarse, Andy —dijo James al empujarlo por el hombro para que le diera espacio y así adentrarse en el recibidor. Andy cerró la puerta y se giró hacia el hombre—. No sé si fue un accidente o no, pero Mina no tiene la culpa sobre la muerte de Stevie. Ya se ha culpado lo suficiente todos estos años.

Andy miró más allá, donde el vestíbulo se abría a las otras estancias, y constató que sus padres no estaban cerca. No quería que ellos oyeran sobre la teoría del suicidio de su hijo menor. Ya habían pasado por mucho con su muerte y no necesitaban que se les generara esa duda.

—Yo... Él vino a mí en esa fiesta —confesó Andy, agotado. Había dormido muy poco la noche anterior, los pensamientos sobre todo lo ocurrido no le habían dejado pegar ni un ojo—. Me enfrentó y me recriminó que quería sacarle a su chica. No importó cuanto le aseguré que nunca miraría a Will de esa manera, él estaba convencido de que nos hallábamos juntos. Le prometí que jamás pasaría nada entre nosotros. —Soltó una risa amarga—. Y

mira, compartimos un breve viaje y terminamos en la cama.

—¡Oh, por favor! Perdona por lo que te diré, pero Stevie está muerto, Andy. Lo amaba como a un hermano y lo sabes, pero tú estás aquí y él no. Además, ¿no debería Will también tomar algún voto en cuanto a su propia vida y a quién ame?

—Ay, viejo —se quitó el gorro tejido y se pasó la mano por los cabellos—, me apresuré a sacar conclusiones anoche. No quería decir todo lo que salió de mi boca sobre Wilhelmina. Obviamente, no puedo afirmar que la quiero como a una hermana, porque nunca la vi como tal, pero...

—Pero ¿qué? No quiero sonar como un hermano de las cavernas y preguntarte qué intenciones tienes con ella, sin embargo, Andy, ¿qué mierda te pasa con ella?

Andy posó los ojos en las manos cerradas en puños a cada lado de James y sonrió. Era un neandertal en cuanto a su hermana, aún la veía como si tuviera doce años.

—No estoy muy seguro. No me he dejado experimentarlo, el que fuera la novia de Stevie me detuvo.

—Andy, nunca fueron novios. Eso puedo asegurarlo —comentó James con más calma, al menos sus manos ya se encontraban abiertas y no preparadas para darle un puñetazo—. Tengo una idea de la razón por la que tu hermano dijo tal cosa. Mina siempre ha estado enamorada de ti, hablaba de que eras su compañero destinado...

—¿Compañero destinado?

—Sí, algo que sacó cuando apenas era una adolescente de esos mangas que tanto lee.

—¿Por qué nunca me mencionaste nada?

—Porque Mina me hizo prometerte que jamás te diría una palabra. ¡Ella es mi hermana, Andy! Y cuando vino a mí porque necesitaba hablar con alguien sobre lo que le sucedía con mi mejor amigo, no podía no prestarle una oreja. Solo que no fuiste del único del que me habló.

—¿A qué te refieres? —Una emoción como líquido hirviente arrasó con su interior y se percató de cuál se trataba: celos, sentía celos.

James lanzó un largo suspiro y Andy notó la tristeza en su mirada.

—También lo hizo de Stevie y de cómo se estaba tornando un poco obsesivo con ella. Casi como un acosador.

—No es cierto. Él no era así. —Sacudió la cabeza de un lado al otro para dar más énfasis a sus palabras y se volteó, por lo que quedó de espaldas a James. En ese momento no soportaba que sus ojos se encontraran.

—Sí con Mina, Andy —afirmó su amigo, el que se había acercado y tan solo estaba a un paso de distancia—. Pero ella siempre lo ha amado y ahí estaba el problema. Para Mina, Stevie nunca fue más que un hermano del alma. Era ese muchacho con el que aprendió tantas cosas, casi como nosotros. Pero él no la veía de la misma forma. Ella vino a mí esa noche, habían discutido por lo que Mina sentía por ti. Ella le había dicho que te confesaría sus sentimientos.

—No importa lo que haya ocurrido, no puedo creer que Stevie se suicidara. Él no era así, pero me doy cuenta de que había aspectos de él que no conocía y eso me aterra. —Apoyó las palmas en la pared, junto al espejo de la entrada, y se inclinó hacia adelante, dejando la cabeza colgada entre sus brazos.

—Andy, yo tampoco creo que lo hiciera. —James le dio un breve apretón a uno de sus hombros—. Como has dicho, no era así. Y sí lo conocías, era tu hermano. Simplemente, no sabías la profundidad de sus sentimientos para con Wilhelmina. Y si tú guardas algo similar por ella en ti, no deberías sentir que traicionas la memoria de Stevie. No es así, lo comprendes, ¿cierto? —Andy asintió, aún confuso y no del todo convencido por las palabras de su amigo—. Te quiero, pero si llegara el caso, respaldaré a mi hermana... siempre, Andy. No me hagas elegir vereda, viejo.

Se volteó hacia su amigo y, en ese instante, fue él el que le dio un breve apretón al otro hombre y le brindó una sonrisa reaseguradora, o, al menos, lo

intentó.

—No lo haré, lo prometo. Me disculparé con ella y...

—Ya no está. En cuanto se fue del parque, empacó sus cosas, tomó un taxi hasta Redmond y abordó el primer vuelo a Manhattan.

No quería entender la razón por la que saber que Will ya se había marchado era como una puñalada en medio del pecho. Ellos no habían tenido nada importante, solo disfrutado de buen sexo. Demasiado bueno para su paz mental.

—Quizás sea lo mejor, James —concedió al tiempo que asentía, aunque sin mirar a su amigo—. Lo que sucedió entre nosotros... no sé bien qué fue, solo que no debería haber ocurrido nunca.

La expresión de su amigo fue como algo similar al hastío y le dolió ser el causante de esta. Amaba a James y lamentaba haberlo defraudado. Ese era él, odiaba defraudar a la gente, pero todos parecían creer que era mejor persona de lo que era en realidad.

Pensó que tendría un respiro cuando James se fue, como para ordenar sus emociones, pero no fue así. En cuanto alzó su bolso por la correa, sus padres lo abordaron en el mismo vestíbulo.

—Andy. —Su madre salió a su encuentro con Hugh detrás y se sintió como acorralado contra una esquina, junto a la puerta de entrada.

Soltó el bolso que pegó en el suelo de madera lustrada con un ruido seco.

—¿Todo listo, hijo? —preguntó Agatha.

—Eh... sí. Preparándome para partir. Phil y Fred están terminando en su cuarto y ya bajarán.

La tristeza e inseguridad en los ojos de su madre, tan parecido a los suyos, fue otro puñal. Se la veía tan frágil y pequeña como nunca la había contemplado, siempre había sido una mujer fuerte y de armas tomar. Algo más que había cambiado tras el fallecimiento de Stevie.

—¿Volverás? —preguntó ella con voz trémula.

—Mamá, claro que sí. —La atrajo a un fuerte abrazo y apoyó la barbilla

sobre la cima de su cabeza—. Prometo regresar con mayor frecuencia. — Conectó la vista con la de su padre y notó el descreimiento. No confiaban en él, pensaban que escapaba y quizás así era. Tal vez se mentía también a sí mismo.

—Te esperaremos. Este siempre será tu hogar, Andy. Aunque... tu madre y yo planeamos un pequeño viaje.

Agatha se desprendió de su hijo y le sonrió al tiempo que tomaba la mano que Hugh le ofrecía.

—¿Viaje? ¿Cuándo?

—Pues... en cuanto te vayas —informó su padre, quien se balanceó sobre sus pies—. Digamos, comenzando mañana.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo habían mencionado?

—Surgió anoche, después del festejo —aclaró Hugh con la voz ronca—. A nosotros también nos es difícil visitar el parque cada cuatro de julio. Pero, como sabes, las familias originarias siempre estamos presentes.

Su padre era como una roca, fuerte, estable y racional. De pronto, se percataba de que sus padres eran de carne y hueso, simples mortales como él, no esas figuras idealizadas de la infancia. También tenían sus temores y sus dolencias. Y él había contribuido a ellas al mantenerse alejado por tanto tiempo.

—Me gusta la idea.

—Serán unas pequeñas vacaciones en las que visitaremos algunos puntos que siempre quisimos conocer de nuestro país y que fuimos posponiendo a lo largo de los años —comentó su madre con las mejillas arreboladas, como si le diera vergüenza lo que planeaban hacer. Parecían dos enamorados que escapaban para dar vida a su romance.

—Oh... no sabía que tenían esa alma aventurera. Me alegro por ustedes —dijo al tomar un hombro de cada uno de sus progenitores, y se sorprendió de que fuera así, se alegraba de que emprendieran esa travesía—. Es hora de que disfruten entonces.

—Y planificamos como último sitio Manhattan —concluyó Hugh.

—¿Manhattan?

—Sí —su madre jugueteaba con sus dedos de forma algo nerviosa e insegura mientras su padre hablaba—, sé que nos quejamos de lo poco que vuelves por aquí, pero nosotros tampoco hacemos un esfuerzo por visitarte y queremos cambiar eso de ahora en más.

—Papá, no hace falta...

—Claro que sí —intercedió Agatha—. Andrew, eres nuestro hijo y queremos demostrarte que te apoyamos. Esa fue nuestra intención al invitar a Nick a la familia, que te sintieras contenido, pero claro...

—No salió como pensaban. —Rio ante todo el embrollo que sus padres habían armado.

—Pues, no —confesó su madre con cierta picardía y vergüenza en el rostro.

Andy sonrió, amplió sus brazos para envolver tanto a su madre como a su padre en un fuerte abrazo como hacía años que no hacía.

—Bien, los estaré esperando para cuando concluyan su viaje. No tengo mucho sitio, pero siempre habrá lugar para mis padres.

A los pocos minutos se oyeron pasos que bajaban la escalera y aparecieron en el vestíbulo Phil y Fred, ella con un bolso de mano y él con uno colgado a la espalda y la tira cruzada sobre su pecho.

—¿Estás listo? —preguntó el pelirrojo, y Andy le sonrió a la par que asentía.

En ese momento, sí que se sentía listo. Listo para regresar a Manhattan, pero listo también para partir de Sweet Home, dejando algunas cargas allí y otra inconclusa que se había trasladado a Nueva York.

## Capítulo 26

**E**n cuanto puso un pie en S&P, fue rodeado por todos los miembros de la agencia, jefes y empleados, pero todos amigos y familia. Los abrazos se sintieron como retornar a un hogar. Sweet Home siempre sería su casa familiar, el lugar que lo vio crecer, y sus padres eran los seres más importantes en su vida, pero las personas que lo sostenían en ese instante eran la familia que él había conformado. Personas que el destino había puesto en su camino y que Andy había elegido para formar un vínculo más espeso que la sangre. Personas que, sin importar lo que sucediera, siempre estarían allí para él, sosteniéndolo como en ese momento.

—¡Andy! —Keyla gritó y se lanzó a sus brazos como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que se habían visto—. Tienes que venir a nuestra casa, no sabes todo lo que hay que hacer: rasquetear paredes, lijar, pintar...

—Espera —la interrumpió y la apartó un poco de su cuerpo con el ceño fruncido—, ¿me invitas a conocerla o a trabajar en ella?

—A trabajar, claro, tonto —confesó la mujer con el cabello color caramelo y expresión picara—. Necesito todas las manos que pueda recaudar y tú tienes un buen par.

Acunó el bello rostro de su mejor amiga y rio ante su desfachatez. Había extrañado a Keyla y su forma directa de decir las cosas.

—No te creas demasiado especial, encanto —mencionó Nick al pasar tras

ellos hacia la mesa de trabajo del equipo creativo—. Todo S&P será agasajado al tener que colaborar en la restauración del nuevo hogar de los señores Sanders.

—Oh, ¿con que esas tenemos, Key? —preguntó Andy con falso enfado a la par que se cruzaba de brazos.

—Bueno, es cierto que quiero que nos ayuden, pero también es para que conozcan el lugar maravilloso al que nos mudaremos con Mark. Es perfecto, Andy —aseguró y posó las manos sobre sus brazos. Podía distinguir la felicidad, tanto en su mirada violácea como en su tono, y no pudo menos que alegrarse por ella y Mark—. Es una casa de una planta, amplia, inmersa en vegetación como en un pequeño bosque, con un lago en la parte posterior.

—¿Un bosque y un lago? Ahora sí tengo que verlo. Dime el día y la hora y allí estaré con mis manos para ayudar en lo que haga falta. —Una vez que Key le dio la información, ella se marchó hacia el despacho de Alex, de quien era la asistente.

Un bosque y un lago. Como el sitio que tanto gustaba a Stevie en Sweet Home. ¿Keyla tendría un pequeño muelle como donde se sentaba su hermano a ver las libélulas revolotear sobre el agua?

Al imaginarse el lugar, ya no le sobrevinieron los mismos recuerdos nostálgicos de su hermano sentado en aquel lugar, sino que la espalda de una joven con cabello color cian que escuchaba música de rock pesado por unos auriculares mientras metía los pies en el lago fue lo que apareció en la escena. Al mismo tiempo, una garra de hierro invisible estrujó su corazón de forma tan repentina que se sacudió hacia adelante. Estampó la mano sobre el escritorio de Ange para sostenerse y no caer redondo al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó la bella recepcionista que en otro tiempo Andy había considerado que podría llegar a ser la mujer que lo hiciera palpar con locura, solo que no lo fue y sí se convirtió en el amor de uno de sus mejores amigos, David.

—Sí, solo que... —Se quitó el gorro de hilo y se estiró el cuello de la

camiseta—. Hace calor aquí, ¿cierto?

—No me parece tanto, Andy. ¿Estás seguro de que estás bien? ¿Quieres que le avise a Nick o Fred?

Andy sacudió la cabeza de un lado al otro y oyó en su mente una voz que lo llamaba por el diminutivo de Drew. Se estaba volviendo loco, no solo veía cosas que no estaban allí con un detalle impresionante, sino que también oía voces en su cabeza. Solo que sus alucinaciones se limitaban a todo lo relacionado con Wilhelmina Spencer. Su esquizofrenia era ella.

Cometía error tras error, confundía las cuentas de los clientes, mezclaba los proyectos, lo que llamó la atención de todos a su alrededor. Siempre había sido un creativo preciso y al que le proliferaban las ideas.

—Andy, otra vez me enviaste el archivo que no era. Esa cuenta ya está cerrada por el momento —comentó Mark con aquel maldito cabello rubio y sus ojos verdes como los de ese tal Adrien que se disfrazaba de gato para salvar a Paris.

—Maldito felino negro en *spandex* —masculló por lo bajo.

—¿Qué? —cuestionó su jefe mientras Alex lo contemplaba con aquella mirada impasible, pero que esa vez parecía reírse de él.

—Nada, solo que te pareces a alguien —dijo a Mark, quien seguía igual de desorientado ante la información que le brindaba.

—¿A quién? —preguntó, extrañado, el hombre.

—A un francés, a un niño, a decir verdad, que usa un disfraz y lleva un anillo.

—¿Andy, estás bien? —preguntó el rubio, cada vez más preocupado—. Creo que deberías descansar. Y tú no te rías, Alex. ¿Acaso entiendes algo de lo que dice?

—Para nada —contestó el moreno mientras sacudía la cabeza—. Pero me alegro de que ya estés de vuelta. Se te ha extrañado por aquí.

—Este encanto es nuestra bisagra, ¿cierto? —acotó Nick al colgársele por la espalda y abrazarlo. Mark y Alex los dejaron al encaminarse a sus

despachos—. También te he extrañado y tengo tanto que contarte —susurró en su oído—, y viene con invitación. Pero... —lo rodeó y lo tomó por la barbilla, observándolo con detenimiento— antes debes contarme qué sucedió.

—¿Con qué?

—Con lo que fuera que te quitó la luminosidad, encanto. —Nick le pasó el revés de la mano por la mejilla en una leve caricia. Notaba la inquietud en aquella mirada melosa.

—Nick..., creo que cometí un error muy grave con alguien, que lastimé a una persona.

—Imposible. Eres adorable.

Andy sacudió la cabeza de un lado al otro con una sonrisa amarga en los labios. Nick era un caso perdido, totalmente parcial en cuanto a lo que él correspondía. No conseguía ver ninguna de sus falencias y lo creía un hombre imbatible, cuando la realidad era muy distinta.

Andy comenzó a caminar lejos de su amigo.

—A veces me pregunto cuánto me conoces, Nick.

El pelilargo lo aferró del brazo y lo volteó hacia él, deteniendo su andar.

—¿Es por Will? ¿Ocurrió algo con ella? Espera, déjame reformular. ¿Sucedio algo más con la joven?

—¿Más?

—¡Vamos, encanto! —espetó con seriedad y algo frustrado—. ¿A quién creías que engañabas con esa falsa rivalidad? Su deseo era casi palpable, Andy. Y no me digas que no han tenido sexo, porque lo exudaban en cada respiración. Esa es tu mujer ideal, no la que querías, no la que buscabas, pero es la que te es compatible en todos los aspectos.

—Mi compañera destinada —susurró y lo sintió tan real. Ella era la persona que lo movilizaba, la única mujer que hacía que su corazón galopara, la que lo encendía con tan solo una mirada y lo hacía vibrar como ninguna otra. Lo sabía, pero no quería decirlo, ni siquiera pensarlo, sabía, la amaba. Con intensidad, con fuerza, con locura. ¿Desde cuándo? Quizás desde

siempre. Pero... él había sido un hijo de puta con ella, el peor, acusándola de un hecho que estaba más allá de su accionar.

—¿Qué? —preguntó el pelilargo, quien lo observaba como si le hubieran crecido cuernos en la cabeza.

—Nada —desestimó junto con un ademán de su mano—. Una tontería de mangas.

—¿Mangas? —intercedió Fred, quien apareció tras ellos con unas carpetas amarillas en las manos. No era raro que todos se cruzaran al ser una agencia con espacio un tanto limitado—. ¿Compañeros destinados como eso de alfas y omegas? Definitivamente, la joven es alfa y tú, el omega, Andy.

—¿Por qué sería yo el omega? —cuestionó, y no sabía si debía ofenderse ante el comentario del pelirrojo.

—¿Acaso ella no es la perversa y tú, el romántico? Pues, alfa y omega, viejo. —Le dio un pequeño golpe con las carpetas en el brazo y chasqueó la lengua.

—¿De qué demonios hablan? ¿Quieren iluminarme? —ironizó Nick—. ¿Es algo relacionado con dominación y sumisión?

—No le prestes atención, son puras tonterías —contestó Andy.

—No sé, *romántico Drew* —acotó Fred de forma sardónica—. Quizás debieras hablar un poco con David y que él te explique cuánto de eso hay en la vida real.

—¡Basta, Fred! —explotó Andy ante tantas tonterías. No estaba para esa clase de comentarios después de lo ocurrido con Will en la fiesta del cuatro de julio—. Esos mangas hablan de hombres que quedan embarazados, mordiscos y otras idioteces.

—Nunca se sabe. —Fred se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Oh, *zorrito*, y yo que pensaba que hablabas en serio —bromeó Nick a punto de lanzar una carcajada.

—Hey, que solo Phil puede llamarme así, *bebé* —contrató Fred al pelilargo al llamarlo como lo hacía su novio—. Ahora, volvamos a cierta

joven con una elección en tintes para el cabello un tanto particular. ¿Qué ocurrió con ella?

—Quizás... —Andy desvió la mirada de sus amigos y jugueteaba con sus dedos, al igual que hacía su madre cuando estaba inquieta— la haya culpado de la muerte de mi hermano, por no decir que lo hice.

Un silencio reinó entre los tres amigos y Andy supuso que pensaban que ya todo estaba perdido con Wilhelmina. Él así lo creía.

—Solo debes disculparte, encanto —ofreció Nick como una sencilla y obvia solución.

## Capítulo 27

—No sé qué hacer con ella, chicas —dijo Andy a sus gatas que lo miraban mientras él ponía una cucharada de verduras cocidas al vapor en cada uno de los cuencos destinados a ellas.

Dejó el utensilio sobre la mesada de granito. Se mesó los cabellos castaños con la mano y suspiró. Las dos mininas lo observaban como si trataran de comprenderlo. En realidad, Olivia lo observaba y Frida tan solo posaba la mirada en la dirección de su voz. Una de ellas hasta le maulló.

—Ya va, Frida. —Abrió el *tupperware* que contenía el cereal del día: quinoa, y se puso a servir una porción para cada plato—. La traté muy mal. La acusé de que Stevie se quitó la vida por su culpa. —Negó con la cabeza y se dispuso a agarrar el tarro de levadura en copos del último estante de la alacena. Se estiró cuán alto era, todo su metro y setenta y cuatro—. No sé para qué lo guardo en este estante si casi no llego. —Logró tocar el pote de plástico con la punta de los dedos y lo empujó hasta que cayó contra su palma.

Antes de esparcir ese polvo de un tono ocre claro, se quitó el cárdigan que aún traía puesto desde que había llegado de la agencia. Lo arrojó sobre una de las sillas de madera tras él en la cocina y se volteó nuevamente hacia la mesada para finalizar de preparar la cena de sus niñas.

Trataba a Olivia y Frida como si fueran sus hijas, sabía que las consentía y que nada les quedaba de ese instinto animal que los caracteriza como

traicioneros y taimados. Ellas eran dos amores que se enroscaban entre sus piernas, dejando sus *jeans* cubiertos de pelos blancos.

—¿Qué dicen que haga? —les preguntó como si aguardara una contestación verbalizada de ellas—. Y espero una respuesta directa, chicas —indicó con la cuchara en alto y apuntando a las dos gatas que lo observaban desde el suelo de baldosas grises—. Me he comportado con Will como un idiota desde... Bueno, desde siempre.

Fijó su mirada clara como el agua en aquellas felinas y bufó.

—No me ayudan en nada. Con aquella actitud reprobadora me doy cuenta de que las mujeres se mantienen unidas. Ayudaron al tío Fred cuando tenía problemas con Phil, él me lo contó. No importa que yo sea su padre y me desviva día a día por ustedes, niñas. —Hizo una pausa mientras removía el alimento—. Tan solo un consejo y, si funciona, quizás hasta tengan una madre, aunque... No sé si a Will le agradan los gatos, pero no se preocupen, se la comprarán en un parpadeo, si son adorables, mis niñas.

Una vez que ambos cuencos estuvieron completos, los bajó hasta el suelo. Las dos gatas se desesperaron por llegar a cada uno de estos y comieron la comida con inaudita rapidez.

Andy apoyó el culo contra la mesada y se cruzó de brazos, meditativo.

—No puedo creer que haya sido el malo de la película en esta ocasión, con lo enfadado que estuve cuando Mark trató tan mal a Keyla, ni hablar de las ganas que siempre tuve de golpear a Brian por cómo se comportaba con Nick y lo hacía sufrir. —Soltó un suspiro y alzó el rostro hacia el cielo raso—. Ahora, soy yo el que hace que alguien derrame lágrimas. Soy un maldito estúpido, si tan solo hubiera hablado con ella sobre Stevie en todos estos años, el embrollo se habría aclarado en el acto. Pero opté por darle vía libre a los malentendidos o, más bien, a lo que mi hermano me hizo creer para separarme de la mujer a la que él amaba.

Las dos mininas alzaron sus rostros de sus platos vacíos, con sus miradas verdosas en él, a la par que se relamían sus bocas.

—Sí, ya sé —declaró, aventando los brazos al aire—. Debo cerrar la boca y moderar un poco la velocidad de mi lengua. Aunque con Will nunca tuve ese problema. ¿Por qué creen que será? —Se quitó los lentes y se frotó los ojos para, luego, volvérselos a colocar. Se centró de nuevo en Olivia y Frida—. Cierto, niñas. Tienen razón, tengo que buscarla y confesar lo que ella me hace sentir, lo que siempre me provocó y por qué me mantuve distanciado y frío con ella. Gracias, sabía que ayudarían a papá a encontrar una solución.

Salió de la cocina y tomó su móvil que había dejado sobre la pequeña mesa ratona en su *living*. Buscó en el listado de contactos hasta dar con el que buscaba y presionó sobre este.

Gabe, sentado al escritorio del nuevo estudio de la que había sido la casa de sus padres, contemplaba el sobre que tenía entre sus dedos. Desde que Stefano había llegado a su vida, no había tenido el valor para abrirlo. El envoltorio ya no era blanco y suponía que Martin le había escrito lo que hubiera adentro hacía tiempo.

Suspiró y apoyó la frente en el revés de la mano que sostenía el sobre. Jugueteeó con el borde un poco despegado, pero sin llegar a abrirlo. Sus emociones lo detenían. Tenía miedo, miedo de cómo se sentiría después de leer lo que su hermano hubiera escrito en especial para él.

Su móvil comenzó a vibrar sobre la superficie de madera.

—Mark —saludó al hombre que tanto se había resistido a él, pero que se había convertido en uno de sus mejores amigos—. ¿Qué cuentas?

—*Varias cosas. Primero, están invitados a participar en la remodelación de nuestra casa.*

—¿A trabajar? —preguntó entre risas. Agradeció en silencio la interrupción de su amigo con su llamada—. ¿Podemos rechazar la invitación?

—*Claro que no, queda terminantemente prohibido que lo hagan.*

—¿Qué implicaría la participación con exactitud? —Se echó atrás en su

sillón giratorio y este se balanceó un tanto para adelante y atrás.

—¿Cómo te ves con lijas, martillos y otras herramientas?

—No muy bien, Mark.

—Perfecto. —Ya lo habían reclutado y no tenía escapatoria—. *Ahora, lo segundo, Andy necesita que concurras a un lugar.*

—¿Andrew? —cuestionó un tanto extrañado. Conocía a Andy, uno de los creativos de S&P, le caía muy bien y habían entablado una fuerte amistad, pero le parecía raro que pidiera por él.

—Sí, nuestro Andy. *En específico me dijo que tú y yo tenemos que ir sí o sí.*

—¿Ambos? —Más insólito aún—. ¿A dónde y para qué?

—Bueno, aún no sé esa información, pero no se puede decirle que no a Andy.

—¿El mismo Andy que querías aniquilar porque pensabas que estaba con Keyla? —preguntó con una sonrisa un tanto maliciosa, y se carcajeó al escuchar el chasquido con la lengua del rubio.

—Ay, viejo, ha pasado mucha agua bajo ese puente. Tú sabes que amo al muchacho. Además, desde que regresó del hogar familiar no ha estado del todo bien.

—¿A qué te refieres? —Eso sí lo hizo ponerse serio y prestar mayor atención a la conversación.

—Le es difícil cada vez que vuelve a Sweet Home, supongo que aún no resuelve la muerte de su hermano. —Un silencio algo incómodo se hizo entre ellos—. *Lo siento, Gabe. No tendría que haberlo mencionado.*

—¿Por qué no? —quiso restarle importancia. No podía tenerlo sobre algodones por haber perdido a Martin, no le agradaba ello, a pesar de que tenía en cuenta de que se comportaban así porque lo amaban—. No sabía que había perdido a un hermano.

—Sí, era unos años menor. Hace tiempo ya.

Gabe contempló de nuevo el sobre en su mano. El que le había dejado su

hermano cuando murió y que, en todo ese tiempo, no se había animado a abrir.

—*Ahí estaré.*

Hablaron un poco más y cortó la llamada. Andy había perdido a su hermano hacía años y aún penaba su pérdida. Suponía que era una herida que nunca cerraría, por lo que no tenía sentido esperar para saber qué le decía Martin en aquella carta.

Rasgó un extremo del envoltorio, pero no leyó la nota doblada en el acto. Tardó unos cuantos minutos en los que contempló el papel, lo acarició con cierta reverencia hasta que tuvo el valor de desplegarlo. Una vez que tuvo la hoja extendida pasó la yema por esa caligrafía que reconoció como la de su hermano. Hacía tanto que no la veía que una oleada de nostalgia y dolor lo golpeó en medio del pecho. Cuando ya habían transcurrido unos cuantos minutos, comenzó la lectura.

*Querido Gabe:*

*No quiero pensar lo que significa que estés leyendo esta carta.*

*Debes odiarme, hermano. Lo comprendo. Lo único que hice fue huir y dejarte a ti con todo el peso de lo que vendría. Te decepcioné y, a pesar de que sabía lo que te hacía, aún así, no pude contenerme y escapar a la libertad.*

*No soy como tú, no tengo la fuerza ni el coraje suficiente como para enfrentarme a las eventualidades, hacerme responsable y arriesgarme a transformarme en un adulto antes de tiempo. Siempre has sido el mejor de los dos.*

*Cuando papá murió, sabía que mamá no podría hacerse cargo, así que solo quedábamos nosotros. ¿Me veías al frente de la fábrica? Claro que no, yo tampoco. No lo tengo en mí. También me enteré del fallecimiento de mamá, ni quiero pensar lo que debes haber sufrido al encontrarla como hiciste con papá. El dolor que debes sentir por dentro.*

*Eres el más responsable y maduro, pero también el más sensible de*

*ambos. Y, aunque sé que llevas una máscara constante, te he visto en revistas de negocios; por dentro debes de ser un desastre, hermano.*

*Fui un egoísta y un cobarde. Sé que arruiné tu vida y, no creas, me importa. Pero nunca recopilé el valor como para volver. No obstante, no pude irme por completo, necesitaba cierta conexión contigo, por esa razón te envió mis postales.*

*Como habrás visto, recorrí el mundo y escribí sobre ello. Y en uno de esos viajes, más específicamente, por Italia, conocí al amor de mi vida. Y a que ni te imaginas: ¡Eres tío! Su nombre es Stefano y ya tiene dos años. Es igual a su madre, salvo por sus ojos. Estos son como los tuyos, idénticos, Gabe.*

*¡Cuánto quisiera que lo conocieras! No sabes lo que me haces falta en esta etapa de padre, hermano. Siento que tú lo serías mucho mejor que yo y es por eso por lo que, cuando hablamos con mi esposa sobre si nos llegara a ocurrir algo quién podría ser la perfecta elección para cuidar de Stef, solo pude pensar en una persona: en ti. Eres responsable y siempre fuiste el más maduro de los dos, pero no solo eso, eres una persona cariñosa y que sabrá brindarle el afecto que le hará falta si sus padres ya no se encuentran con él.*

*No sé porque me es importante hacer esto, asegurarme de que, ante cualquier eventualidad, Stef estará bajo tu ala. Solo que algo en mi interior me insta a dejarlo solucionado.*

*Además, sé que el odio que puedas sentir hacia mí no lo trasladarás a tu sobrino. Eres tú, el hermano que siempre ha estado a mi lado y ha hecho lo que fuera para que me ahorrara las reprimendas de papá o del tirón de orejas de mamá.*

*A pesar de cuanto te fallé, quiero que sepas que te amo, hermano. Eso nunca ha cambiado y me duele cuánto te decepcioné.*

*Espero en algún momento reunir las agallas necesarias para pararme delante de ti y darte el abrazo que desde que me fui anhelo darte.*

*Siempre tu hermano,  
Martin*

—¿Qué ocurre? —exclamó Mor al apresurarse hacia él.

Gabe no se había percatado de las lágrimas que caían por sus mejillas. Ella apresó el rostro entre sus manos y lo reclinó para observarlo con atención, parada junto a su silla giratoria.

Él se soltó y le pasó los brazos por las caderas para enterrar el rostro en su abdomen.

—Te amo, Mor.

—Yo también. Gabe, dime qué ocurre, por favor. Jamás te he visto así. — Él sorbió por la nariz y se mantuvo en silencio. Sentía que, si pronunciaba palabra, lo poco armado que se hallaba se derrumbaría—. Me asustas. Acabo de ver a Stef en su cuarto, así que no es sobre él, ¿cierto?

—Leí la carta.

—¿Leíste la...? Oh... —Morrigan lo abrazó a la altura de la cabeza y lo mantuvo pegada a ella. Le acarició el cabello y enterró una de sus manos en su cuero cabelludo—. Estoy aquí, Gabe. Siempre lo estaré.

—Lo sé. Solo espero que aceptes el tatuaje.

—¡No me tatuaré que soy diabética!

—Es lo más seguro. —Alzó el rostro hacia ella para convencerla de que era lo mejor, temía tanto que un día le ocurriera algo, que la perdiera como a toda persona que amó.

—Uso esta horripilante pulsera, ¿no? —Ella elevó su brazo para mostrarle el indicador del problema de salud que padecía.

—Quizás un día olvides ponértela y...

—Gabe, te amo —lo tomó por la barbilla—, pero no voy a hacerme ese espantoso tatuaje. No me ocurrirá nada, estoy controlada. Estaré atormentándote por el resto de nuestras vidas.

Ante esa frase, Gabe tan solo sonrió. Morrigan no era como su padre, que no se controlaba su estado de salud, como su madre, que no pudo soportar su

dolor sin importarle a quién hería al tomar aquella decisión, o como su hermano, que escapaba a la mínima responsabilidad. Lo habían dejado solo, pero ella, no. Ella era su luz.

## Capítulo 28

—No voy a preguntar por qué vienes vestido así ni la razón por la que tengamos que concurrir todos a esta exhibición.

—Bien —contestó Andy a Mark.

Caminaba por la acera con todos sus amigos por detrás: Keyla, Mark, Sam con Myrtle en brazos, Alex, Nick, Brian, Charlie con su bebé Braddock, Xav, Phil, Fred, Ange, David, Mor y Gabe. Por suerte, a esa altura de la noche no había tantos transeúntes que fueran testigos de cómo iba ataviado.

Andy se estiró con la mano la tela *spandex* de su entrepierna, parecía que estrangulaba a su pene y a sus testículos. ¡Maldito traje!

Se detuvo en cuanto llegó a la puerta vidriada de la galería. Tuvo unos segundos de dudas al ver a las personas bien vestidas dentro, pero respiró hondo, y se disponía a dar un paso cuando una mano en su hombro lo detuvo.

—Encanto, ¿estás seguro?

Andy miró por encima de su hombro a su mejor amigo y trató de sonreírle, pero estaba tan nervioso que le fue imposible.

—No. Estoy seguro de lo que siento por ella, estos días me lo han confirmado, pero estoy intranquilo de su reacción. La acusé de haber causado que mi hermano se quitara la vida, no sé si hay vuelta atrás de eso.

—Acuérdate, solo debes disculparte —mencionó Nick, y Andy solo pudo pensar que no era tan sencillo, tenían una larga historia de angustias y malentendidos.

—Andy, ¿venimos a ver a una mujer? —preguntó Key con sus ojos violáceos bien abiertos y una sonrisa de oreja a oreja, podía notar su sorpresa y su anhelo.

No podía culparlos de tener curiosidad, salvo Nick y, suponía que Brian, nadie sabía la razón por la que quería que todos ellos concurrieran a la exhibición. Y sus amigos ansiaban que él encontrara a la mujer que lo complementara, que lo exaltara a su mejor versión.

Era cierto que solo necesitaba que dos de ellos concurrieran esa noche para que ella los viera, pero, en cambio, él precisaba todo el apoyo posible y para eso quería a cada una de las personas a las que amaba y que consideraba como hermanos allí a su lado. A lo largo de los últimos años, había ganado muchos vínculos filiales que nada tenían que ver con la sangre, pero que eran tan espesos como si lo tuvieran. Nadie jamás reemplazaría a Stevie en su corazón, pero ya no estaba solo, tenía esa gran familia neoyorquina para contenerlo, darle ánimos o un tirón de orejas cuando le hiciera falta.

Volvió a respirar con profundidad y empujó la puerta. Una vez dentro, cada uno de los rostros se volteó a él. Sin embargo, Andy estaba demasiado ansioso por encontrar a cierta joven, que le pasaron desapercibidos los ceños fruncidos, los murmullos y la evaluación a la que era sujeto.

La galería estaba repleta. Esas monstruosidades de acero llamaban la atención y las personas las rodeaban encandilados con la precisión de su armado.

En cuanto la distinguió junto a una gran escultura de chatarra, se encaminó con paso decidido. No era momento de acobardarse después de todo lo que habían transcurrido. Se detuvo a su espalda y le tocó un hombro con dos dedos.

—Hola, Will —la saludó en cuanto ella se volteó.

Al principio, Will no dijo nada, suponía que la había dejado muda con su atuendo. Lo observó de la cabeza a los pies de forma lenta y luego de regreso.

—¿Andrew? ¿Qué demonios haces vestido así? ¿Acaso...? ¡Oh, no lo

puedo creer! —Will se tapó la boca con una mano y amortiguó la carcajada que la asaltó—. ¿Estás disfrazado de Chat Noir? —Andy sonrió y se permitió dar una vuelta para que lo viera al completo—. Oh, vaya. Estás...

—Estoy cubierto en *spandex*. Una vez dijiste que te encantaría tenerme vestido en esa tela, así que aquí me tienes.

En cambio, ella estaba ataviada con un hermoso vestido estilo *steampunk* color borravino, con un corsé negro que pronunciaba su cintura y resaltaba sus escasos pechos, y una falda amplia con pliegues y larga hasta el suelo ceñía sus caderas. Se complementaba con una camisola con mangas en lino natural. Estaba preciosa, como salida de una película medieval, pero con toques futuristas.

Ella miró en torno y se ruborizó. Andy se percató de que Will era consciente de la atención que atraían de las demás personas.

—Will... —Quiso tomar su mano, pero ella se la alejó de pronto.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces así vestido? ¿Qué es lo que quieres de mí? No haces más que enviarme mensajes contradictorios, Drew.

Andy oyó como algunos de sus amigos se preguntaban sobre por qué ella lo había denominado de aquella manera, pero hizo caso omiso a todos ellos y se centró en la joven de cabello color cian frente él.

Ya les explicaría sobre quién era Wilhelmina Spencer y qué le hacía sentir. En ese instante, tenía que dejárselo en claro primero a ella.

—Lo siento, Will —susurró y, de un movimiento rápido, apresó ambas manos de la mujer en las suyas.

—¿Qué sientes, Drew? ¿El reencontrarnos, el viaje, el acostarnos?

Andy sacudió la cabeza de un lado al otro. Se acercó hasta que sus pechos casi se rozaran y que ni un poco de aire los separara.

—No, pervertida Will. —Tomó un mechón cian entre sus dedos y lo frotó con ternura—. Siento haberte despreciado todos estos años y, más aún, el haberte acusado de hacer que Stevie tomara la decisión de suicidarse. —Ya estaba, lo había dicho con todas las letras, pero eso no impidió que retuviera

el aire hasta que ella contestara.

Los ojos oscuros se empañaron.

—Amaba a Stevie, tanto, Drew. Pero él no podía comprender que no de la forma que él quería, y no importaba cuanto insistiera, eso nunca cambiaría. Era como un hermano y ya había otra persona a la que tenía destinada mi corazón.

Una pequeña lágrima se deslizó por su mejilla y él se apresuró a atraparla con su dedo.

—No llores, amor. No más. —La tomó en sus brazos y la besó en la sien—. Lo siento, lo repetiré hasta el cansancio, hasta que lo creas y hasta que me perdones.

Will escondió el rostro en su pecho y lo envolvió entre sus brazos a su vez, tan fuerte, como si temiera que escapara o se arrepintiera. Solo que no lo haría, una vez que había descubierto el sentimiento que deparaba para ella, no había vuelta atrás.

—Me encantas en *spandex*, romántico Drew. —Ella deslizó la mano por su espalda hasta llegar a la cola de gato que colgaba de su culo, la tomó en su mano y le dio un tirón.

—¡Hey!

—Oh, lo amo —declaró al tiempo que aplaudía, y casi podía jurar que la vio dar un pequeño salto en el lugar—. ¿Lo tienes por toda la noche?

—Esos ojos brillan de pura perversión. —Él acunó su rostro cuando perdieron de nuevo su resplandor—. No, Will. —Quería rogarle que no apagara su alegría, que ya no quería que estuvieran enfrentados, sino uno al lado del otro.

—¿Por qué estás aquí, Drew? —preguntó en un tono plano y sin esperanza, eso lo perturbó más allá que si le hubiera gritado—. ¿Y por qué así?

—Yo... —tragó en seco y clavó la mirada en ella—. Te amo, Wilhelmina. Tal vez desde siempre, desde que me declaraste tu amor, quizás desde que

nos reencontramos para el viaje a Sweet Home, no lo sé, solo sé que te amo. Tal vez cuando me aclaraste, en medio de la discusión, que Stevie y tú nunca fueron novios, ese sentimiento dormido despertó con una intensidad que no pude contener. No voy a mentirte, traté de controlarlo, de negarlo, pero con el correr de los días, se me hacía imposible.

—¿Y viniste disfrazado de Chat Noir? —demandó al hacer un paneo con su mano a lo largo de su anatomía.

—Quería algo a mi favor por si se te ocurría arrojarme una pieza de chatarra por la cabeza.

—¿Y crees que eso es suficiente? ¿Unas pocas palabras románticas y un disfraz de gato?

—Oh, no, traje refuerzos. —La tomó de la mano y tiró de ella—. Ven conmigo.

Llegaron frente a sus amigos, que se habían puesto como un muro a unos pocos pasos de la entrada de la galería, antes de que comenzara la exhibición de aquellas impresionantes obras en metal reciclado, uno al lado del otro con algunos por detrás, todos con sus ojos fijos en la mujer de cabello cian.

Andy la detuvo frente a esa muralla de amistad y se paró detrás de ella con las manos en los hombros femeninos.

—Will, te presento a mi familia en Manhattan. Luego te indicaré sus nombres, tú solo céntrate en Gabe, ¿lo ves parecido a alguien? —El aludido amplió sus ojos de color gris y su novia se volteó a observarlo con el ceño fruncido, a lo que el chocolatero se encogió de hombros.

—¡Oh, por favor, es idéntico a Kurose! —Ella pasó la mirada por el resto de la fila hasta que se detuvo—. ¡Oh, Drew! —Se lanzó hacia Xavier y lo apresó de un brazo para tirar de él. El joven de cabello rubio se dejó conducir con la incertidumbre bañándole el rostro. Lo posicionó junto a Gabe—. Kurose y Shirotani —suspiró. Era la pareja masculina protagónica del manga *Ten count* que a ella tanto le gustaba—. Ahora deben besarse.

—¿Qué? —exclamó Mor, la novia de Gabe, y Charlie, la esposa de Xav,

lanzó una carcajada ante la ridiculez de lo que planteaba Will.

—Me gusta esta chica, Andy —estableció la rubia mientras acomodaba a su hijo en sus brazos. Varios asintieron en concordancia con el sentimiento de Charlie.

—Oh, no me digan que no son *gay* —pidió Will—. Se ven tan bellos juntos, chicos. Y ya los he contemplado besarse en el manga, pero sería genial hacerlo en vivo.

—Andrew, ¿quieres explicar todo esto? —exigió Gabriel con un tono que podía helar la sangre, salvo que Andy ya lo conocía lo suficiente como para desmerecer su enojo con un ademán de su mano y sonreírle.

—Will, mira un poco más allá —murmuró en su oído mientras extendía el brazo y apuntaba a una persona un poco más al costado—. Hay otra sorpresa.

—¡No, Adrien Agreste! —Se lanzó hacia Mark y lo aferró de ambos brazos para sacarlo del muro unos pasos hacia adelante—. No puedo creerlo, es un Adrien adulto.

—¿Yo? —preguntó Mark y le guiñó un ojo—. ¿A quién debo besar?

—¡A mí! —exclamó Will con una sonrisa de oreja a oreja, que lo contagiaba, aunque una vez que meditó sus palabras la suya se borró en el acto.

—¿Andy? —gritó Keyla, disparando dagas con sus ojos color violeta.

Andy cerró la mano sobre el brazo de Will y acercó su espalda a su pecho para luego abrazarla por detrás.

—No besarás a nadie, solo a mí, pervertida Will —susurró en su oído y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Todos ellos son tus amigos?

Él asintió contra su cuello, donde había enterrado su rostro para percibir su aroma a madreselva con jazmines y nuez moscada.

—Mark, preciosa —se presentó el que era igual a Adrien. Mina tomó la mano que le ofrecía y la estrechó, aunque con un poco de distracción, dado el hombre que la envolvía por su espalda y que respiraba contra su cuello.

—Wilhelmina Spencer.

—Me encantan tus esculturas, Wilhelmina —comentó el rubio, y ella se ruborizó entera.

—Gracias.

No comprendía nada. Estaba explicando una de sus obras a un colega artista cuando había aparecido Drew cubierto en *spandex* negro. Y ella solo podía pensar en tenerlo tendido en una cama y acariciar cada musculo de su cuerpo y ni hablar de jugar con esa cola larga.

Contempló a cada uno de los amigos de Drew, uno a uno tenían la mirada fija en ella. Un estremecimiento la recorrió al sentirse tan expuesta y temer que quizás no la consideraran apropiada para su amigo. Mina tenía un color de cabello particular y su vestimenta tampoco era muy convencional. No obstante, más que extrañados, todos ellos parecían fascinados con ella.

—Hola, encanto.

—¡Nick! —Se soltó de Drew y se propulsó contra el torso del pelilargo para cerrar los brazos en su cuello—. ¡Cuánto me alegra verte! ¿Brian?

—Aquí. —El abogado alzó una mano y dio unos pasos hacia ellos, saliendo del muro de amistad. La luz tenue de la galería no había permitido que lo distinguiera antes.

Lo saludó y luego fue el turno de Phil y Fred. Cada uno de los amigos de Drew se acercó a ella y se presentó, y muchos le contaron anécdotas de Drew, se notaba que se morían por hacerlo. Procuraban dejarlo en ridículo, lo que a ella le encantaba, aunque no comprendiera la razón.

Una mujer de cabello color caramelo y ojos violáceos, la que comprendió que era la novia del falso Adrien adulto, la abrazó y le dio un beso en cada mejilla.

—No sabes cuánto esperaba que Andy nos presentara una novia.

¡Oh, vaya, vaya! Su mirada se abrió de par en par y sus labios se apartaron para sacarla de su error, pero ninguna palabra salió de ellos. ¿Qué era ella de Drew? ¿Una amiga de la infancia? Mmmh, creía que no. ¿Su vecina? Podría

ser. Quizás una amiga con derechos, pensó con cierto pesar. Ella quería la etiqueta de novia, pero estaba lejos de serlo. Aunque él había ido a buscarla, eso significaba algo. Además, se le había declarado, le había dicho que la amaba. El corazón saltó en una carrera sin igual y el aire se le atascó en los pulmones al percatarse de la grandeza de la actuación de Andrew.

Se volteó para contemplar al hombre vestido de gato que charlaba con el doble de Shirovani, y Drew justo alzó la vista a ella para dejarla encandilada con sus ojos del color de las nubes.

Se aproximó y le tendió una mano, la que ella agarró de forma automática, como si fuera una acción que practicara con asiduidad. De un tirón la hizo zambullirse contra él y la tomó en sus brazos.

—Pervertida Will...

—¿Sí, romántico Drew?

—Quiero que quede claro lo que confesé antes.

—¿Qué cosa?

—Lo que siento por ti y que, dicho sea de paso, no replicaste de igual forma.

—No me quedó del todo claro —mintió con voz sensual y sugerente—, quizás debas repetírmelo.

—Te amo, Will —susurró contra sus labios para brindarle un pequeño y breve beso—. Te amo, y estos días sin ti fueron una pesadilla, una tortura de la que ansiaba despertar. Anhelaba estar contigo, respirar, Will. Anhelaba respirar y solo respiro contigo.

Ella sorbió por su nariz y mantuvo las lágrimas a raya. Era el momento más feliz de su vida y no lo arruinaría con llanto.

—También te amo, Drew. Te he amado desde siempre, desde aquella vez en que caí con mi bicicleta y raspé mi rodilla. Tú viniste a mi rescate, me tomaste en brazos y me llevaste a casa para desinfectarme. La delicadeza con la que me soplabas para calmar el ardor hizo que cayera rendida a tus pies y que nunca pudiera recuperar mi corazón.

—Siento tanto todo lo que te he hecho pasar, si tan solo hubiéramos hablado tras la muerte de Stevie. Si hubiéramos aclarado...

—No te tortures. Lo hecho, hecho está. Tenemos de aquí a la eternidad para redimirnos, Andrew.

Él le acunó el rostro y le sonrió como hacía años que no hacía, desde que ella se había mostrado interesada en él. Su corazón palpitó con locura y una sensación extraña pero placentera se alojó en su vientre. Cuando los labios masculinos rozaron los suyos para luego hundirse en un beso arrasador, el suelo bajó sus pies tembló y temió que realmente Manhattan estuviera sufriendo un terremoto. Pero no era eso, sino que los sentimientos que los unían eran de una intensidad tal que las sensaciones se tornaban extremas.

—Oh, tengo un obsequio más para ti. —Drew se volteó y tomó una bolsa de papel madera de las manos de Nick—. Ten, amor.

Cuando Mina abrió el paquete, se sorprendió con lo que encontró; sacó un ejemplar.

—¿Mangas?

—No cualquiera, amor. Estos son de la serie *Wallflowers*, de Lisa Kleypas, autora de novelas románticas, y este es *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. —Ella enmudeció en cuanto contempló cada regalo—. Ahora podrás disfrutar de las mismas historias que yo. No fueron fáciles de dar con ellas, pero las busqué y...

—¿Drew?

—¿Sí?

—Calla, por favor. —Pegó sus labios a los masculinos y le pasó los brazos por el cuello para pegarse a su cuerpo.

## Capítulo 29

La espalda de Andy golpeó contra la puerta una vez que entraron en su apartamento. Will pegó contra su pecho y él la atrapó mientras ella no le daba cuartel a su boca.

Un par de maullidos los detuvieron en su carrusel de excitación y Andy encendió la luz de un manotazo.

—Oh. —Will se volteó y se enfocó en las dos gatas que se sentaron a sus pies—. Déjame adivinar, estas son tus niñas.

—Olivia y Frida. Las alimento y...

—¿Y?

—Seguimos.

Le pasó un brazo por detrás del cuello y la aproximó a él con la libertad de poder hacerlo sin juzgamientos ni culpas. Unió sus labios con delicadeza y suspiró cuando se separó.

Se dirigió hacia la cocina con ambas felinas por detrás y Will, de ellas. Se sentía un tanto tenso. Habían intimado varias veces, pero era la primera en que ella estaba en el hogar que había conformado al irse de Sweet Home.

Will le pasó los brazos por la cintura y apoyó la mejilla en su espalda mientras él preparaba los cuencos de Olivia y Frida. Andy cerró los ojos y suspiró. La culpa lo asaltó una vez más, como cada vez que se había acercado a ella, pero en esa ocasión la desestimó. Stevie ya no estaba con ellos y no dejaría que su recuerdo se interpusiera en la felicidad que apenas estaba

logrando.

Continuó colocando la comida en cada cuenco. Esa noche les tocaba mijo con verduras y pescado al vapor, sus felinas tenían una dieta muy sana y particular.

—¿Drew?

—¿Mmmh?

—¿Falta mucho? —preguntó la joven de cabello cian a la vez que deslizaba una mano por su pecho hacia abajo—. Estoy un poco impaciente. —Cubrió su entrepierna con la palma y él sintió como todo su ser se convulsionó. Una dureza instantánea se formó bajo el toque de la joven y lanzó un suspiro largo.

—No —contestó con voz ahogada.

Se apresuró a espolvorear cada tazón con levadura en copos y los bajó al suelo. Ambas gatas dispararon a engullir sus alimentos. Se alzó, se giró y levantó a la joven en brazos. Will pegó un grito divertido y él se unió a las carcajadas mientras la transportaba hacia su habitación.

La arrojó sobre su cama *King size* e iba a tirarse él también cuando se lo pensó mejor. Se sentó sobre el borde junto a la mesa de luz.

—¿Qué ocurre? —La oyó moverse a su espalda y arrodillarse detrás de él—. Drew, ¿estás teniendo segundos pensamientos?

Él sacudió la cabeza de un lado al otro con una sonrisa plasmada en el rostro.

—No. —La miró por encima del hombro y elevó su mano para que viera lo que sostenía sobre la yema de su dedo índice—. Me molestan las lentes de contacto, amor. Hace mucho que no las uso, solo quería quitármelas para poder disfrutar a pleno contigo.

—¿Por qué me asustas de esa manera? —exclamó y rio al tiempo que lo abrazaba por detrás y pegaba la mejilla a la suya—. ¿Tuviste que usarlos por el antifaz?

—Sí.

—Me encanta cómo te quedan los anteojos, Drew.

—Ah, ¿sí?

—Muy sexy. Aunque puedo superar el que no los lleves puestos al contemplarte en ese traje elastizado negro. Grrrr, un minino tentador y sensual.

Andy rio ante las palabras de Will. Se quitó la segunda lente y la guardó en su estuche. Se dejó caer hacia atrás y ella se quitó para, luego, sentarse a horcajadas sobre él.

Andy examinó el corsé y la intrincada atadura al frente.

—Mmmmh, Will, ¿cómo se quita esta cosa?

Ella sonrió de aquella forma erótica, pero un tanto macabra y tomó los extremos de dos lazos, tiró de ellos y la prenda se abrió como por arte de magia.

La figura volvió a ser plana y sin las redondeces que pronunciaba aquel ropaje, y a él le encantó. Posó sus manos sobre los diminutos senos aún cubiertos por el vestido borravino. Su respiración se agitó al igual que la femenina, sus ojos se dilataron como los de ella y la excitación los recorrió como a una mecha encendida que se aproximaba a los explosivos.

—Te necesito fuera de esto, Wilhelmina —proclamó con un tono ronco y que no reconoció como propio.

Ella se mordió el labio inferior, pero no por vergüenza o porque vacilara, puesto que su mirada transmitía una ferocidad sin igual, sino porque, sospechaba Andy, se contenía.

Se quitó el vestido por la cabeza. Un emprendimiento para nada fácil, dado que era largo y conformado en una tela pesada. Se quedó con una camisola de lino que permitía entrever sus delicados senos.

A Andy se le cortó la respiración y se moría por colocar sus labios en aquellas pequeñas cimas. Ella se lamió la boca y posó las manos en su pecho. Deslizó las palmas con reverencia por su torso y suspiró para luego inclinarse hacia él y someter sus labios a un beso lento y embriagador.

—Te dije que me encantas vestido de gatito, pero ahora, te quiero sin el traje, Drew.

—Oh...

—¿Oh? ¿Qué?

—No es tan simple de quitar. Tendrás que ayudarme. Tiene un cierre a la espalda y todo el atuendo es un tanto apretado.

—Ah... —Ella se alzó sobre sus rodillas, una a cada lado del cuerpo de Andy—. Gírate —ordenó con aquella mirada pecaminosa.

—Will.

—Vamos, gírate.

Cuando Drew se volteó y tuvo ese culo prieto bajo sus manos, Mina se lamió los labios al tiempo que su corazón se desbocaba. Presionó cada glúteo con sus dedos.

—¡Will!

—Shhhh. —Se inclinó sobre él hasta tener la boca a la altura de su oído—. Déjate hacer, gatito. —Se elevó y deslizó las palmas por entre los omóplatos masculinos, disfrutando de los estremecimientos bajo sus manos—. Eres mi *Chat Noir* por una noche o hasta que tengas que devolver el traje.

—No sé si quiero que pienses en otro, y menos en un rubio de ojos verdes tan parecido a mi amigo cuando estás conmigo.

Mina deslizó el pestillo del cierre hasta abrirlo del todo. El calor que emanaba de él la hizo arder y su aroma la envolvió en un manto de pura excitación. Drew quitó los brazos de las mangas con ella sentada sobre él.

Después, Mina volvió a inclinarse, sus senos rozaban la espalda de él y sus labios apenas tocaban su oído.

—Jamás podría pensar en otro que no sea en ti, Drew. —Apoyó la frente sobre su hombro y suspiró—. Temo que todo sea un sueño y desaparezcas.

—No lo haré. —Intentó alzarse, pero ella no se lo permitió, se hundió aún más sobre él—. Amor, déjame girarme.

Mina negó entre sus omoplatos. No sabía la causa, pero una angustia le

sobrevino y le cerró la garganta. No obstante, Drew era más fuerte que ella y se elevó sobre sus codos, la deslizó para un costado y quedaron de lado, frente a frente. Ella solo vestida con la camisola de lino, sin sostén y su ropa interior inferior en un color rojo oscuro, y él, con el torso desnudo y sus piernas aún enfundadas en el traje que se arremolinaba a su cintura. Él rozó su mejilla con las yemas, como alas de mariposa, apenas tocándola. Le peinó el cabello hacia detrás de la oreja.

—Stevie...

—Drew, yo...

—Permíteme seguir, Will. Stevie guio nuestras vidas por los últimos años. Siempre será mi hermano y lo amaré, pero ya hemos satisfecho sus deseos lo suficiente como para, ahora, darnos la oportunidad de estar como sentimos.

—¿Cómo sientes?

—Que ya no quiero estar separado de ti, Will. Que eres la mujer, como me dijo un gran amigo, no la que buscaba, pero sí mi ideal. —Acercó los labios a los de ella y jugueteó con su boca. Deslizó la mano bajo la tela translúcida. Pasó por su estómago, provocándole estremecimientos, hasta llegar a uno de sus senos. Ella jadeó cuando él le frotó el pezón con el pulgar.

Mina conformó un semicírculo con su columna, acercándose cada vez más a él y pronunciando el beso que los consumía en la más cruda pasión.

La dulce tortura a la que él la sometió con sus dedos sobre sus pechos era algo indecible, indescriptible, que la transportaba hacia una cima inalcanzable.

Luego, dirigió una de sus manos hacia abajo y deslizó su ropa interior hacia un costado para acariciar su sexo, expectante, con una delicadeza que la hizo gemir de forma repetitiva.

Mina tan solo se ancló a sus hombros y enredó sus piernas a su espalda en cuanto se subió sobre ella. Sus besos eran tan ardientes que se sentía en medio del infierno, siendo consumida por las llamas.

De pronto, Drew comenzó a forcejear con el traje a su cintura, trataba de

bajarlo, pero era imposible. Ella lo soltó con sus piernas y observó qué era lo que hacía.

—No puedo quitarme esta cosa.

—¿No tiene una cremallera al frente?

—No.

—¿Y cómo harías... eh... orinarías?

—Oh, no lo había pensado.

Ella también tomó los costados y juntos lograron descender el *spandex* por debajo del culo masculino.

—Listo, creo que es suficiente.

—Al menos, lo importante está libre.

Ella pasó los brazos por detrás de su cuello y retomó el beso con un hambre que le era desconocido. Las manos masculinas acariciaban, rozaban, frotaban y pellizcaban de una forma que ella parecía flotar y flotar. Se percataba de la erección que punzaba en su pubis y el anhelo de que entrara en ella era tan acuciante que elevó las caderas en una implícita invitación.

Drew notó al instante el mensaje que ella le daba, puesto que se hizo rogar y se deslizó por su interior con una delicadeza que la desarmó. Habían mantenido relaciones de varias maneras, pero nunca de esa forma, una tan emocional, como si un tsunami los estrellara por dentro para dejarlos vibrantes y en carne viva.

La culminación llegó con tardanza, pero el viaje hasta su arribo fue disfrutable a un nivel inimaginable. Al separarse y recostarse, uno junto al otro, con las respiraciones entrecortadas y los cuerpos sudorosos, luego del frenesí que habían vivido, fue algo que nunca Mina había creído posible. Parpadeó un par de veces y se giró para constatar que Drew, en realidad, se encontraba a su lado. Y allí estaba, con una sonrisa amplia, aquellos ojos tan claros como las nubes fijos en ella y brillando.

Mina no pudo contener el sollozo. Odiaba haberse convertido en un ser tan vulnerable y lloroso desde que se habían vuelto a encontrar, pero el perseguir

un sueño durante años y al fin lograrlo la dejaba tambaleante y tan feliz que no creía posible que su corazón no explotara.

Él le deslizó las yemas por su mejilla hasta la barbilla.

—Te amo, perversa Will —susurró.

—Te amo, romántico Drew.

## Epílogo

Andy apoyó los antebrazos sobre la cima de los muros de la terraza de Ramscale, el salón de eventos en lo alto del edificio donde se había ubicado Bell Labs en la antigüedad. Observaba el maravilloso horizonte que se esbozaba a lo lejos cuando sintió una presencia por detrás y no tuvo que adivinar de quién se trataba. El aroma a madreselva con jazmines y nuez moscada lo envolvió al igual que los brazos a su cintura por detrás. Will presionó la mejilla contra la suya, luego apartó el rostro y lo contempló de soslayo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cierta preocupación bañando sus palabras.

Suponía que había visto que su mirada se encontraba empañada. Carraspeó antes de hablar para recuperar su voz masculina.

—Acabo de entregar a mi mejor amigo al que ahora es su marido.

—Y es algo maravilloso, ¿cierto?

—¡Claro que lo es! Hace tanto que Nick esperaba por esto y ser testigo de esa felicidad que bailaba en su rostro fue algo... tan bello —finalizó con voz ahogada.

—¿Entonces? ¿Por qué estás triste? —demandó al tiempo que lo volteaba hacia ella y le posaba una mano sobre la mejilla. Andy vagó la vista por aquel cabello teñido en un tono cian, el rostro blanquecino, las cejas castañas, los ojos oscuros, la boca... Por esa mujer que lo había hecho resurgir y la amó.

La acercó a él y la fundió a su cuerpo.

—Temo que algo cambie. Que ya no seremos los mismos Nick y Andy que hasta ahora. Al mismo tiempo, sé que es imposible que nuestra relación se degrade, que lo intenso que es nuestro vínculo jamás sufrirá deterioro alguno, pero tengo miedo.

Ella ancló las manos a su espalda, aferrando la parte trasera de su camisa en sus puños, y acercó la boca a su oreja.

—Ese hombre y tú jamás se distanciarán, Drew. Son como hermanos y más aún que los de sangre, son hermanos de vida, que se elijen día a día, y puedo asegurarte que Nick no podría vivir sin ti como tú sin él.

Él sonrió y, así como la tenía, abrazada, comenzó un lento movimiento en el lugar. No ansiaba unirse a las tantas parejas que danzaban al ritmo alocado de la música, extasiados por el emotivo momento que acababan de compartir. Con los brazos alrededor de su mujer, observó a cada uno de sus amigos y pensó en lo que habían crecido juntos, en la familia que todos ellos habían conformado y en los logros que habían acumulado. Logros no materiales, y aunque hubo unos cuantos profesionales, él se refería a aquellos otros, a los que llenaban el corazón y hacían que te levantas cada mañana colmado en tu interior y con una sonrisa que evidenciaba que el alma se hallaba feliz.

Él no sabía si daría ese paso con Will, no porque no estuviera seguro de su amor por ella, no creía poder amar a alguien como a aquella mujer que había sido esa chiquilla que tanto lo había acosado alguna vez y que tanto lo había amado a través de los años. Sino que no sentía aún que los papeles hicieran alguna diferencia en la intensidad de sus sentimientos o que le otorgarían más formalidad a la relación que disfrutaban.

Cuando habían ido a la inauguración de la casa de Key y Mark, claro que después de desvivirse todos en ser unos albañiles que obviamente no eran, solo esperaba que el techo no se cayera sobre sus cabezas como en el film *Hogar dulce hogar*, al regresar al apartamento de Will, las palabras habían abandonado sus labios: múdate conmigo. Así de simple. Sin preparación ni pensamiento que mediara, se lo había propuesto. Y había valido la pena por

el solo hecho de contemplar la sonrisa amplia que iluminó el rostro femenino.

Apoyó la sien contra la cima de la cabeza cian y se preguntó por qué no.

—Cásate conmigo.

La única respuesta que obtuvo fue un jadeo y una tensión de las manos a su espalda al tiempo que las uñas se clavaban en su piel a través de la tela de su ropa.

Will escondió el rostro en su pecho y negó de un lado al otro. Una alarma sin igual sonó en su mente. Ella no podía rechazarlo, simplemente era imposible. El sentimiento que existía entre ellos traspasaba lo real, todos los límites inimaginables, era auténtico e irreal al mismo tiempo.

—¿Cómo mierda te me propones en medio de una fiesta con todos tus amigos? ¿No sabes que no tengo maquillaje a prueba de agua? Y para que sepas, las lágrimas son agua —exclamó y alzó la cara hacia él. Andy quedó impactado de la emoción que notó en aquella mirada oscura, y las escasas gotas cristalinas que escaparon de la férrea voluntad de su novia y se deslizaban por sus pómulos lo enternecieron hasta lo indecible. El amor explotó dentro de él como si no pudiera ser contenido por envase alguno de lo tan grande que era. Andy había buscado fuegos artificiales, chispas, algo con anterioridad.

Pues cuando unió los labios a los de Wilhelmina, fue como si toda la industria de la pirotecnia se encendiera en su interior.

—No me has contestado —dijo al cabo de un rato en el que sus respiraciones se hallaban agitadas.

—¿Qué? ¿No lo he hecho? ¿Es que acaso hace falta, romántico Drew?

—Pervertida Will, exijo una maldita respuesta.

—Entonces, solo diré «sí».

«Sí», una sola palabra, simple y pura que lo enlazaba a un amor de ensueño y real en cantidades iguales, tan tierno y lujurioso como nunca antes había experimentado. Porque estaba seguro de que no había amado hasta Wilhelmina. ¿Cuándo había comenzado a amarla? Era una pregunta que ya

no se molestaba en realizarse ni en hallarle respuesta. La amaba y punto.

## Nota de autora

Hemos llegado a la última novela que comprende la serie *Corazones en Manhattan*, la historia tan esperada, la de Andy.

Estos chicos me han acompañado por los últimos años y me han brindado tanto: torbellinos emocionales con alegrías y también, en algunas ocasiones, frustraciones; el conocer personas nuevas, tanto colegas y lectores, y entablar nuevas amistades.

Al poner el punto final he tenido sensaciones dispares; por un lado, una felicidad tan grande de que todos ellos, con sus pasados traumáticos, hallan podido encontrar un presente que los envuelva en mantos de alegría; por momentos, también emociones no tan positivas, pero siempre primando que la vida ahora adquiriera color para ellos. Porque la vida es así, nunca se está feliz en una constante, si no, ya no sería felicidad.

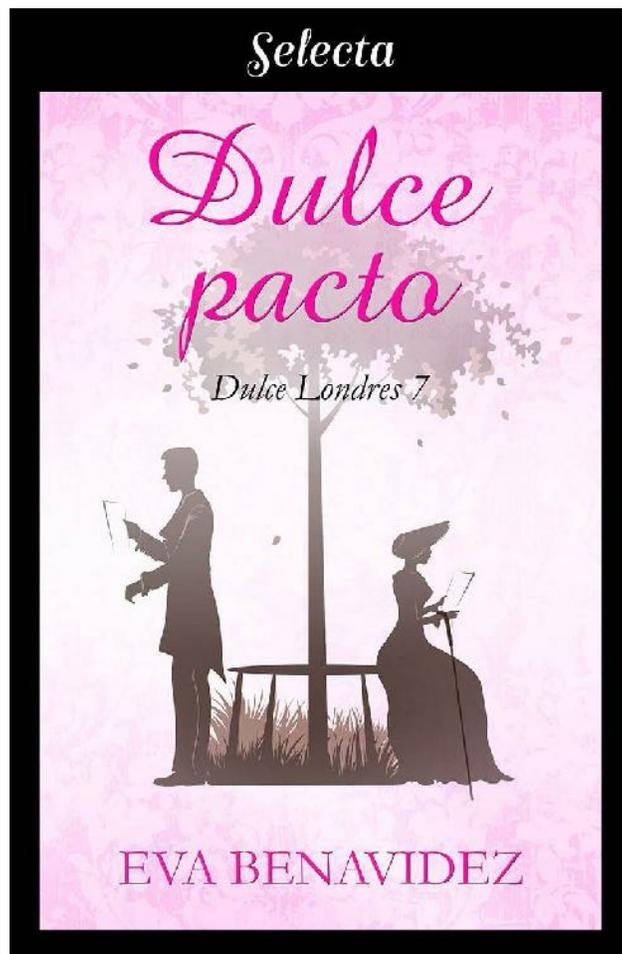
Por otro lado, también me vi invadida por un sentimiento de nostalgia y de soledad, porque esas personas que están tan adentro mío se irían, quizás no ya, pero de a poco al ingresar otras nuevas. O, al menos, quedarían relegadas a un fondo de mi alma mientras otras toman el protagonismo. Sin embargo, debo dejarlos ir, aunque por un corto tiempo. Como han visto, a lo largo de la serie aparecen ciertos personajes que no he desarrollado del todo, pues todos ellos tienen algo que contar también y lo iré retomando. Así que no voy a despedirme para siempre de mis chicos, será un «hasta pronto».

Quiero agradecer a toda la gente hermosa que les ha dado una oportunidad a mis historias, a todos los lectores que se han comunicado conmigo, sea en

forma pública o privada, lo que me importa es que me hayan hecho llegar sus apreciaciones, las buenas y las no tanto. También, el hecho de que me hayan adoptado, por decirlo de alguna manera, como a una escritora a la que estiman. Nunca creí que este presente alguna vez, en mi pasado, pudiera haber sido mi futuro, jamás soñé con que mis escritos pudieran cautivar corazones tanto como lo hacen con el mío.

Gracias por tanto y será un «hasta pronto».

Si te ha gustado  
*Libélulas sobre el agua*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Dulce pacto*  
de *Eva Benavidez*



## PRÓLOGO

*Londres, Inglaterra, 1816.*

La noche cayó sobre Londres, y la figura resguardada a bordo de un carruaje de alquiler observaba a los ocasionales transeúntes caminar a paso rápido hacia sus hogares. Afortunadamente la primavera estaba en su esplendor, y el crudo clima del invierno había quedado atrás. Cuando el cochero comenzó a mermar la velocidad, se preparó para descender, sintiendo la sensación de anticipación erizarle la piel. Una vez que estuvo frente a su destino se detuvo a observar el lugar, apartándose del camino del incesante flujo de personas que pasaban por su lado para ingresar.

El Halcón no era un club corriente, era una enorme mansión estilo gótico. La clientela era extremadamente exclusiva y restrictiva; solo se admitían caballeros de élite, y estos debían ser miembros del club. Pero en aquella ocasión habían abierto el acceso a cualquier persona que contara con una invitación de las trescientas que se habían enviado a miembros, caballeros solteros y a mujeres viudas, casadas o de dudosa reputación.

La consigna era «noche de romance», y se debía acudir con máscara para resguardar la identidad y atenerse a las tres reglas que el amo y señor de aquel lugar había erigido para todos los miembros y visitantes: no quitarse las máscaras ni develar la identidad, no mencionar nada concerniente del club a terceros, estar abierto a experimentar el placer, siempre dentro del club.

Blair White tomó aire, exhaló lentamente y, armándose de valor, inició la subida por las escalinatas principales, ajustando su chal y sosteniendo con fuerza la invitación lacrada en papel dorado y rojo.

En la puerta había un hombre realmente enorme, con aspecto de procedencia extranjera, probablemente irlandés, y era quien se ocupaba de recibir las invitaciones y autorizar el acceso a la mansión. Mientras

examinaba la suya, Blair se esforzó en aparentar serenidad bajo el intenso escrutinio al que el tipo la sometió. Cuando se hizo a un lado y le dio la bienvenida, ella se limitó a dedicarle un asentimiento regio con la cabeza, y traspasó el umbral.

Otras personas también recorrían el elegante vestíbulo con dirección al salón, desde donde el sonido de la música indicaba que la velada había iniciado hacía rato. Blair observó a su alrededor con atención, a pesar de que aquella era la segunda ocasión en la que asistía. Aunque la primera vez no contaba, pues se había presentado acompañando a la reciente esposa de su hermano mayor, y que como, por supuesto, no contaban con membresía por tratarse de dos mujeres y de familia decente, se habían visto obligadas a colarse utilizando las misteriosas y estimables dotes de allanadora de moradas de su cuñada. Lady Violet podía ser en extremo impulsiva, pero no lo suficiente como para permitir que una dama soltera paseara por aquel lugar, por lo que a pesar de permitirle acompañarla, no la autorizó a salir del cuarto de la planta baja por el que habían entrado. Y ella había acatado sus órdenes, perdiéndose la oportunidad de conocer aquel exótico lugar.

Por eso estaba allí, esta vez por su cuenta, y decidida a poner en marcha el plan que había trazado cuidadosamente durante varias semanas.

Blair tenía intención de vivir su vida a plenitud, sin importar la sobreprotección a la que la sometía su querido hermano Ethan, puesto no tenía tiempo que perder. Había sido presentada en sociedad tardíamente debido a diversas razones, como su incapacidad física, y estaba a punto de cumplir veinticuatro años, sin expectativas de experimentar lo que tenía en su matrimonio su hermano y las personas de su círculo íntimo: amor. Amor verdadero, pasión, anhelo, deseo, había decidió buscarlo ella misma, y habiendo comprobado que no lo conseguiría en ninguno de los interminables eventos sociales a los que había acudido en las dos temporadas en la que participó, tomó el riesgo de probar algo diferente, algo nuevo y peligroso.

Sabía que debería estar nerviosa y atemorizada, no por nada había

permanecido los mejores años de su juventud al cuidado de su madre enferma, mas solo contaba con expectación e intriga, hasta emoción se atrevería a pensar.

Las puertas del salón estaban cerradas y flanqueadas por dos lacayos enmascarados, ataviados con libreas color burdeo, comprobaban que todos los dispuestos a ingresar tuvieran sus antifaces colocados debidamente. Y entonces abrieron las puertas de roble con bordes de oro para ella.

Blair cruzó el dintel y se detuvo unos segundos a examinar la concurrencia. Ciertamente no era lo que había imaginado, pues a menudo hurtaba libros extraños que su hermano tenía en una sección privada de la biblioteca creyendo que ella no había descubierto, en los que se podía ver en sus ilustraciones cosas decadentes, como imágenes de bacanales romanos, orgías y personas desnudas y enredadas en extrañas poses. Había esperado algo similar, pensando que aunque no encontraría probablemente alguien de quien enamorarse en semejante situación, sí podría al menos vivir en carne propia lo que era sentir deseo, atracción, una conexión especial con un hombre atractivo, diferente. Alguien que no supiera de su incapacidad física ni la mirara con lástima, conmiseración o desprecio, que la encontrara deseable. Creyó que podría conformarse con ello, consolarse en los años que, sabía, solo le depararían soledad y rutina.

Sería tan solo una vez, aquella única vez, en la que la insulsa y dulce lady Blair White se dejaría llevar por sus instintos y deseos prohibidos. Sería el día que cada año recordaría como su noche de pasión y romance. Y sabía que acariciaría ese recuerdo por siempre.

Mientras recorría el lateral del salón de tenue iluminación, esquivando parejas en diferentes grados de coqueteo, observaba a los bailarines desplazarse por la pista ejecutando movimientos mucho más íntimos a los que podría esperarse en una pista de un baile tradicional, pues los cuerpos se movían rozándose, tocándose indebidamente, algunos besándose incluso, y la música no era en nada parecida a la que acostumbraba oír, sino sonidos de

flautas y tambores que hacían evocar algún lugar lejano y exótico. También parecía que las normas de etiqueta no aplicaban, la mayoría de los caballeros no vestían correctamente, algunos llevaban camisas y chalecos, sin pañuelos, o sus levitas sin pañuelo; y las mujeres, por supuesto, lucían descarados y llamativos atuendos que dejaban ver mucho más escote y tobillos de lo considerado decente.

Un lacayo le ofreció una copa de las que llevaba en una bandeja de plata, y ella aceptó acercándola a su nariz, intentando descifrar el contenido. No era champagne, ni clarete, ni sidra. Y definitivamente nunca había bebido algo así, tenía un sabor dulce y suave que invitaba a beber más, y así lo hizo, vació el contenido en su garganta. Cuando acabó sintió el licor dejar un rastro cálido en su interior, hormigueando en sus venas hasta hacerla marearse levemente.

Después de unos segundos en los que se había acercado a una columna, apoyándose para recuperar el equilibrio antes de continuar su búsqueda, percibió una presencia a su espalda, y lentamente giró la cabeza.

Había un hombre, un caballero, de cabello castaño oscuro peinado hacia atrás, vestido de negro, con un antifaz blanco pequeño tapando solo los ojos y parte de su nariz algo aguileña.

La observaba fijamente, y Blair se sintió desnuda cuando él la sometió a un descarado escrutinio que recorrió su cuerpo embutido en un vestido color esmeralda ajustado como un guante que hacía juego con sus ojos, y se recreó sin disimulo en las pronunciadas curvas de sus caderas y en la piel del escote cuadrado que dejaba poco a la imaginación. Cuando finalmente clavó la vista en sus ojos, el aliento se cortó en sus pulmones, pues él tenía las pupilas grises oscurecidas y la miraba con un ardor desconcertante.

Pero fue en el momento en el que el caballero dio un paso para apartarse de la pared en la que había estado apoyado con indolencia, la luz de las velas alumbrando brevemente sus rasgos afilados, que su corazón se detuvo y la cabeza le dio vueltas, pues quien se acercó sin mediar palabra y hasta pegar

sus rostros dejando caer su aliento cálido en su boca temblorosa, haciéndola respirar agitada y estremecerse entre los brazos que se habían cerrado en su cintura con ímpetu, antes de tomar sin previo aviso su boca en un beso hambriento y demoledor, era el último hombre a quien hubiese esperado encontrar allí.

Era Anthony West, el conde de Cavandish... su prometido.

## Libélulas sobre el agua



¿Qué pasa cuando tu amigo de la infancia te pide un favor y, en el camino, descubres que la adolescente que era su hermana se convirtió en una mujer que revoluciona tu interior?

Andrew Morgan, uno de los creativos de S&P, desistió de buscar a la mujer perfecta, pues ninguna cumple con los ideales que tiene establecidos desde... siempre. Sin embargo, el viaje que emprende de Manhattan a Sweet Home, su pueblo natal, no solo le traerá recuerdos que duelen en su corazón, sino también, a una adolescente convertida en mujer que es todo lo contrario a lo que él desea.

Wilhelmina Spencer es una joven singular y con el cabello en color cian que tiene la habilidad de convertir la chatarra en obras de arte. Alejada del pueblo donde creció, el compromiso de su hermano hace que tenga que regresar. Aunque el viaje de vuelta no sea lo que ella espera, no desaprovechará la oportunidad de tener en sus brazos al hombre por el que ha suspirado toda su vida.

**Camilla Mora** reside en Buenos Aires, Argentina junto a su familia y sus diversas mascotas. Ama a los animales, por lo que tiene unos cuantos en casa, y cree en sus derechos como en los de cualquier individuo. Es vegana por convicción desde hace varios años. Le encanta el arte en todas sus manifestaciones: pintura, música, fotografía, cocina, cine y escritura, y a esas prácticas se dedica con pasión en su tiempo libre. Sin embargo, desde muy temprana edad se ha visto fascinada y cautivada por la lectura, y por el género romántico en particular. Poco tiempo después descubrió que podía crear sus propias historias, sus propios mundos, en los que zambullirse y vivir nuevas y las más diferentes experiencias.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Camilla Mora

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-25-8

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 6

[1] Enfermedad de transmisión sexual.

# Índice

Libélulas sobre el agua

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Epílogo  
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro  
Sobre Camilla Mora

Créditos

Notas